

El hombre de ninguna parte

Extraña historia de un revolucionario venido a menos

Nicolás García García



Autor: Nicolás García García

Editorial Fundación Aurora

Calle Mendivil, 4 – 28038 Madrid
Correo E: info@aurorafundacion.org
Web: www.aurorafundacion.org

Diseño: La Aurora

Corrección y Maquetación: La Aurora

ISBN: 978-84-09-82193-8

Depósito Legal: M-5907-2026

Primera Edición: febrero 2026

Impreso en España



Reconocimiento compartir igual (BY-SA)

El hombre de ninguna parte

Extraña historia de un revolucionario venido a menos

Nicolás García García



Para Isabel, Ignacio y Mario

Prólogo

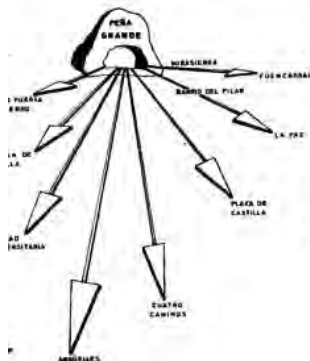
Últimamente paso algunos ratos de mi tiempo escribiendo las cosas que se me van ocurriendo o que se me ocurrieron en otro tiempo y no tuve ocasión de poner sobre el papel; así paso algunas horas y me entretengo; y, cuando escribo, siempre lo hago pensando en que lo que cuento pueda servir también de entretenimiento y de algún provecho al que lo lea; y aunque soy consciente de que los que me han de leer serán pocos, pues no pienso gastar ni un penique en propaganda, con uno solo que me lea me daré por satisfecho, si la lectura de esta historia le sirve de entretenimiento y de provecho. Y siendo como soy, un viejo, y sabiendo como sé que el diablo sabe más por viejo que por diablo, es por lo que me he aventurado a inventar historias con una pizca de realidad y mucho cuento; y partiendo de la realidad de que de lo que aquí se cuenta nada es cierto, o que es tan cierto como todas las historias que desde niño me han contado, lo pongo negro sobre blanco para que otros no tropiecen en las mismas piedras en que yo he ido en mi vida tropezando, y siempre con la preocupación de que el que lo lea entienda lo que escribo.

Y sin más pretensión que lo antes dicho, sirva pues, la suma de letras y palabras que presento en esta historia, de entretenimiento y de provecho al que las lea.

TENEMOS PISOS DESDE 43 m² HASTA 225 m²



Precio total desde 266.000 pts.
Facilidades hasta 10 años.



- LA ZONA MAS SANA DE MADRID
- URBANIZACION MODERNA CON GRANDES ESPACIOS VERDES
- DOS, TRES, CUATRO Y CINCO DORMITORIOS
- VARIEDAD EN LA DISTRIBUCION Y SERVICIOS
- CONSTRUCCION ESMERADA
- LOCALES COMERCIALES DE TODO TIPO EN FUNCIONAMIENTO
- AUTOBUSES A CUATRO CAMINOS, PLAZA DE CASTILLA Y ARGUELLES
- METRO EN PROYECTO
- SOLUCIONES PARA TODAS LAS ECONOMIAS

**INMOBILIARIA
PEÑAGRANDE S.A.**

Anuncio pisos en Peñagrande 1969

Capítulo I

Del Principio

De los cuatro enemigos del alma solo el Mundo pudo vencer a Lamberto Burlado postrándole en una bancada de madera el resto de sus días, días de retiro en los que intentó vivir en paz consigo mismo hasta el último de su vida. Hasta ese momento de abatimiento y de retiro, había transitado por la vida como uno más del montón de los humanos y mortales, uno más de los muchos que se mueven a diario de un sitio para otro, uno más de los muchos que mantienen su existencia forjando sueños, pero que, en su caso, la realidad se había encargado de desbaratar de forma inmisericorde y sin remedio.

Así, después de muchos avatares y vencido por el Mundo, comenzó una nueva vida que dejó de ser vulgar, por ser muy distinta a la que la mayoría vive, y se convirtió en algo digno de mención. Por eso, es por lo que entiendo que debe ser contada.

Endurecido como los guijarros de una rambla; ni las detenciones, ni la tortura, ni las palizas, ni la muerte cercana de amigos y compañeros habían conseguido doblegar su espíritu. Pero sí lo consiguió el Mundo que le rodeaba y le acompañaba en todo momento y a todas partes igual que una

sombra de la que uno solo se puede separar meciéndose en la oscuridad de las tinieblas. Un Mundo, con sus algarabías y jolgorios, con sus mentiras y penas, sus tristezas y alegrías, que ya no era su mundo y al que tenía que soportar, fue el que al final le doblegó. Pero, aunque no sea el fundamento de esta historia, empecemos por el principio de su vida que es por donde debemos empezar.

Lamberto había llegado, como lo hacemos todos, con la piel desnuda y lanzando un grito contra la nada y el todo. Le pusieron el nombre de Emérito Bous y de la Lanzada, pero cuando adquirió conciencia de la clase social a la que pertenecía y dispuso de los medios necesarios para cambiárselo, se lo cambió y se puso el de Lamberto Burlado.

En un principio fue uno más entre las gentes y el bullicio de los pueblos; pero, cuando se bajó del mundo y fue alcanzando fama su extraña forma de vivir, los dichos sobre su venida y sus hechos comenzaron a correr como la pólvora y, unos y otros, se fueron llenando de misterios, de luces y de sombras; y, de aquellos que lo cuentan, no todos coinciden en la forma y el tiempo en que se pudo producir tan prodigioso advenimiento:

Unos dicen que, estando la madre abrazada al oleaje de la mar abierta en busca del marido ahogado que yacía inerte en el pecio hundido en las profundidades de las aguas negras, vio caminando sobre las olas rotas un niño alado que el mar le devolvía con amor risueño en sustitución del marido muerto. Dicen que la mar bravía apagó su bramido mientras aquella mujer recogió a aquel niño y se lo llevó a su hogar donde creció en silencio y, durante largo tiempo, sucumbió al olvido.

Otros cuentan que, según los anales del libro que contiene los registros bautismales de una parroquia marinera, a Emérito Bous y de la Lanzada lo encontraron unos pescadores, en la playa del mismo nombre, en la arena y junto a las mansas olas, lo cual ya era un presagio de futuro incierto; pero nadie sabe con certeza si nació en la tierra o en la mar; si lo hizo donde algunos dicen o si vino cabalgando sobre la cresta de una ola.

Si nació en la tierra, nadie sabe si fue en selváticas montañas o en las arenas de un desierto. Si nació en el mar, nadie sabe si en el mar océano o en el mediterráneo. Nadie sabe si es hijo de dioses o de hombres, o si lo posaron en los acantilados seres de otros mundos; pero si nos atenemos a la vida que luego llevó, más bien parecería un hijo de nadie y de la nada, hijo de un dios menor, descendiente de un superhéroe guarín caído de un nido del Olimpo, o un niño resucitado de los muchos ahogados en el mar Mediterráneo o en el océano Atlántico, uno más de los que vinieron y vienen, desde antiguo, en busca de El Dorado del estado de bienestar y de la gloria que el dorado de la libertad ofrece.

Cuando salió del mar o de la mar, recién nacido o venido, según quien lo cuente, como aún era joven para llevarlo a pescar, la madre se lo entregó cura de la parroquia del lugar, que le dio casa y comida, como buen cristiano, y una cama y un jergón donde poder dormir. Por eso, algunos creían que era hijo del cura y de su ama; pero no lo era, aunque sí lo bautizó como tal, poniéndole el nombre de Emérito Bous y de la Lanzada Longinos.

Lo de Bous nadie sabe por qué fue; aunque pudo ser por lo de los bous a la mar, pues el cura provenía de un pueblo de aquellas tierras en las que había gran afición a tales feste-

jos taurinos y pasaba grandes ratos de sus días sumido en los recuerdos de su infancia y juventud.; lo de la Lanzada Longinos se lo puso por la playa más cercana al lugar donde fue encontrado y por la lanzada en el corazón que le dieron al Señor cuando estaba agonizando.

Fuera como fuese, el caso es que el nombre le quedó aparente e incluso podría proporcionarle más elegancia y ascendencia señorial, en caso de que algún día tuviera que ser presentado en sociedad; púes, con tal apellido, pensó el clérigo en el momento del bautizo, podría ocurrir que fuera tenido como persona de sangre azul y descendiente de los antiguos cruzados, por lo de la Lanzada Longinos.

A lo mejor, gracias a eso, podría ser invitado en alguna ocasión a fiestas cortesanas y saraos de altas cocinas y costuras, en los que pueblo llano, como él, siempre se encontró y se encuentra ausente, a no ser que se le necesite como lacayo, bufón, limpiabotas o tiralevitas. Eso fue lo que discutió el cura el día del bautizo.

Esas invitaciones nunca se produjeron, pues carecía de dotes de bufón y de la gracia necesaria para hacer reír a la gente ilustre y cortesana; además, su innata rebeldía nunca le permitió el comportamiento servil de los lacayos de postín.

Desde muy pequeño había aprendido a ir solo por los caminos de la vida, solo con su sombra y con la tristeza que la soledad le producía. Caminando bajo el sol, la luna y las estrellas, su sombra nunca le abandona, brota a cada instante de sus pies y hace que su soledad sea más llevadera noche y día.

Tal y como era costumbre en aquellos tiempos en que tuvo lugar su nacimiento, comenzó a trabajar desde que adquirió

el uso de razón, lo que, según el catecismo de la época, lo era a los siete años de edad. Unas veces en el campo y otras en la mar, fue aliviando sus necesidades vitales desempeñando distintos trabajos y aprendiendo algunos oficios que le daban para mantenerse vivo.

Transitó sin pena ni gloria por los distintos lugares por los que fue pasando hasta que arribó a Madrid empujado por la necesidad y por el simple azar. Pues nunca ocurrió, pero bien podría haber ocurrido que en cualquiera de esos lugares hubiera encontrado a alguien o algo que le hubiera obligado, bien por gusto o bien por necesidad, a quedarse allí hasta el final de sus días.

Por caminos polvorientos y carreteras sin fin,
va caminando Lamberto
“del uno al otro confín”.
Descansando en sacristías,
ermitas y soportales,
saltando de pueblo en pueblo,
durmiendo entre matorrales.
Menos mal que es tierra firme
que no produce ahogamientos
y le permite avanzar,
igual que avanzaron otros
desde el principio del tiempo.
En versos de bajo coste

y en coplillas de papel
los hay que cuentan su historia
como si fuera oro puro.
Oro que muta en chatarra
convertido en oropel.
Versos que se lleva el viento
y ya nunca han de volver.

Esto es lo que cantan algunos en tertulias y corrillos, sin importar si es verdad o si es solo invento de pillos para lucrarse con la vida ajena y llenarse los bolsillos.

Llegó a Madrid de la misma forma en que había llegado al mundo: sin acompañamiento, sin panes ni tortas bajo el brazo, y con los bolsillos vacíos de bienes, dineros y derechos. Los primeros días en el Foro, que así llamaban algunos a Madrid, fueron duros; tanto por dormir sobre las incómodas tablillas de los bancos de los jardines y la calle, como por los sustos que le daban cada vez que le despertaban tirado en algún soportal y era arrojado a la intemperie con el chuzo del sereno pegado a sus espaldas.

Cada noche, y cada vez con más frecuencia, sus sueños se alimentaban de frío y pesadillas.

De pronto, se encuentra entre un grupo de jóvenes que están alrededor de una gran hoguera. Uno de ellos acaba de modelar una olla de barro y la pone al fuego con agua. Como agradecimiento, los compañeros le cortan la cabeza, la cogen de los pelos y la introducen en el agua hirviendo. Al instante, según va resurgiendo mecida entre vapores, se convierten en

hojas los cabellos y la cabeza en una gran zanahoria que todos devoran con apetito y fruición. Después recogen los huesos y los entierran en el suelo para que broten nuevas zanahorias y puedan tener algo para comer en el futuro. Terminada la faena de entierro y recogida, mientas descansan, discuten sobre quién será el nuevo afortunado que tendrá el privilegio de servir de alimento para aquellos amigos de ocasión que, educadamente y con buenos modales, preparaban el futuro preocupándose del bienestar de todos los presentes. Debido al sopor del banquete y la monotonía de la discusión que le siguió, Lamberto se durmió; y cuando más tranquilo estaba, disfrutando del silencio de la noche y del olor y el sabor de aquel guiso que tan suavemente había penetrado en sus entrañas, alguien le cogió de los cabellos que abrigaban su cuello y su cabeza y tirando de ellos le despertó sin miramientos y con reproches.

—¿no sabe que está prohibido dormir en los portales?

—Perdone, pero,

—Nada de peros ni perdones, salga rápido de aquí, gamberro, ordena el sereno, empujándole en la espalda con el chuzo.

Tambaleándose y aturdido, tanto por el susto como por las prisas para salir del portal, casi se da de bruces en el suelo.

La calle está desierta, busca, por si encuentra algo de valor, en las papeleras y en los cubos de basura y trata de encontrar un sitio donde poder compartir y terminar la soledad de la noche; mientras camina de un sitio a otro dando trompicones debido a la debilidad que le embargaba, va susurrando para sí y para el que le quiera oír sus desventuras y desdichas:

—Está prohibido dormir en los portales y, ¿Por qué no está prohibido pasar hambre y dormir al raso? ¿Por qué algunos coches tienen garaje donde pasar la noche y yo tengo que abrigarme con la luz de las estrellas? ¿Por qué tengo que dormir en el soportal estando todas las iglesias vacías?

Así, pasó algunos días con sus noches ante las puertas de los edificios más variopintos, deambulando por las calles hasta que comenzó a organizar su vida de peatón invisible de ciudad.

Sigue teniendo pesadillas de personas que lo devoran en sus sueños. Incluso ha llegado a soñar que quienes lo acompañaban se lo comían vivo y, al despertarse al sentir el desgarrar de su propia carne, piensa con alivio que el cielo debe ser algo así como vivir despierto sobre un banco de jardín. Y, como hasta entonces nunca había tenido tales pesadillas, ni en los trabajos del campo ni en el mar, concluye que esos trastornos y ensoñaciones se los producían la ciudad y sus gentes que lo rodeaban y pasaban a su lado, que lo miraban y no lo veían.

Ha descubierto el calor y la hermandad que reina en las estaciones de tren y de autobuses. Va de una estación a otra en busca de ese calor y de la tranquilidad que le produce el perderse entre tanta gente que ni lo mira ni lo ve: hombres, mujeres y niños; bolsos, maletas, voces y ruidos; objetos perdidos y encontrados; y entre tanto bullicio, la mirada de algún niño que lo observa y con cara de susto contempla su desaliño.

Se asea en los servicios de la última estación en la que ha estado durmiendo y descansando. Sale de ella y sigue caminando: calles largas, torres altas salpicadas de luces y colores,

de anuncios que golpean su mirada y su cerebro: ¡Compre, beba, fume, consuma esto y aquello sin cesar!

Se siente cansado de vivir y con ganas de morir; pero, como siempre, descansa un rato y reinicia la marcha dando vueltas igual que una peonza. Tumbado en un banco, alguien le pregunta y él le contesta que se encuentra bien, sin ni siquiera saber exactamente qué le han preguntado. Solo solo tiene sueño y ganas de comer.

Mas tarde anochece; anochece otra vez y vuelven las sombras y los silencios. La ciudad duerme. En esta forma de pasar la noche no está solo, hay otros como él, los hay en las esquinas, en la puerta del metro, en los túneles de entrada, en la puerta del mercado; los hay por todas partes. Es lo que dan los tiempos. “Seguro que Dios proveerá y será para bien”, piensa. Lo llevaba metido desde niño en la cabeza; así se lo habían enseñado y nunca había perdido la esperanza de que algo milagroso pudiera ocurrir en cualquier momento.

“Aunque te parezca que nunca te va a sonreír la suerte y la fortuna, no pierdas la esperanza, seguro que Dios proveerá”, había escuchado muchas veces. Y un día proveyó.

Una mañana, al amanecer, mientras se desperezaba y retiraba los papeles que le cubrían y resguardaban del frío, en uno de los diarios que tenía entre las manos, vio un anuncio sobre alojamiento a pensión completa y pensó que allí podría estar la solución a su estado de vivir y dormir a la intemperie. Guiado por aquel anuncio perdido, como él, entre noticias en desuso, cruzó Madrid de sur a norte y apareció en la Posada Rosada, que era el nombre del establecimiento hostelero en el que ofrecían una habitación y pensión completa.

Ubicada en una casa de planta baja, la Posada Rosada estaba regentada por doña Rosa y su hija María Gisela. Formaba parte de un grupo de pequeñas viviendas que daban a un patio interior conocido como el Patio de las Margaritas, llamado así, tanto en honor a doña Marga, una de las dueñas de aquel patio, como por las flores que adornaban sus paredes.

El Patio de las Margaritas, situado a la orilla del arroyo de Ganapanes, en las afueras de la zona norte de Madrid, era un lugar alegre al que acudían con premura todos los necesitados de vivienda cada vez que alguno de sus habitáculos quedaba vacío y disponible para ser ocupado al instante.

Nadie del barrio sabía el tiempo que doña Rosa y María Gisela llevaban regentando la Posada Rosada. Todo el mundo comentaba que ni la una ni la otra habían conocido varón que les hubiera ayudado en tales menesteres, por lo que era grande el respeto que poco a poco se habían ganado entre algunas vecinas, quienes eran las que mejor sabían lo que costaba sobrevivir en la ciudad si eras mujer. Solo la madre y la hija eran conocedoras de las penurias que habían pasado desde su llegada a Madrid, de cómo un afamado fontanero las había acogido bajo su protección y les había permitido vivir en una de las viviendas que este había ido construyendo, adosadas unas a otras, y que formaban parte del pequeño grupo de casas bajas que había ido creciendo alrededor del Patio de las Margaritas.

Murió el afamado fontanero de un repente y doña Rosa y María Gisela heredaron la casa con su jardín y el resto de casas adosadas; herencia que se produjo de facto y por no haber sido reclamada por persona alguna. Hicieron algunos arreglos, comunicaron su vivienda con las otras y convirtie-

ron el conjunto en lo que vino a ser la Posada Rosada; y, aunque, tanto la madre como la hija, aspiraban a que aquel negocio se convirtiera en un hostel o residencia de altos vuelos que fuera ocupado por personas de prestancia y alta costura, tal y como ellas pregonaban, lo cierto es que, en aquel tiempo, la Posada Rosada estaba ocupada y era frecuentada por chatarreros, traficantes de poca monta, de armas y de drogas; estraperlistas de medio pelo, y también por gente honrada venida del Norte de África, El Magreb y otras tierras, gente pacífica y fuera de toda sospecha.

Aunque con ropa de segunda mano, madre e hija, iban bien vestidas y mejor calzadas, adquirido el calzado y vestuario, al igual que el mobiliario de la Posada Rosada, en el rastrillo de Tetuán, rastrillo situado en el barrio de mismo nombre, en la zona norte de Madrid.

Adornados el cuello y las manos de la madre y de la hija con toda clase de collares, pulseras y abalorios que daban a sus figuras un cierto aire de faraonas de España, imponían respeto a cualquiera que quisiera instalarse como huésped en su pequeño hotelito, que era la consideración en que ellas tenían al lugar donde vivían y al negocio que explotaban. No había huésped que intentara alterar la tranquilidad y el bienestar de aquella residencia que no fuera puesto al instante de patitas en la calle.

Llegó ya tarde Lamberto a la Posada Rosada, cansado y agotado, después de haber cruzado toda la ciudad y sin apenas parar un momento para comer un mendrugo de pan duro, sentado sobre la acera.

Llovía, las gotas caían lentas sobre las tejas rojas de las casitas bajas sembradas en las dos orillas del arroyo que cruzaba por su extremo inferior la calle embarrada y sin aceras.

Levantó el picaporte de la cancilla que cerraba la entrada a un patio adornado con geranios, margaritas y rosales y, dando unos pasos entre los tiestos que con flores y plantas olorosas formaban un pequeño sendero hasta la casa, llamó a la puerta repicando la madera con los nudillos de un puño tembloroso y medio cerrado.

Se abrió la puerta y una joven, que, si no viviera allí, sino en un palacio, sería una princesa, lo recibió con una sonrisa y una melodiosa voz cantarina, que al mismo tiempo que preguntaba adivinaba la respuesta.

—¿Que desea? —preguntó, y antes que Lamberto dijera una palabra, sabedora ya de la respuesta, con un tono más alto se dirigió a la madre que estaba en el interior de la vivienda.—Mamá, un joven pregunta por el anuncio de pensión completa y cuarto para dormir.

Salió al instante doña Rosa y, aunque la cara de aquel extraño joven que venía vestido con alarmante desaliño no le pareció de fiar, no tardaron en llegar a un acuerdo; pues las necesidades y el apremio eran mutuos.

Por los rostros y las figuras que había visto en las páginas de historia de las enciclopedias de la escuela primaria, nada más verla, intuyó que doña Rosa era una mezcla de mujer entre Isabel la Católica y Agustina de Aragón.

Entró en la casa que se encontraba fresca y en penumbra, solo alumbrada por la blancura de las paredes enjalbegadas, y siguió los pasos de doña Rosa que, con una mirada que le recordaba a Lamberto los pases de revista militares y un “venga” imperativo, le llevó hasta el único cuarto que había libre.

—Aquí te puedes quedar, es la habitación que ocupaba un “mohamed” que se ha ido a su tierra a pasar el Ramadán y que nos ha dicho que ya no volverá.

—Me parece bien, me quedo, dijo Lamberto, al tiempo que descargaba sobre una silla pocas pertenencias: dos mudas de camisa, unos pantalones finos de puro desgastados y una muda de ropa interior, digamos calzoncillos y camiseta de tirantes.

—No es muy amplia, pero estarás solo, en las otras duermen los “mohamés”, le aclaró la hija que les había seguido en silencio.

Era una pequeña habitación de unos dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho, con una cama levantada unos veinte centímetros sobre el suelo, una pequeña mesita a la cabecera y una silla a los pies de la cama. A través de un pequeño ventanuco, situado a unos dos metros de altura, comunicaba con la cocina donde María Gisela y doña Rosa pasaban la mayor parte del tiempo, siempre con la radio puesta, mientras preparaban comidas o consumían largas horas de insomnio nocturno, hablando de sus sueños e ilusiones venideras; pues doña Rosa, por la edad, ya casi no dormía, y María Gisela siempre se encontraba a su lado soñando y fantaseando con la llegada de su príncipe azul.

Así fue como Lamberto se fue enterando de sus cuitas y preocupaciones, desde el primer día.

A doña Rosa, lo que más le inquietaba era que Lamberto no encontrara trabajo y no dispusiera de dinero para pagarles el importe de la renta por la manutención y por el cuarto.

Todas las mañanas le despertaba al amanecer y le informaba, mientras preparaba el desayuno, sobre las obras más

grandes en las que podría encontrar faena con toda seguridad y ganarse algunos cuartos de jornal.

A María Gisela solamente la oye suspirar con las radionovelas y susurrar sobre la llegada de un príncipe azul a la Posada Rosada que le saque de aquella vida que, a pesar de las alabanzas de su madre, ella consideraba poco confortable y de muchas penurias.

Escucha muchas noches como ambas sueñan con ser algo alguna vez y de cómo ensayan para cuando llegue la ocasión de regentar un hotel de cinco estrellas. Mientras las oye, reflexiona sobre cómo soñar despierto pudiera ser también parte del cielo que a los humanos nos mantiene con vida y nos espera.

Madrugan y se levantan al amanecer, y con las primeras luces de la mañana limpian y asean las siete habitaciones de la pensión que siempre tienen ocupadas. El resto del día, salvo los ratos de la comida y de la cena, los pasan suspirando junto a la radio, escuchando el consultorio de la señora Francis, la radionovela de turno, como “Simplemente María”, o programas de ensueño idealista y caridad salvadora, como “Ustedes son Formidables”.

Desde el momento en que dejó el equipaje sobre la silla y se tendió sobre la cama, siempre con los ojos fijos en el techo del cuarto, no ha dejado de oír el murmullo de la radio ni un solo día, ni ha pasado ni una sola noche sin que escuchara la misma pregunta a la hora de retirarse del comedor para acostarse:

— ¿A qué hora quieres que te llame mañana para que busques trabajo? -Preguntaba todas las noches doña Rosa, apremiando a Lamberto para que no descuidara su obligación de

trabajar, ni olvidara la deuda que contraía con la Posada Rosada cada día que pasaba.

—Llámeme a las siete, hay algunas obras cerca de aquí, y quiero acercarme a preguntar.

Doña Rosa le había informado sobre las obras y las fábricas más cercanas a la Posada Rosada y de cómo tenía que presentarse para que lo pudieran contratar, siempre teniendo en cuenta, que su formación profesional era escasa y que carecía de influencias que le pudieran servir para conseguir una buena colocación.

—No preguntes por el sueldo, ni por la jornada de trabajo, ni por los días de librar o vacaciones. Pregunta solo si tienen trabajo para ti. De lo demás, ya te irás enterando con el tiempo.

Sale a la calle temprano y, después de un corto o largo caminar, busca con la vista los lugares donde más aglomeración de grúas se vislumbra y dirige sus pasos hacia allí.

Así fue como Lamberto, después de varios días de correrías por las obras cercanas a la Posada Rosada, encontró trabajo en una de las más grandes de la zona norte de Madrid. Estaba rodeada de descampados aún sin visos de ser construidos, de huertas, como la del Obispo; granjas todavía en activo que repartían la leche fresca por las casas del barrio, y cercana, también, a pequeños núcleos de chabolas y casitas bajas como la pensión de doña Rosa que, con el tiempo, al ser adquiridas por fondos buitres y especuladores, serían deruidas y darían lugar a lucrativas urbanizaciones y grandes avenidas.

Los primeros días en la obra fueron días de desconfianza y de tanteo con compañeros venidos de provincias cercanas o alejadas de Madrid, como él, y con otros que fardaban por ser del Foro y de los barrios más castizos y populares de la ciudad, y que recelaban de aquellos que pudieran trabajar a cualquier precio y poner en peligro su jornal y su trabajo, siempre escaso.

Poco a poco se fue haciendo a la idea de que aquel iba a ser el sino de su vida y que no tendría más remedio que lidiar con aquellos compañeros que le habían tocado en suerte y que, de una u otra forma, compartirían con él toda clase de dichas y desdichas durante mucho tiempo. Los fue conociendo por sus nombres o sus mote: El Rosco, El Bigotes y El Mantecas le acompañaban en casi todas las descargas de camiones y en los ratos de cribado de arena que se consideraban como de descanso en los tiempos de espera entre las descargas manuales de camiones.

Los días se vuelven monótonos en la obra y el paisaje se multiplica una y otra vez con montones de arena y de ladrillos que brotan por doquier y desaparecen según se van levantando edificios y se van ordenando las calles y las aceras.

En el tajo se cuentan toda clase de historias y se repiten constantemente las penas y las dichas de unos y de otros. Pasan Lamberto y sus compañeros largas horas cargando y descargando camiones de ladrillos, sacos de yeso y cemento que aún vienen abrasando de la fábrica y destrozan las yemas de los dedos y los brazos. En los ratos de descanso, entre descargas, pasaban horas enteras cribando grandes cantidades de arena para los albañiles y talochas. ni un solo momento en silencio, ni un solo momento sin dejar de escuchar voces y maldiciones contra aquella perra vida y aquel duro trabajo

que solo daba para comer y subsistir; cada cual tenía sus penas que contar, ilusiones que programar o actitudes que reprochar.

—Tú, Rosco eres un pelota, -recrimina un joven huesudo, con un pequeño bigote bajo una prolongada nariz y finos músculos de acero, a otro joven descamisado y sucio de los pies a la cabeza, que ha estado levantando y tragando polvo rojo, casi toda la mañana, mientras manejaba una máquina de cortar ladrillos y que, para descansar de esa tarea y limpiar de polvo rojo los pulmones, tiene que ir a cribar arena de río y beber unos tragos de leche de un envase de cartón.

—Yo no soy pelota ni lo seré nunca, contesta el Rosco. Lo que pasa es que los hijos me obligan a trabajar de esta manera; ya veremos lo que haces tú cuando tengas hijos a los que educar y alimentar.

—No sé lo que haré, pero seguro que no tendré tantos hijos como tienes tú, que eres un picha brava y un tripero, que solo piensa en comer y retozar con la parienta como si fueras un conejo, y luego, vienen las apreturas y el trabajar por lo que me den y en lo que quieran. No puede ser que con veinte años tengas ya tres hijos que cuidar.

En lo más enfrascado de la discusión se oye un revuelo y una voz que quiere ser grito y es susurro:

—Que viene, que viene, se oye la voz de alerta de un peón que hace de vigía para que el resto pueda descansar de palear arena.

Las palas comienzan nuevamente a sembrar la arena sobre las inclinadas cribas. Callan las palabras, solo se oye el ruido

de la arena al resbalar sobre las cribas y una voz en grito que interpela a los que un instante antes discutían.

—¿Que pasa aquí? -pregunta el capataz con la autoridad que le otorga su casco blanco, y dirigiéndose al joven del bigote que acaba de quitarse el suyo rojo de la cabeza.

—Pasa que esta semana me han faltado cincuenta pesetas en el sobre —dijo el joven.

—Te han faltado porque te las has quitado tú, contestó con voz tranquila el capataz.

¿Y eso por qué? Siguió insistiendo el del bigote y al que todos llamaban y conocían por El Bigotes y cuyo nombre era Romano.

—Porque hablas mucho y trabajas poco, y como no espables te despediré, remató el capataz con un cierto aire de superioridad y la autoridad que le otorgaba su casco blanco que le diferenciaba de los otros, al tiempo que se alejaba del grupo de peones que habían dejado de cribar arena mientras se producía la controversia.

—Pues tenga mucho cuidado con lo que hace, -le ha gritado El Bigotes, mientras el capataz se alejaba hacía otro tajo de la obra.

Camina rápido; pero, de pronto, volvió sobre sus pasos y, para que todos se enteraran bien, ahora más calmado, les informó que la empresa había tomado la decisión de regalarles, junto con la cesta de Navidad, una acción de la sociedad anónima constructora a cada uno de los trabajadores para que fueran propietarios de la misma y partícipes de sus beneficios. Así que, lo mínimo que podían hacer era trabajar sin

desmayo para que hubiera beneficios y pudieran participar de los mismos. Debían ser agradecidos, llamarles la atención o denunciar a todos aquellos, que, como El Bigotes, quisieran escurrir el bulto y arruinar a una sociedad que tantos beneficios producía y tan bien trataba a sus obreros.

El Bigotes se sonrió tras la información del Panza Burra, que era como casi todos llamaban al capataz del casco blanco, encargado de los peones del cribado de arena y la descarga; pues todos sabían, y fue lo primero que le contaron a Lamberto, una vez que el Panza Burra se marchó del tajo, que cuando trabajaba de peón, el ahora capataz, era el más vago de la obra y la empresa lo había ascendido a capataz porque había visto que era una persona que no tendría escrúpulo alguno en maltratar a sus propios compañeros. Por eso, algunos, también lo llamaban el Látigo Panzón.

Y así, entre bromas y pequeñas broncas, se van pasando los días de la semana hasta el sábado, que era el día que todos esperaban, pues era el día de cobrar.

Bastó la llegada del primer sábado para que Lamberto descubriera que aquel día era un día muy distinto a los demás. La gente comenzó a llegar antes a la obra y las voces que gritaban presente o aquí, al pasar lista, sonaban más alegres que el resto de los días de la semana, más soñolientas y apelmazadas.

—Sábado “sabadete”, camisa limpia y un polvete, —se saludan y repiten en voz alta algunos de los más jóvenes, con pícaro alegría.

Sobre la una y media, suena la campana, y todos acuden a la puerta de la oficina. Un encargado va leyendo los nombres

y entregando un pequeño sobre marrón a cada uno de los obreros, es el sobre con la paga de la semana.

Casi todos saben lo que hay dentro, cuánto van a cobrar; pero siempre esperan que se produzca algún milagro y vean aumentado en unas pesetillas el mísero salario que solo da para sobrevivir e ir tirando.

Uno y otro sábado se repite en la puerta de la oficina la misma ceremonia: obreros impacientes por ver si el milagro se produce y el encargado de pagar entregando su sobre a cada uno. Rostros alegres hasta el momento de abrir el sobre, que se tornan contrariados al ver su contenido.

Uno y otro sábado se repite la misma ceremonia en la puerta de la oficina entre la mayoría de los obreros y el encargado de pagar; rostros alegres e impacientes hasta el momento de abrir el sobre y ver su contenido; nadie quiere que el compañero sepa lo que cobra, eso es casi sagrado; pero después de abrir el sobre, la alegría se torna rabia mal disimulada y el aire de la obra se va cargando de maldiciones e improperios. Es el momento que aprovechan los más concienciados y rebeldes para hacer proselitismo, de su lucha y de las razones que les asisten para organizarse y protestar.

—Para esta mierda toda una semana descargando camiones y cribando arena.

—Mil trescientas cincuenta pesetas por nueve horas diarias y seis días de trabajo. Nos explotan como si fuéramos animales de carga y de arrastre, -dijo el Bigotes, acercándose a Lamberto.

Este lo miró sin saber qué decirle, pues tenía conocimiento de que el día anterior se había aprobado el salarió mínimo in-

terprofesional en 136 pesetas diarias, lo que para algunos había sido un gran logro en los tiempos que corrían. A su lado, pasa El Rosco que todos saben que cobra cien pesetas más que el resto de compañeros porque trabaja como una mula y está siempre a disposición de la empresa para lo que haga falta y sea necesario.

Entre insultos desmesurados, dirigidos a un poder desconocido y anónimo, que controla la empresa, y otros más livianos para los encargados y jefes de la obra, por si pudieran ser oídos por aquellos, se van acercando al vestuario para cambiarse de ropa y ponerse en marcha hacia sus casas.

Uno tras otro, o en pequeños grupos, van saliendo de la obra y se dirigen a las paradas de autobús, tranvía y, a veces, luego metro y nuevo autobús hasta llegar a su destino. Siempre la misma rutina y el mismo trayecto hasta el cambio de obra o de trabajo. Algunos se marchan a pie, como Lamberto, que camina contento, pensando en el descanso que le espera hasta el próximo lunes de madrugada.

Los días, las semanas y los meses se van repitiendo con monotonía en la obra y en la vida de Lamberto. Los mismos comentarios, las mismas historias y discusiones por el reparto de las propinas que dejan los conductores de los camiones para que descarguen rápido y puedan hacer más viajes al día, para ganar más dinero.

De vez en cuando, El Bigotes plantea la cuestión de que El Rosco está haciendo trampas con el reparto de las propinas, por lo que tendrían que cambiar al encargado de la recogida y el reparto. El Rosco se defiende diciendo que él tiene tres hijos y que el Bigotes no tiene a nadie que alimentar. Además, sabe que trabaja los fines de semana levantando

chabolas ilegales, que luego vende a los necesitados de vivienda a precio de oro, y que se gasta, en el Cerro de los Locos jugando al chito y de putas en el Cerro de la Plata, la mitad de lo que gana. Y sin perder de vista al Bigotes que le mira mientras habla, da toda clase de detalles sobre lo recaudado, lo repartido y lo detraído para él, como comisión, por recoger las propinas y hacer el reparto.

Siempre que se plantea el asunto y la explicación es la misma. El Bigotes niega con vehemencia que sea cierto lo que dice el Rosco sobre que se gasta el dinero en el juego y en las putas e insiste en el cambio de administrador de la recogida y reparto de propinas; pero es tal la trifulca que se forma cada vez que surge el tema, que siempre termina con las cosas como están.

Y siendo cierto, tal y como pudo constatar Lamberto, que el Bigotes no se gastaba el dinero en el juego y en putas, no lo era menos, que había sido él quién lo había introducido en el juego del chito que se practicaba en el Cerro de los Locos.

En aquel tiempo había dos cerros en Madrid, que eran bien conocidos, por distintas razones, entre gentes de variada procedencia: el Cerro de los Locos y el Cerro de la Plata.

El Cerro de los Locos, al que algunas veces acudía Lamberto acompañado de El Bigotes y otras solo, estaba en unos de los extremos de la Dehesa de la Villa y se asomaba a la sierra y a la ciudad universitaria como un barco varado entre montañas mirando hacía las llanuras castellanas.

A esa parte del cerro, que era las más alejada del tráfico y el bullicio de la ciudad, solo acudían personas mayores, principalmente hombres y, en ella, siempre estuvo permitido el juego y las apuestas.

Al anochecer y al amanecer, se podía ver con frecuencia, a hombres, casi totalmente desnudos, personas amantes de la naturaleza, la vida y la salud, haciendo difíciles contorsiones con sus viejos y arrugados cuerpos, tomando los primeros o los últimos rayos de sol y respirando la suave brisa que se filtraba entre las finas hojas de los pinos

Allí acude algunas tardes Lamberto agobiado por el aburrimiento y en busca de distracción. Escrudina a los que, en sus orillas, juegan al trile con las cartas marcadas; sigue las apuestas de los que juegan al frontón sobre la pared de un viejo transformador abandonado y recauda algo de dinero con las apuestas del juego del chito. Camina de uno a otro lado observando los corrillos de viejos jubilados, que, sin apostar dinero, hacen apuestas, solo de palabra, sobre quién ganará la última partida en el juego de pelota, para así mostrar sus habilidades en el conocimiento de tal juego y de quienes son los mejores jugadores.

No hay ni un solo momento en que la pelota de cuero no esté rebotando sobre la pared del viejo transformador. Suenan los aplausos cuando la jugada acaba bien rematada, y las exclamaciones cuando se produce un fallo clamoroso en la que era la última oportunidad del equipo perdedor para seguir jugando. Después los billetes de mil pesetas, de quinientas y de cien pasan de unas manos a otras y nuevamente a empezar otro partido.

En el Cerro los Locos quedan los dos algunos fines de semana, que es cuando más gente acude y más sustanciosas son las apuestas y ganancias. A diario, también suelen acudir a pasar el tiempo y a jugar, toda clase de desocupados, oportunistas del azar, hombres sin importancia y con posibles, que se juegan pequeñas o grandes cantidades de dinero por el solo

placer de jugar y ganar, o perder; pero el Bigotes le dice, que es en los fines de semana cuando merece la pena ir a jugar. El Bigotes siempre acaba ganando al final de cada jornada de apuestas y porfías, y hace partícipe a Lamberto de las ganancias y de las argucias que utiliza en el juego y las apuestas.

Lamberto y El Bigotes solían jugar a la variante de tirar o no tirar el chito a gran distancia, perdiendo o ganando lo apostado, según cayera o no cayera el chito tocado por un disco metálico o tejo que había lanzado el tirador.

Pronto se dio cuenta Lamberto de que el juego y las apuestas que allí se practicaban, como la vida misma, estaban llenos de normas y de trampas, normas, que se transformaban en cuentos y cuentas para siempre, y trampas, que se transformaban en normas para que la banca y el tirador siempre ganaran.

Poco a poco, fue entendiendo Lamberto los intrínquilis del juego, las apuestas y las trampas. El tirador fallaba varias veces y a conciencia, y, poniendo el chito cada vez a más distancia y en sitios más irregulares y escabrosos, parecía que era imposible que pudiera tirarlo con el tejo. Entonces, a una señal que hacía el tirador y que solo conocían el gancho de las apuestas y sus amigos, el chito rodaba por el suelo golpeado por el tejo sin piedad.

Las normas las ponía un tirador infalible, que tiraba el chito siempre que quería; momento en el que grandes cantidades de dinero pasaban de unas manos a otras.

El tirador se pasaba las horas y los días ensayando para desplumar a los incautos; pues, cuando erraba, los fallos eran siempre premeditados y en sitios que parecían fáciles de tirar. El tirador no apostaba, pero siempre participaba en las ga-

nancias que luego, todos los compinchados en las apuestas y en el juego se repartían en un bar cercano.

Con el tiempo, Lamberto fue tomando precauciones, pues se dio cuenta de que era peligroso lo que hacían, ya que también acudían expertos en el descubrimiento de trileros y tramposos; pero como las ganancias eran succulentas y pequeño el esfuerzo, jugaba todos los fines de semana, cuando la afluencia de público era mayor y se diluían las pérdidas y las trampas entre tanta multitud, sin que se pudieran dar cuenta de que la mayoría habían sido engañados.

En el Cerro de los Locos, además de ganar algo de dinero con el que empezó a construir su propio fondo de pensiones, solía Lamberto encontrar trabajo cuando era despedido por fin de obra, por terminación de los trabajos de su especialidad; ya que, era raro el día en que no acudían obreros de las principales obras de Madrid que le informaban de los sitios en que se necesitaban peones y especialistas de todos los oficios.

Algún fin de semana, también le pidió el Bigotes a Lamberto que le acompañara al Cerro de la Plata, donde tenía que visitar y dar unos recados a unas antiguas amigas que habían sido unas bellas señoritas y que ahora, cual flores de amapola recién cortadas, se empezaban a encontrar algo deshojadas. El Bigotes las trataba con cariño y les repartía unos panfletos, que les hablaban de que, algún día, podrían liberarse.

El Cerro de la Plata estaba a las afueras de Madrid por donde las vías del ferrocarril comenzaban a estirarse y a perder su identidad con las plataformas de la estación de Atocha. Allí campaban las putas baratas que, bajo el mando de chulos emprendedores, hacían las delicias de algunos jóvenes sol-

dados, que cumplían con el servicio militar obligatorio y que habían llegado al Foro de la Villa y Corte sin conocer varón o dama cortesana. Allí iban los soldados de reemplazo a que les hicieran pajas o a echar algún polvo caminero. Los había que querían hacerlo con las flacas y los había que preferían hacerlo con las gordas. Unas y otras eran putas que ya no daban el tipo para estar en los puticlubs más selectos de la Gran Vía o en las esquinas de las calles adyacentes, putas que fueron de cuarto de banderas, como la Collares y la Flaca, y que ahora se tienen que conformar con los soldados rasos de las quintas de reemplazo.

Se formaban colas en la puerta de una tienda de campaña o en la de una chabola de latas y madera con una cortina rota como puerta, y tablas carcomidas por tabiques. Algunos días, entre La Collares, La Pelos y La Flaca se ventilaban a toda una compañía de reclutas.

A seis duros por cabeza el polvo y tres duros la paja; en cada matorral, en cada recoveco del cerro, un recluta y una mujer que le acompaña; de pie en cualquier garita abandonada; en el suelo, con un plástico tendido, cuando llueve, para no enfangarse en el barro los muslos y la espalda.

Allí iban también algunos peones y viejos de la obra, necesitados de emociones fugaces y fogosas, que, sin compromiso alguno, podían aliviar por un rato sus soledades y sus penas.

Capítulo II

Antes de morirse Franco: Revolución o Muerte sería la divisa

Muchos de los que estaban dispuestos a morir, también estaban dispuestos a matar; es de lo primero que se dio cuenta Lamberto cuando tomó contacto con personas que luchaban contra la dictadura de Franco y eran conscientes de los riesgos y peligros que corrían:

—Es la vida de ellos o la nuestra, ellos o nosotros; ellos tienen y portan armas letales y siempre tiran a dar en el corazón o en la cabeza, eso es lo que debemos tener en cuenta cuando salimos a la calle con nuestra revolución y nuestros sueños; —esta era una de las reflexiones que con frecuencia oía y que se hacían los revolucionarios en sus reuniones, ya fueran estas en las iglesias, en descampados o en tabernas.

A pesar de las presiones y dificultades a que había estado sometida la vida de Lamberto desde su inicio, no era persona fácil de conformar en el trabajo y no tardó en hacerse notar por sus protestas ante cualquier comportamiento que considerara injusto y por apuntarse a cualquier reivindicación que se produjera; por lo que pronto se le dieron a conocer algunos

compañeros de trabajo de los que luchaban contra la dictadura de Franco, contra las injusticias sociales y por una sociedad más libre e igualitaria; y fue el contacto con esos luchadores lo que le permitió ir adquiriendo una conciencia de clase y un sentimiento revolucionario, que años más tarde casi nadie entendería y que, algunos intelectuales de postín, pasaron a considerarlo un concepto anticuado y obsoleto.

La mayoría de las obras en las que encuentra trabajo Lamberto duran poco, todo lo más tres años las más grandes e importantes, por lo que de vez en cuando no puede ir andando al tajo y tiene que ir a otras zonas lejanas utilizando varios medios de transporte público. En esos periodos se acorta el tiempo disponible para vivir y se adelanta varias horas el despertar de las mañanas.

No es bonito ver amanecer en los barrios pobres de una gran ciudad; tampoco es bonito oír sus susurros y lamentos antes de que se apague la luz de las últimas farolas. Al amanecer comienzan a sonar los despertadores en todas las casas de alrededor de la Posada Rosada y empiezan a iluminarse las ventanillas que dan a los patios interiores y cercanos. El silencio es grande, las paredes de las viviendas son frágiles y livianas, y entre pequeños ruidos de tazas de desayuno y resoplar de cafeteras se oyen las conversaciones de los vecinos preparándose para la rutina diaria:

—Despierta Rosario, le grita el marido.

—¿Qué pasa? Pregunta tendida en la cama

Ella se incorpora, mira la ventana

—Aún quedan estrellas

—Sí, pero ya es hora, ¿no oyes a la gente andar por las ca-

lles? De prisa, te esperan; si no te das prisa perderás clientela.

Rosario se levanta, se arregla el cabello, se pone el vestido y se calza unas botas que un día le dio la señora Paca que tiene un marido que es zapatero y tiene calzado olvidado que nadie recoge y reparte la Paca pasados los años.

—Para qué habré nacido, susurra muy bajo, ¿dónde está la cesta?

—Allí en el rincón, al lado de la cocina para que se vaya secando mientras dure encendido el carbón; estaba calado todo lo que traías, si sigues así, pronto te quedarás sin clientes y tendrás que pedir en la puerta de la iglesia que es donde paran siempre los que no tienen nada, y mucho me temo, que luego en el cielo, nos pase lo mismo y no nos dejen pasar más allá de sus puertas; pues tengo entendido que han puesto en su entrada a un gran cancerbero que no deja entrar a los que no llevan nada o llegan sin papeles igual que en la tierra.

—Lo mismo me da, acaso crees que esto es un negocio para echar barriga.

—Así empezaron otros que ahora son pudientes y tienen riquezas.

—Y tú te lo crees, cuentos de la vida que inventan algunos que no tienen que hacer, solo inventar.

El marido enfermo se da media vuelta y recoge las mantas que abrigan su cuerpo.

—Bueno que me voy, compras el pan y algo de verdura, y si hace buen día a ver si recoges algunos cartones y papeles

viejos y los llevas donde Paco el trapero que algo te dará; que pronto vendrá el cobrador de la luz, el casero, el del agua y luego el de los muertos y todos los demás que viven de otros y necesidades ajenas.

—Sí, ya lo sé, vienen todos a una y no tenemos perras ni para el carbón y la leña, y más bien será el frío el que nos lleve al otro mundo antes de morir.

—Bueno hasta la noche, cuidado con beber y no gastes en vino lo que es para recibos y para comer.

—Adiós, cuídate.

—Cuídate tú que naciste enfermo, y llama a la niña para que vaya al colegio, que tié que estudiar pa salir de este pozo en que estamos presos.

Se apaga la luz, se oye un portazo. Mecido en tinieblas se acurruca el marido y se queda soñando en la cama, soñando en el pozo, la última palabra con la que se despide Rosario todas las mañanas.

Afuera aún la noche; cerrada la puerta topa con Lamberto que sale de la posada y que lo ha oído todo como todos los días desde que madruga al amanecer para ir al trabajo. Ambos en silencio y cubriendo el rostro con una bufanda avanzan despacio hacia la parada y esperan que llegue algún autobús.

—Hola buenos días, saludan a los que esperan.

—Buenos y bien frescos

—Todos a la faena

—Qué vamos hacer, si queremos comer.

En la misma parada, a la misma hora, todos los días, y año tras año: las mismas palabras, las mismas sonrisas, las mismas tristezas y alegrías; Lamberto los mira, los observa y los escudriña sin dejar de pensar. Preguntan, se ríen o están en silencio según este el tiempo o pinte el día:

El del sombreroillo que es albañil y está siempre hablando de huelgas y: -“Que no puede ser, que esto no es vida”, que tarda dos horas en ir al trabajo y dos en volver y diez en el tajo, “que no puede ser que la vida es cara y los sueldos bajos”. Y un viejo chocho de bigote largo y pelo nevado que vende periódicos y coplas de amor en la puerta del metro, siempre está escupiendo y arañando el suelo con sucios zapatos. Y la chica joven de risa inocente que está de criada en la casa de unos señoritos de mucha instrucción y postín, se acaricia el pelo a uno y otro lado y extiende sus ojos igual que abanicos de muchos colores. Y el pelirrojo que es camarero de un bar muy famoso del centro del Foro. Y la cerillera y otros muchas más. Cuántas ilusiones, cuántas horas muertas, cuánto silencio, cuánta soledad. Uno tras otro montan en la camioneta, que es como llaman al verde autobús, y los que pueden cogen asiento y vuelven a soñar hasta la última parada antes de bajar.

—Señora Rosario, que ya hemos llegado

—Qué tonta que soy, otra vez me he dormido.

Recoge su cesta y baja al asfalto. La puerta del metro es su lugar de trabajo. En la plazoleta de Cuatro Caminos, con cara de sueño, rebullen obreros lo mismo que hormigas.

—Tabaco, cerillas, tabaco, cerillas, empieza Rosario.

—Tabaco, cerillas, acompasa a su lado Dolores la gorda; es la competencia; todo el día juntas y nunca se hablan.

—Tabaco, cerillas: Uno con filtro para los del traje y cuello de bocina; uno de rubio para la chica guapa y los chicos chuleta; dos de celtas cortos, papel de liar y una de cerillas para el del pelo largo y chamarra verde, o para aquellos que llevan la tartera en la mano y yeso en las cejas; Y un cigarro suelto para los niños, niños, que quieren ser hombres. Así hasta la noche, y al día siguiente de vuelta a empezar.

Fue en una de esas frías mañanas de invierno cuando el del sombrerillo le tendió la mano y le dio un papel para que leyera y en el que venía escrito con letra de imprenta y bien puntuado:

“Nosotros, trabajadores de la construcción de Madrid, Enlaces Sindicales de ocho empresas, deseamos presentarnos a Vocales para defender con valentía las muchas necesidades que tenemos los trabajadores de la construcción.

Somos ocho compañeros vuestros que sabemos por experiencia diaria la dureza del trabajo a la intemperie, con largas jornadas y mal pagados.

Hoy pedimos el voto a todos los enlaces y jurados prometiendo a cambio nuestra constante y firme preocupación por mejorar las condiciones económicas y sociales de todos los obreros de la Construcción.

En concreto, este es nuestro programa inmediato de lucha:

—Jornada de ocho horas.

- 400 ptas. diarias de salario.
- 3 pagas extraordinarias completas.
- 30 días de vacaciones.
- Cien por cien de salario en caso de enfermedad o accidente.
- Mejora en la Seguridad e Higiene en el trabajo
- Jornada intensiva en verano.
- Y otras mejoras de tipo social, etc...

Compañeros, conscientes de nuestra honradez en la defensa de nuestros intereses comunes, sabiendo que la unión de todos los obreros será la gran fuerza que consiga una mayor dignidad humana para nosotros y nuestras familias, aquí van nuestros nombres que os pedimos propaguéis en vuestras obras y tajos, para que todos los enlaces nos voten para Vocales en la categoría de especialistas.

Madrid, diciembre 1971”.

Cuando Lamberto leyó aquella cuartilla, tan bien y pulcramente escrita, confeccionada por gente con medios e instruida, pensó él, la comentó con algunos compañeros de trabajo y, aunque la música en palabras no les sonaba mal, no faltaron las críticas sobre el papel leído y, mientras esperaban a que sonara la campana para comenzar a trabajar, unos y otros fueron dando su opinión sobre aquella pequeña tabla reivindicativa, que no era panfleto por estar repartido por el sindicato vertical, que era el sindicato del régimen y en el que no confiaban los más luchadores, entre los que se encontra-

ban los amigos y compañeros de Romano, el Bigotes, que hizo de portavoz y expresó su postura:

—Aquello era del sindicato vertical, el sindicato montado por la dictadura de Franco para amansar y doblegar a los obreros, y que colaborar en aquella farsa de elecciones sindicales, era colaborar con el sistema y la dictadura, dijo el Bigotes, y que en cuanto a la jornada de trabajo, que él no luchaba ni daba ni un palo al agua en tal sentido, si no era por la jornada de trabajo de tres días a la semana y ocho horas diarias, como en el Califato de Córdoba; si ya en aquella época podían vivir trabajando tres días a la semana, no entendía por qué ahora tenían que trabajar seis días a la semana a ocho horas diarias. Así, que apunta ahí, que yo reivindico la jornada del Califato de Córdoba: tres días de trabajo a la semana a ocho horas diarias: martes, miércoles y jueves; terminó el Bigotes alzando la voz y dirigiéndose a Lamberto que acababa de leer aquel papel que algunos sindicalistas habían confeccionado como propaganda para su candidatura a las elecciones sindicales.

Para otros, cuya ideología era ciencia y su lucha la única acertada, había que ser prácticos, reivindicando cosas imposibles y pactando y conformándose cuando tenían al alcance de sus manos lo posible:

—Había que aprovechar todas las armas al alcance de la clase obrera: las legales y las ilegales, siempre se puede hacer algo desde esos puestos de enlaces sindicales, jurados de empresa y comités.

Lamberto fue escuchando lo que decían los unos y los otros, y fue tomando nota de todo, tal y como le había pedido el Bigotes.

Romano, en todas partes conocido más por su bigote que por su nombre, había venido coincidiendo en algunas obras con Lamberto, pues los dos, desde que se conocieron en la primera obra de peones, habían ido ascendiendo en la profesión hasta la categoría de oficiales; ambos habían formado cuadrilla con el Rosco, que era el mejor ayudante que habían conocido; el Rosco apenas hablaba y no le interesaba la política ni ninguna otra cuestión que le pudiera distraer o robar tiempo de lo que él entendía como disfrute de la vida: el fútbol y los toros; pero untaba el yeso y el cemento en el canto de los ladrillos de hueco doble y las rasillas como nadie y las lanzaba al vuelo hasta el oficial sin que ni una sola vez no cayera entre sus manos:

—Cemento, ladrillo, hueco doble, sencillo, que vuele la cosa; las torres que crecen, los pisos que se venden, una hora otra hora, un día otro día, un año otro año, y otra vez a empezar. Según las obras se iban terminando, buscaban trabajo juntos e iniciaban una nueva andadura de rutinas y largas jornadas de diálogos y silencios. Nueve horas diarias trabajando y en cuadrilla daban para mucho y producían variadas mezclas de yeso, de cemento y de palabras. Después de muchas controversias provocadas por Romano a la hora de la comida y en el tajo, el Bigotes se fue dando cuenta de las inquietudes de Lamberto y de que tenía madera de guerrillero; y un sábado, después de salir de la ducha semanal en la casa de baños del metro de Alvarado, pues no había ducha ni baño

en la Posada Rosada, le pidió que le acompañara a una reunión que creía le podía interesar.

Cogieron el metro en la estación de Plaza de Castilla y salieron en la última estación, en la otra punta de Madrid; luego un autobús hasta la última parada y desde allí, caminaron un gran trecho, siempre mirando para atrás y hacía los lados en el doblar de las esquinas, por ver si alguien les seguía; y al final terminaron en el salón de una iglesia parroquial, donde entre nubes de humo e intervenciones bien hiladas sobre los problemas del ramo de la construcción pasaron toda la tarde discutiendo; terminada la reunión desanduvieron el camino andado, ahora cada uno por su cuenta y sin pronunciar palabra o comentario digno de mención. Después de aquella reunión vinieron otras y otras muchas.

Asistió Lamberto a infinidad de citas que le condujeron a un sinfín de reuniones sobre tácticas y estrategias políticas y revolucionarias: anarquistas, anarco- sindicalistas, comunistas, marxistas, marxistas leninistas, socialistas, trotskistas, sindicalistas revolucionarios, sindicalistas revisionistas y a secas; cada grupo tenía su propia táctica y estrategia para acabar con la dictadura del General Franco y hacer la revolución. En todos había prendido la llama de la ilusión por cambiar el mundo. Siempre con el miedo a la prisión y a la muerte, siempre con la prisión y la muerte rondándoles y pisándoles los talones.

En aquel tiempo, no tenía ninguna duda Lamberto de que el enemigo común, de todos los luchadores que en aquellas reuniones confluían, era el gran dictador: el omnipresente Francisco Franco Caudillo de España por la gracia de Dios, según rezaban las monedas de curso único y legal; en todas

la reuniones se presentaba, siempre se hablaba de él y de su régimen; en todas partes estaba, todos los tribunales, escuelas y concejos presidía; todos los que se reunían en aquellos contubernios clandestinos de militantes de base querían acabar con el gran dictador y su sistema de estado y de gobierno; ninguno de los que, con miedo y con esfuerzo, a aquellas reuniones acudían hubiera derramado ni una sola lágrima por su muerte; de ninguno hubiera brotado el más mínimo lamento; todos querían acabar con él; pero el dictador resistió todos los contubernios y todas las embestidas y, al final de sus días, murió en la cama y cableado, acompañado del brazo incorrupto de una Santa y bajo el cobijo del manto de una Virgen; y, en su testamento, legó un nuevo reino a todos los españoles y, desde entonces, todos viven felices y contentos, piensa Lamberto.

Nunca dudó Lamberto de la buena voluntad y de la sinceridad de los que luchaban contra Franco, hombres y mujeres de muy distintas clases y estamentos sociales: Luchadores que vivían en los barrios obreros de los cuatro puntos cardinales de Madrid; sacerdotes obreros, que no vivían del erario público y que trabajaban para vivir; hijos de militares del ejército de Franco que se sublevaban contra el trato dictatorial de sus progenitores; hasta algún noble, honesto e ideológicamente orientado; o algún grande de España, ideológicamente desorientado o por intereses espurios, pues era difícil entender que quien tanto se estaba beneficiando del régimen abominara contra el mismo con tan aparente facilidad.

En aquella época todavía no habían fracasado ni alcanzado las más altas cotas de la miseria política las revoluciones socialistas y comunistas, ni muchos marxistas e intelectuales influyentes se habían convertido en furibundos liberales, de-

fensores de su bienestar y su dinero; y, aún, todo era posible para personas entusiastas como Lamberto.

Algo más tarde, con el paso de algunos años, se fue dando cuenta, de que en cuestión de revoluciones, lo mismo se puede ir para adelante como para atrás; y que había tantas revoluciones como revolucionarios; cada uno de los que iba conociendo tenía su propia revolución en la cabeza.

De un trabajo a otro; de una reunión a otra; del Cerro de los Locos a la pensión de doña Rosa. Todos los días hay algún panfleto que imprimir; alguna revista que repartir por las fábricas, las obras y los barrios. Todos los días hay algo nuevo que hacer, algo nuevo que aprender y discutir.

Tardes y noches de humo interminables con ceniceros cargados de colillas y cabezas a punto de reventar después de tanta argumentación baldía sobre táctica y estrategia; sobre el arte de la revolución, las guerrilla y la guerra, sobre la última guerra civil, sobre revoluciones desconocidas y las guerrillas de la Sierra de Guadarrama; sobre el socialismo utópico y científico; sobre todo aquello, que a la postre y según reflexionó posteriormente y en muchas ocasiones Lamberto: para aquel viaje no había hecho falta tantas alforjas.

Lamberto solía llegar a la Posada Rosada cuando Gitsela y doña Rosa todavía estaban escuchando, entre aplausos y suspiros, la última radionovela del día o “Ustedes son Formidables”. Otras veces llegaba ya amanecido, cuando doña Rosa tenía el desayuno encima de la mesa y la merienda preparada y metida en la tartera; el saludo era seco y de escasas palabras. Mientras tomaba el desayuno dejaba un paquete de panfletos encima de la mesa, luego lo metía en la bolsa con la tartera y marchaba a la obra a volver a empezar.

Fueron años de mucha incontinencia verbal y frenética actividad que Lamberto siempre consideró revolucionaria, pero que según pasaban los días y lo veía reflejarse en el espejo de la evidencia de su experiencia, apenas tenía incidencia real en el mundo y ambiente en que vivía. Poco a poco fue sintiendo en su cuerpo y su conciencia que el mundo y las revoluciones iban por un lado y él y los que le rodeaban iban por otro. Fueron años en los que muchos medraron a la sombra de la dictadura y el sistema, y en los que, menos los anarquistas y comunistas, todos vivían en sumisa tranquilidad: demostraciones sindicales con la participación del Sátrapa y Señora, desfiles militares, exaltaciones de raza y de tronío, procesiones bajo palio y tardes de fútbol y de toros; no cabía mayor felicidad en un pueblo que, después de una gran guerra civil y una postguerra no menos tormentosa, había sido manestamente adoctrinado.

A María Gisela y doña Rosa nada les importaba las ideas que Lamberto pregonaba y trataba de imbuirles con machacona insistencia y a diario; para ellas, eran más reales las radionovelas que escuchaban noche y día que la retórica de igualdad y fraternidad universal que Lamberto pregonaba. Los otros huéspedes de la Posada Rosada apenas hacían caso de los panfletos que, de vez en cuando, Lamberto les entregaba; pues aparte de ser migrantes y huéspedes de tránsito, sus aspiraciones de ascenso social solo lo podían ser por casualidad y por azar, y dependían de sus propios méritos y cualidades; ascenso que se convertía en hazaña imposible si no disponían de dinero líquido y contante. Los vecinos del barrio veían a Lamberto y a otros que como él vivían y luchaban, como algo extraño al cuerpo social, al ambiente y lugar donde la mayoría de la gente a duras penas podía sobrevivir; tam-

poco leían los panfletos que les eran entregados y, cuando los leían, apenas entendían lo que en ellos se decía; muy pocos, por no decir ninguno, de aquellos que le decían que le entendían y apoyaban, se apuntaban a la lucha que entonces se decía por la igualdad y contra la explotación del hombre por el hombre. Observaba Lamberto que los medios de comunicación también les ignoraban, y cualquier actividad o huelga, por muy revolucionaria y general que esta fuera, apenas ocupaba un rinconcito en la última página de algún diario de la tarde; y si ocupaba algo más de espacio, o era comentada por alguna radio de cobertura nacional, era para denigrarles e insultarles de forma inmisericorde e indecente. Fueron años difíciles para unos y de pingües beneficios para otros. Y la dictadura, poco a poco, fue siendo aceptada por Europa y el resto de las naciones de la tierra.

Sin interferir en los ideales y andanzas de Lamberto, a doña Rosa lo único que le preocupaba y le importaba era que a éste y al resto de huéspedes de la Posada Rosada no les faltara el trabajo y le pudieran abonar la pensión sin demora y con normalidad. Mas, algunas veces, debido a las crisis eternamente intermitentes, faltaba el trabajo en las pequeñas obras de la construcción y era, aún más difícil, encontrar en las más grandes, debido a las listas negras que circulaban entre los encargados de las empresas más importantes. En esas ocasiones, se empleaba Lamberto en otros menesteres o trabajos de escasa duración como la realización de chapuzas por cuenta propia o el reparto de propaganda comercial en los buzones del centro y las afueras de Madrid.

Fue en uno de esos días, un día en que Lamberto acudía a primera hora de la mañana a uno de esos trabajos esporádicos que había encontrado en las afueras de Madrid, cuando Lam-

berto conoció a Sulaiman Sayyid que vivía en la calle y que a primera hora, antes de que el metro abriera sus puertas, ya estaba resguardado y pidiendo trabajo en la entrada de Cuatro Caminos; luego, con las monedas que voluntariamente algunas personas le daban, se compraba algunos alimentos en el mercado de Maravillas y volvía a los túneles del metro hasta que cerraba, o se compraba un billete e iba de una estación a otra, haciendo trasbordo en varias líneas; y así pasaba los días y las horas, con la esperanza de que en algún momento encontraría trabajo, le sonreiría la fortuna y sería redimido por el estado del bienestar. Lamberto que, para llegar a tiempo a uno de aquellos trabajos que le permitían subsistir en tiempos de crisis económica y penurias, tenía que coger el primer metro, le saludó el segundo día que le vio y, a partir de aquel primer intercambio rutinario de palabras, le siguió saludando día tras día, profundizando poco a poco en los temas de conversación que duraba hasta que abrían las puertas del metro y se podía entrar a caminar por los túneles y laberintos subterráneos. Y así, tras aquellos pequeños ratos de convivencia circunstancial a la entrada del metro y algunas conversaciones más largas a la vuelta del trabajo, cuando Sulaiman aún no había recogido sus pertrechos subsistencia, Sulaiman Sayyid le fue contando a Lamberto que era hijo de un rey de África que había escapado de las garras de los mercaderes de esclavos; que su padre, después de escapar de las garras de esos nobles mercaderes, se había refugiado en las montañas de su país e iniciado una lucha feroz contra todos aquellos que se aprovechaban de tan inhumano y lucrativo negocio de traída de jóvenes fuertes y sanos para trabajar como siervos en sus casas, en sus fábricas, en sus jardines y tierras de labor; y que él, con la esperanza de que algún día pudiera recuperar el trono que a su padre le había sido usurpado en revueltas

palaciegas alentadas con la ayuda de los poderosos de oriente y occidente, había venido a Europa en busca de aliados y fortuna.

Y Lamberto, que no era monárquico ni sentía simpatía alguna hacia una institución compuesta de reyes, reinas, príncipes y princesas, se compadeció de Sulaiman y se ofreció a interceder ante la dueña de la pensión donde él estaba para que le acogieran en la posada y le hicieran un hueco, al menos para dormir.

Y conociendo Lamberto el pensar y el sentir de María Gitsela sobre los reyes y los príncipes, habló primero con ella sobre la posibilidad de que el hijo de un rey de África pudiera venir a vivir a la Posada Rosada, para que luego fuera esta la que convenciera a doña Rosa para que no pusiera ningún impedimento al hospedaje del príncipe Sulaimán.

Así fue como, acompañado por Lamberto, el Príncipe Sulaimán Sayyid llegó a la Posada Rosada y fue presentado a Maria Gitsela que quedó muy sorprendida por su colorido y aspecto; pues ella siempre había pensado que los príncipes como los dioses, eran todos de piel blanca y sangre azul. Y nunca, cuando había soñado con un príncipe azul que viniera un día a rescatarla, se había imaginado que las cosas y los príncipes pudieran ser de otra manera. Y una vez realizadas las presentaciones de rigor y debido a las dificultades lingüísticas para pronunciar el nombre de Sulaiman Sayyid, todos decidieron que a partir de aquel momento el príncipe Sulaiman se llamaría Abu el Negro; pues todos tenían claro que nunca cambiaria de color y nadie se creía la historia de que fuera hijo de un rey de África.

Soberano de piel negra, Abú era el primer Príncipe que había entrado en la Posada Rosada y el primer negro que comenzó a pasear por la calle principal del barrio sin impedimento alguno; pero a los pocos días de su llegada se pusieron en guardia los más influyentes y notables del barrio: Vinieron el presidente y los vocales de la asociación de vecinos, las damas de la caridad y otros que se creían que eran algo, como los exclusivistas metódicos y supremacistas, a preguntar a doña Rosa si era consciente y sabía a quien había dado hospedaje; si era consciente y se había dado cuenta que era negro de verdad, y de que no se podría volver blanco por mucho que se lavara; le dijeron que ellos no eran racistas pero que no querían en el barrio a gente como Abú al que incluso habían visto a primeras horas de la mañana postrado de rodillas y adorando al sol, o al menos, así lo creían ellos; pues no habían visto a su alrededor ninguna imagen a la que pudiera dirigir sus plegarias. Doña Rosa le informó a toda aquella buena gente, que sabía de muy buena tinta y de los servicios secretos del Estado, que era el servicio en que ella tenía más confianza por su secretismo y conocimiento de las cosas, que Abú era hijo de un rey de África, y como tal, era Príncipe heredero, y que, con el tiempo, quizás pudieran llegar riquezas al barrio; que a lo mejor les compraba las chabolas a todos ellos para luego hacer viviendas de lujo a las dos orillas del arroyo de Ganapanes.

Conformes y contentos quedaron los notables del barrio con las explicaciones de doña Rosa, sobre todo cuando tuvieron conocimiento de que una recalificación urbanística podría revalorizar sus chabolas y de que la información venía directamente de los servicios secretos; y, después de haberla escuchado, se marcharon alegres y contentos por donde habían venido.

Además de ser Príncipe, descendiente de negro y negra, Abú era muy inteligente y buena persona, y estaba sufriendo es sus carnes lo que suponía ser emigrante o exiliado en tierras extrañas y hostiles, sobre todo, por muy inteligente que seas, si no tienes donde caerte muerto y estas solo. En varias ocasiones, habían disertado Lamberto y Abu sobre la inteligencia humana, que ahora se está transformando en artificial, y, muy a pesar de las convicciones de los supremacistas blancos y del sesgo de los algoritmos sobre el comportamiento humano, habían llegado a la conclusión de que ni el color de la piel ni la cuna quitan o ponen inteligencia, y que solo el poder que dan la fuerza bruta, las armas y el dinero es lo único que, hasta la fecha, ha tenido facultades de otorgar privilegios y dar títulos de sabiduría, de grandeza y de bondad. Alto, con las manos y los pies grandes, y unos dientes blancos que irradiaban alegría y ganas de reír cada vez que Lamberto hablaba con Sulaiman y este le contaba anécdotas o historias del reino que había abandonado y en el que habían quedado una gran parte de sus hermanos y hermanas que eran muchos.

Le contaba Sulaiman que, como príncipe heredero, todavía no había perdido la esperanza de recuperar, algún día, su reino; pero que, por si eso no ocurría, intentaría labrarse un porvenir en la rica y próspera Europa. Y mientras estuviera por aquí, no dudaría en confabularse con militares y cruzados de occidente para recuperar el trono con todo el poderío y privilegios que tal recuperación conllevaría.

Y con estas y otras cuitas se entretenían divagando Lamberto y Sulaiman, algunas veces, acompañados también por María Gisela.

A pesar de lo mucho que pesaba sobre el ánimo de María Gisela el color de la piel de Sulaiman, y de las suspicacias

de doña Rosa sobre el buen fin de aquella relación, María Gisela pasaba muchos ratos en compañía de Abú, unas veces en la diminuta habitación que le habían habilitado robándole un rincón al pequeño jardín de la Posada Rosada y otras en el salón comedor en compañía de Lamberto y otros huéspedes de la pensión; mantenía María Gisela largas conversaciones con Abu, y entre risas y carcajadas por las historias que Abú le contaba se fue encariñando con él y comenzó a soñar con planes de futuro: con Abú regentando la Posada Rosada y con niños corriendo en el jardín; pues para María Gisela, a falta de un príncipe blanco y con sangre azul, bueno era un príncipe negro y con sangre roja como la suya; lo que no dejaba de producirle grandes preocupaciones a doña Rosa por el color de los nietos y las nietas si algún día los había.

No habían pasado desapercibidas para Lamberto las carantoñas y flirteos de Abú y María Gisela, lo que veía con naturalidad, pero a la vez con gran sorpresa, pues no habían sido pocas las veces en que había sorprendido a la madre y a la hija haciendo comentarios despectivos sobre otros huéspedes venidos de Marruecos o de Argelia con la piel mucho más clara que la de Abú. Y en otras ocasiones, cuando los veía acaramelados entre los rosales del patio, había oído a doña Rosa refunfuñar: —“tiran más dos tetas que dos carretas”.

Mientras estas y otras cosas sucedían en la Posada Rosada, y el planeta tierra daba vueltas sociales sin rumbo fijo y sin acontecimiento transcendental alguno que hiciera tambalearse los pilares del régimen dictatorial de Franco, Lamberto seguía con su trabajo diario y sus rutinas: reuniones de táctica y estrategia revolucionaria; redacción y reparto de panfletos; encierros, asambleas y pintadas reivindicativas, pidiendo la libertad para los presos, en las paredes más visibles.

En aquel tiempo la pintada no era un grafiti lúdico y multicolor, ni obra de arte de clase alguna; era un grito desesperado y desgarrador que se perseguía a sangre y fuego por las fuerzas de seguridad del Estado y se pagaba con algunos años de vida entre rejas y con una muerte temprana.

No siempre resultaban bien las acciones emprendidas contra la dictadura y por la libertad de los presos; y una noche llegó Lamberto a la Posada Rosada con la cara destrozada y echando espumarajos de sangre por la boca. Puños de hierro se cebaron sobre su cuerpo, gritos de odio y falsas verdades atronaron sus oídos hasta que perdió el sentido. No sabía si había conseguido escaparse de aquellos guerrilleros del régimen que le perseguían y le habían arrojado inconsciente sobre un montón de carbón que había a la entrada de un portal, o si los policías le habían dejado escapar para seguirle a corta distancia y ver el lugar a donde se dirigía; había sido una larga noche de hacer pintadas en las paredes de las calles y las plazas pidiendo el perdón para aquellos que al amanecer serían fusilados. Y al amanecer los fusilaron, al amanecer les dieron el tiro de gracia, sin que las protestas, las movilizaciones y las pintadas sirvieran para nada.

A trompicones, apoyándose en las paredes cuando era posible, o dando bandazos de una parte a otra de la calle, llegó hasta la Posada Rosada todavía con fuerzas suficientes para aporrear la puerta.

Abrió doña Rosa, que al ver la cara de Lamberto emitió un grito entre el horror y la sorpresa, y llamó a María Gisela.

Lo cogieron entre las dos, lo llevaron a su cuarto y lo pusieron encima de la cama.

—Pero qué te ha pasado chico, como ha sido que vienes así; dijo la madre.

—No sé, no sé, susurró Lamberto con un hilillo de voz que salía de su boca como la sangre que le manaba de los labios y se escurría hasta la almohada.

—No sé, volvió a decir balbuceando—. No sé si han sido los grises o la político social; cuando me he querido dar cuenta estaba en el suelo y recibiendo más palos que una estera; no sé si, a lo mejor, han sido esos guerrilleros que se hacen llamar de Cristo Rey.

—Pues te han puesto la cara como a un Ecce Homo;—dijo doña Rosa.

—Tenemos que avisar a un médico, dijo Gisela todo alterada y tratando de salir hacia la calle en busca de Abú que estaba en la puerta de la Posada Rosada hablando con unos paisanos africanos.

—¡No, a un médico no! gritó Lamberto—. —Dirán que me lo he hecho yo, que ha sido un acto provocado y voluntario para desprestigiar a las fuerzas de seguridad del Estado, y me darán más golpes hasta que cante o diga lo que ellos quieren que diga en defensa de su excelente y legal actuación—.

—¡No!, ¡a un médico no! —repitió, ya sin fuerza y cayó desmayado sobre las sábanas blancas manchadas de sangre roja.

Después de algunos días de reposo, que coincidió con varias fiestas de guardar seguidas, unas recuperables y otras de las abonables y no recuperables, volvió Lamberto a sus actividades ordinarias. Eran estos días festivos los que servían a Lamberto y a sus compañeros y camaradas para disfrutar de alguna alegría que les distrajera de la represión y la penuria.

Aprovechaban ese tiempo: para reuniones y tertulias lúdico teóricas; para el emparejamiento y el amor, más o menos libre, según las circunstancias, la verborrea y el quehacer de cada cual, o para, simplemente, ver pasar el tiempo y nada más.

Cargados o no de actividades revolucionarias o complementarias, esperaba Lamberto la llegada de los fines de semana como esperan el agua de mayo los sembrados. Tardes de sábado para el aseo personal y esparcimiento vespertino y despertares de domingo para la alegría y el entretenimiento mañanero: El barrio se vestía de domingo y los bares se llenaban de hombres y mujeres, jóvenes y mayores, tomando vinos finos y cañas de cerveza acompañadas de gambas a la plancha, mejillones al vapor, raciones de oreja y pulpo a la gallega, sin olvidar los bocadillos de anchoas o calamares cuando apetecía algo de más consistencia que pudiera servir de comida-cena para una tarde-noche de divagaciones revolucionarias interminables.

En las festividades de guardar más señaladas preparaba Doña Rosa un guiso especial con patatas, gran variedad de panes que hacía en el horno de carbón, carne de cordero condimentada con toda clase de especias que pudieran compartir todos los huéspedes de la Posada Rosada, con dulces que ninguna religión prohibiera y a todos confortaran. Y comían todos juntos, alrededor de una gran mesa preparada para la ocasión y en cuyo montaje todos colaboraban: creyentes y no creyentes, musulmanes y cristianos; Y no faltaban bebidas en tan succulentas comidas: agua, vino y todo aquello que quisieran aportar los comensales, con alcohol o sin alcohol, según el credo de cada cual, pues doña Rosa solo agua del

grifo les ponía. Luego, terminada la comida, después del té moruno y los eructos de rigor para aquellos a los que la costumbre obligaba, cada uno pasaba la tarde festiva como mejor sabía o podía: Abú y María Gisela decían que se iban a pasear por el Retiro y la Dehesa de la Villa, pero todos en la posada sabían que se iban al Baile de las Viudas. Lamberto, cuando no tenía ninguna actividad de revolución o muerte será nuestra divisa, se acercaba al Cerro de los Locos a jugar al chito o se quedaba leyendo o charlando con doña Rosa sobre lo divino y lo humano hasta que llegaba la hora de la radionovela y doña Rosa corría veloz a encender la radio, dejando a Lamberto hilando reflexiones y con las palabras saliendo inútilmente de su boca.

Al instante sonaba la sintonía de la radio y comenzaba la voz monótona del narrador, contando las aventuras y desventuras de la cándida Jacinta, aquella moza tan pura y de tan rubios cabellos, ahora y para siempre abandonada por el desalmado señorito don Romualdo Sietededos, que se creía superdotado porque el Señor le había dado siete dedos en cada mano, tres testículos a un lado, más otro para el otro lado, más tres tetas; en total: siete protuberancias de más que le hacían destacar en cualquier terreno y lugar; y que le había prometido felices atardeceres y mañanitas soñadas, pero que después de algunas alegrías se habían quedado en coplas y agua sucia de borrajas; ella sola, abandonada y con su hijo en la inclusa, en aquel caserón palaciego a las afueras de Madrid, enclavado entre los barrios de Peña Grande, Peña Chica y la Coma Chiquitita; gran caserón bendecido, con paseos y jardines, y donde, según los mentideros, quedaban recluidas todas las pecadoras con sus hijos del pecado, todos allí internados, a cargo de muy buenas hermanas y benevolente caridad, hasta que eran entregados en adopción a ricos y

pudorosas familias, también benditas del señor; quedando, desde ese momento, los niños inmaculados y libres de toda mancha y pecado. Se oye con voz clara al narrador, contando cómo marcha la Jacinta, cómo va por las calles confusa, recordando entre sollozos lo que había oído en el pueblo, en plan de chanza, a los mozos y a los viejos: “prometer hasta meter y después de haberla metido se olvidó lo prometido”.

Y pensando en la Jacinta, se enfurecía doña Rosa de que aquella dama hermosa hubiera sido burlada por aquel necio galán, que solo tenía dinero porque lo había heredado y que, si no lo tuviera, hoy sería un gran patán.

Es por esas escuchas y por la lectura de interminables fotonovelas, que pasan de un año a otro contando la misma historia, por lo que doña Rosa, siempre que se presenta la ocasión, le recuerda a su querida hija María Gisela que tenga mucho cuidado y no haga caso a las promesas ni a los halagos de Abu.

Y cuando Gisela le dice: “Mamá, que Abú es muy buena gente, que es muy buena persona”, doña Rosa le contesta: “Que por muy Príncipe que sea, en cuestiones de jodienda ni el mismo Rey tiene enmienda”.

Y le duele a doña Rosa emplear expresión tan burda, cuando de reyes se trata, pero no tiene remedio y le pone de los nervios, solo el pensar, en lo que a su hija se refiere, que alguien la pueda engañar y luego dejarla burlada, preñada y abandonada.

Y cuando María Gisela comenta con el príncipe Sulaiman las dudas de doña Rosa sobre la claridad de sus intenciones, este, raudo le contesta y, si está cerca doña Rosa, reclama allí su presencia para que oiga sus compromisos y promesas:

—No te preocupes Gisela, ni usted tampoco doña Rosa, que cuando yo sea Rey de reyes, las llevaré a mi palacio y las colmaré de diamantes, collares de oro y brillantes, y como dos bellas damas pasearan por jardines adornados con palmeras y rosas de primavera; y cuando vayan paseando, cantarán los pajaritos: los mirlos y las urracas; se bañarán los gorriones en las aguas cristalinas de las fuentes y cascadas, y allí vivirán felices sin otras preocupaciones, como viven hoy las reinas, los reyes y los consortes.

Y con esta serenata, a la luz del sol o la luna, o de una débil bombilla, calentaba Abu los oídos de Gisela y doña Rosa; y lo hacía muchas veces estando delante Lamberto y otros huéspedes de la casa para que todos fueran testigos y vieran que cuanto prometía era cierto y que algún día lo cumpliría y todos ellos lo verían; pues de todos era bien sabido porque así lo habían oído en infinidad de ocasiones, que es deuda lo prometido y que se debe pagar. Y con estas y otras razones, madre e hija, pasan muchos ratos juntas entre los quehaceres domésticos, la gestión de la pensión y la rutina de las series radiofónicas que les permiten soñar y sufrir con otras vidas, sumergirse en una realidad paralela e ilusoria que hace más llevaderas las miserias de la propia.

Con el paso del tiempo, tanto María Gisela como doña Rosa se fueron acostumbrando a las historias y promesas de Abú y al desarreglo en los horarios caóticos de Lamberto; se acostumbraron a sus llegadas intempestivas, a sus panfletos revolucionarios guardados en cualquier rincón, y hasta los sustos que de vez en cuando se producían con las visitas de la policía a la Posada Rosada y sus alrededores. En más de una ocasión, viendo las andanzas de Lamberto, le había co-

mentado doña Rosa, —que el que juega con fuego se quema y que él se abrasaría en cualquier momento.

Aunque algunas veces a deshora, desde que estaba en la Posada Rosada, Lamberto siempre había venido a dormir, ya fuera a altas horas de la noche o a primeras horas de la madrugada, a recoger la tartera con la comida del día, antes de marchar para la obra; y si en alguna ocasión tenía previsto no venir lo ponía en conocimiento de doña Rosa o de María Gisela para que no se impacientaran ni perdieran el tiempo y alimentos en la preparación de la tartera con la merienda del día siguiente. Así que la primera vez en que Lamberto no vino a la Posada Rosada sin avisar causó un gran revuelo y preocupación, tanto entre los huéspedes de la casa como entre los vecinos y conocidos del barrio de casitas bajas.

Ya habían pasado tres días con sus noches cuando alguien a quien doña Rosa y María Gisela solo conocían de vista, de verle por el barrio, vino a decirles que Lamberto había sido detenido por la policía político social y estaba encerrado en los calabozos o mazmorras de la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol de Madrid. También les dijo que, de momento, no le esperaran; pues parecía que la cosa iba para largo; que cualquier día lo llevarían a la cárcel de Carabanchel, y que, una vez allí, ya le podían llevar tabaco, mudas de ropa limpia y algunos alimentos que llevar a la comuna para no comer del rancho.

La caída de Lamberto vino a trastocar transitoriamente la vida de María Gisela y doña Rosa, pues tanto ella como su madre eran buenas personas y siempre estaban dispuestas a ayudar a cualquiera que lo necesitara; y debido a esta innata bondad y otras razones de poca importancia y peso, como el

buen trato que Lamberto le prestaba a Sulaiman, movieron a María Gisela a visitar a Lamberto.

Los días en que María Gisela iba a visitar a Lamberto a la prisión, las esperas se hacían eternas y las colas eran largas e interminables. Casi todas mujeres. Miradas furtivas que se cruzaban de soslayo; miradas con disimulo al vestuario que lucía cada una, por si su vestimenta permitiera traslucir alguna señal de pensamiento ideológico o rayo de esperanza; miradas a los paquetes que portaban para adivinar su contenido y descifrar el nombre y dirección de galería. Todas eran mujeres que acudían a ver a sus maridos, hijos, hermanos o conocidos, como María Gisela y Lamberto.

En la cola, que era única para presos comunes y políticos, se daban consejos para aliviar la espera, el cansancio y la intemperie, y se hablaba de toda clase de actuaciones judiciales y justas influencias; y de tanto oír los comentarios de unas y de otras, se le encendió a María Gisela una luz en el cerebro y comenzó a ver una fórmula que podría servir para poner a Lamberto en libertad.

Cayó María Gisela en la cuenta de que conocía a un prestigioso Magistrado del Tribunal de Orden Público que, por conocimientos comunes, la tenía en muy alta consideración y le debía algunos favores que ella no le había prestado, pero que sí sabía y conocía que otras sí, y que ahora estaba dispuesta a gestionar en beneficio de Lamberto, solo por guardar silencio, con tal de no tener que volver a aquellas colas interminables a la puerta de la prisión.

Era su señoría de muy recto proceder y no muy amigo de hacer favores en cuanto a procedimientos judiciales se refería; pero que no se resistía a ello, cuando asuntos de faldas

entraban en juego poniendo en riesgo su prestigio y el favor no perturbaba las esencias del orden jurídico del régimen establecido. Además, era conocedor su Señoría, de que había compañeros de profesión que hacían algunos favores cuando los insurgentes contra el régimen eran hijos de militares, eclesiásticos, policías de alta o baja graduación, o hijos de políticos bien situados en el régimen a los que sus propios padres llamaban las ovejas negras de la familia o hijos descarriados.

Lo esperó María Gisela en el amplio portal de una casa señorial a la que ella sabía que acudía algunos fines de semana en busca de reposo y consuelo. Le abordó sin que a su Señoría le diera tiempo de reaccionar y le dijo que venía a cobrarse los muchos favores que su Señoría le debía solo por guardar silencio; y sin más preámbulos le expuso el estado en que se encontraba Lamberto y que era necesario que intercediera para que de forma inmediata fuera puesto en libertad; y, al instante, con un:—“Adiós Señoría”, se despidió de tan Ilustre Señor y se volvió a la Posada Rosada con total confianza, tranquilidad y calma; y con la certeza de que su petición, por ser de hacer en justicia, seguro que sería atendida.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, Lamberto salía de la prisión de Carabanchel en completa libertad y sin cargos que pagar.

Salió Lamberto sin uñas en los dedos de los pies y de las manos y con un testículo reventado, pero salió contento; contento y agradecido por su puesta en libertad; otros habían tenido peor suerte, habían sido arrojados por una ventana o quemados en cal viva; luego, con el paso del tiempo y los consejos de los que habían visto los toros desde la barrera y no habían sufrido ni un rasguño, se fue olvidando de las torturas y se le fueron pasando los dolores. Salió contento, tam-

bién, por no haber delatado a nadie y no haber causado ninguna caída con sus declaraciones, sus apuntes y sus notas. Y nada supo en aquel momento de lo que había sucedido ni de los trajines de María Gisela para que él pudiera salir de la cárcel con tanta facilidad.

Años más tarde, cuando Lamberto se enteró de los trabajos de Gisela para alcanzar su libertad; remedando a un personaje del “Persiles” de Cervantes, exclamó: -Bien es cierto y verdad que los jueces de esta tierra no desdicen nada de los del resto del mundo: “Todos son corteses y amigos de dar y recibir cosas justas.” Y recordando esos viejos acontecimientos y la facilidad con la que un juez puede segar una vida o cambiar un gobierno en muchos lugares del mundo, entendió las razones por las que los políticos, sus partidos y los propios jueces tienen tanto interés en controlar el órgano de gobierno de la justicia y las supremas instancias en las que se imparte la misma.

En varias ocasiones más tuvieron que emplearse a fondo María Gisela y Doña Rosa para arrancar a Lamberto de las garras de la policía Político-Social y de las penurias de la prisión.

Esta retahíla de detenciones y de entradas y salidas de la cárcel, fueron haciendo que Lamberto, al igual que algunos otros camaradas y compañeros, se fueran separando cada vez más de lo que había sido hasta entonces su núcleo identitario y de convivencia; se fueran convirtiendo en seres extraños al sentir general de la mayoría de la gente común y, poco a poco, fueran confundiendo sus deseos y su actividad con la verdadera realidad de las cosas.

En agradecimiento a los desvelos y atenciones que María Gisela y doña Rosa tenían con Lamberto, además de los pagos acordados por el mantenimiento y la habitación que ocupaba, colaboraba este en algunas tareas de la posada y aportaba dulces y otros caprichos para los postres de los fines de semana, caprichos que sabía eran del agrado de doña Rosa y que esta no se podía permitir; y, sin esfuerzo alguno y con cariño, a petición de Abú y Gisela, Lamberto les acompañaba algunas veces cuando salían a pasear por la Dehesa de la Villa; pues eran muchos, jóvenes y no tan jóvenes, los que se metían con ellos haciendo comentarios groseros y jocosos sobre la procedencia territorial de Abú, el color de su piel y la belleza de María Gisela, a la que se comían con los ojos.

Los tres juntos se acercaban paseando hasta los quioscos donde se solía servir un vino con un caldo bien caliente que tomaban los tres, sin temor a pecar, si el caldo estaba hecho con verduras y carne de cordero y el vino había sido fermentado sin alcohol.

Tras muchos paseos, largas conversaciones y pequeñas confidencias, fue creciendo el amor entre Abú y María Gisela, y el cariño entre los tres; pero un día, sin aviso previo, desapareció Sulaiman Sayyid y durante mucho tiempo ya no le volvieron a ver más por la Posada Rosada. Doña Rosa reprimió a Gisela los devaneos que había tenido con Abú, que ahora le acarrearían deshonor y perjudicarían la buena marcha del negocio hostelero que tanto trabajo les estaba costando mantener; pero María Gisela siguió con sus quehaceres habituales, aparentemente como si nada hubiera ocurrido, como si fuera conocedora del futuro o tuviera un presagio de que su querido Abú tenía que volver; aunque el hecho de que no le hubiera dicho nada de su marcha le producía una cierta

inquietud que no podía ocultar cuando se encontraba y hablaba con Lamberto.

En el periodo de tiempo en que desapareció Abú, pasaba Lamberto más tiempo con María Gisela y doña Rosa, llegando incluso en algunos ratos a ver y escuchar noticias que unas veces eran verdaderas y otras falsas, pero que él aprovechaba para introducir una cuña de ilustración sobre la actualidad política y social; como cuando escucharon el juramento del que sería el futuro Rey de España en los mismos términos en que había sido publicado en el BOE: “En nombre de Dios y sobre los Santos Evangelios, ¿juráis lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principio del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino” El designado sucesor respondió: “Si, juro lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principio del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino.” Y el Presidente de las Cortes contestó: “Si así lo hicieréis que Dios os lo premie, y si no, os lo demande.” Momento en que intentó instruirles sobre las distintas formas de estado y de gobierno y de las más variadas maneras de llegar hasta los mismos; ellas, como en otras ocasiones, le escuchaban con atención, pero no se enteraban de nada, ni nada les preocupaba todo aquello que Lamberto les contaba; pues bastante tenía doña Rosa con solucionar los problemas diarios de la Posada Rosada, y María Gitsela, por más que tratara de disimularlo y ocultarlo, en sobreponerse a la tristeza que le producía la desaparición y ausencia de Abú. Y Lamberto, aún con la certeza de que sus arengas no eran entendidas ni escuchadas, no desaprovechaba ninguna ocasión de soledad y ausencia para insistir en su porfía revolucionaria, tratando de hacerles ver que todos aquellos actos protocolarios solo

servirían para engordar un régimen que en breve periodo de tiempo tendría que desaparecer, El Breve llamaban al Príncipe que aquel juramento hacía, les dijo Lamberto con entonación resolutiva que no gustó a doña Rosa por haber llamado El Breve al Príncipe heredero de España.



Entrada a los calabozos de la DGS Puerta del Sol Madrid

Capítulo III

Continuación de la lucha: Clandestina y Callejera

De como la lucha contra la dictadura y el entusiasmo revolucionario se fueron apoderando de la vida de Lamberto.

Hoy a primera hora ha venido a buscarlo el Bigotes y han ido a la Ventilla a ocupar unas viviendas que dicen que están vacías, que son viviendas para pobres que estos ya no necesitan, pues han ascendido de clase, de barrio y categoría; allí los están esperando a la puerta de las casas los que las han de ocupar; cargados con sus enseres y acompañados de niños permanecen en silencio, para no levantar sospechas ni despertar a los vecinos. Si los vecinos se despiertan se puede armar una trifulca, pues tienen encomendado por los anteriores usuarios que no dejen entrar a nadie y los avisen al instante si algo sospechoso vieran; pues las viviendas son públicas y pasan a ser usadas por aquel que las ocupa; pero se admiten regalos y grandes sumas de dinero para que el anterior usuario traspase dicha vivienda al que le dé más billetes.

Como era de madrugada y todo estaba en silencio, con la ayuda de un buen cerrajero que también es de la lucha, han conseguido el objetivo sin el menor contratiempo. ¡Cómo se han reconfortado viendo a aquellos pequeños retozar en las

habitaciones como si fueran corderos, mientras el padre y la madre los contemplaban incrédulos! Después de haber concluido han vuelto otra vez al barrio a disfrutar de un buen vino y unos cuantos cigarros, mientras hablan de revoluciones, de acción directa y otros casos que deben solucionar.

Pero no siempre fue así ni hubo que celebrar, pues se tenían que enfrentar a guardias y policías que los molían a palos y después se los llevaban detenidos a Guzmán el Bueno o a la Dirección General donde los interrogaban, torturaban, remataban, sin nadie que lo impidiera, sin ninguna compasión; tal era el odio que había contra aquellos que luchaban.

A pesar de las detenciones, a pesar de las palizas, a pesar de las muertes y la tragedia que la muerte producía en muchas familias, la lucha y el entusiasmo revolucionario seguía latente en el cuerpo y en el espíritu de Lamberto y en el de todos los que luchaban convencidos de que lo hacían por la consecución de un mundo mejor. Daba igual que, para unos, la lucha fuera algo permanente y sin descanso; que para otros, fuera algo científico que nos conduciría al futuro y traería de forma inexorable la felicidad universal: un sistema político que implantaría el bienestar de la humanidad sobre la faz de la tierra; para unos pocos, solo merecía la pena luchar por la utopía de la igualdad y el fin de la explotación del hombre por el hombre, por derechos básicos y humanos que había que alcanzar contra los vientos y mareas de todos los estados y regímenes políticos, ya fueran antiguos, modernos o contemporáneos; ya fueran teocracias, dictaduras o democracias burguesas; repúblicas populares o democracias coronadas.

El tiempo transcurría para Lamberto entre cinco días y medio de trabajo a la semana y día y medio de descanso los fines de semana. Los fines de semana, tarde del sábado y el

domingo, eran los más fructíferos para la creación organizativa, producción de ideas revolucionarias y acopio de toda clase de material: grandes cantidades de tinta y papel, cuyas compras había que dosificar en pequeñas cantidades para no levantar sospechas que pudieran dar con sus huesos en los calabozos de la dirección General de Seguridad en la Puerta del Sol; para los más irreflexivos y atrevidos, defensores de la violencia a cualquier precio: acopio de material para la fabricación de toda clase de explosivos rudimentarios; adquisición de algunas pistolas y toda clase de material que pudiera servir para hacer la revolución que ya estaba en marcha y con la que cada uno tenía que colaborar según sus capacidades y posibilidades.

Aprovechando un fin de semana en que María Gisela y doña Rosa habían ido a visitar a unos familiares que vivían en una pequeña finca rural ubicada cerca de un campo de entrenamiento militar a las afueras de Madrid, hizo Lamberto un zulo debajo de su cama en el que comenzó a esconder parte de ese material y propaganda, subversiva para la policía y medios de comunicación imperantes, y necesarios para la lucha y la revolución liberadora e igualitaria para otros; entre el material enterrado había propaganda y panfletos de todo el espectro antifranquista y revolucionario de la época, desde el marxismo leninismo más extremo al anarquismo más utópico y furibundo, pasando por el mundo intermedio de toda variedad de ideas, proyectos y colores; todo ello, junto a propaganda y otros utensilios de grupos nacionalistas, como la ETA y Terra Lliure que, entonces, también luchaban contra la Dictadura Franquista. Todo quedó allí enterrado, algunas cosas, tal y como le habían sido entregadas, para guardar, por sus legítimos dueños; personas respetadas y respetables, en

aquella época, dentro del mundillo de la clandestinidad y la lucha antifranquista.

Nunca tuvieron conocimiento María Gisela y doña Rosa del zulo construido por Lamberto con la ayuda de Romano, y nunca nadie lo hubiera encontrado ni hubiera descubierto lo que allí había, si no hubiera sido porque, con ocasión de hacer una gran avenida, las máquinas excavadoras derribaron la Posada Rosada y entre los escombros aparecieron dos pistolas, una vieja máquina de escribir y una metralleta Steiner; pues de no haber sido por las armas, ninguna importancia le hubieran dado a los panfletos y a las revistas del GARI y de la FIGA, que también aparecieron entre el material del derribo y los escombros, ya que los que las habían encontrado, no eran amigos de muchas lecturas, y menos, si estas estaban enterradas y no hacían referencia a cuestiones deportivas o no tenían mujeres en pelotas.

Armas escondidas, panfletos y revistas prohibidas que en cualquier momento podían ser encontradas por la policía político social con el consiguiente descabro en detenciones y torturas, acompañadas de una sarta de mentiras que divulgaban los periódicos de mayor tirada, hacían que la vida de Lamberto y la de sus compañeros y compañeras de revolución fuera hasta cierto punto angustiada y anodina, vida que nunca hubiera podido ser posible sin el convencimiento cierto de que lo que estaban dispuestos hacer y lo que hacían era por el bien de la humanidad y de las personas más necesitadas y explotadas: a la clase trabajadora iban dirigidos los panfletos, aún con el rescoldo del, “proletarios del mundo uníos”. Revolución o muerte era la divisa, represión y penurias era la vida.

Algunos fines de semana, después de largas discusiones sobre teoría y práctica, táctica y estrategia, socialismo utópico y científico, pragmatismo crematístico y utopía revolucionaria; los que querían y podían, ponían en marcha la máxima de los obreros de la construcción de: “sábado, sabadete”; los que querían y no podían, y los que ni querían ni podían, salían a tomar el aire fresco de la calle o se fumaban un porro que les alegraba la existencia y les aliviaba la dureza de su vida en un principio; pero que con el tiempo y la costumbre, a unos les vino a sentar como un trueno y para otros se convirtió en tormenta. De estos quehaceres revolucionarios, de los amores y desamores libres, resultaron y se formaron algunas parejas que duraron o no duraron según las circunstancias, el azar y las muertes posteriores. Y algunas veces, las más o las menos, según quien lo cuente, cuando se encontraban disfrutando de una alegre conversación y un buen vino, llegaba la noticia de una caída en manos de la policía y se producía una estampida de hombres y mujeres cargados de papeles manuscritos y panfletos preparados para tirar o repartir.

Otros fines de semana, los fines de semana de invierno en que no había quedada de organización revolucionaria y de panfleto, se solía refugiar Lamberto en el ambiente hogareño que le brindaban doña Rosa y María Gisela en la Posada Rosada; era en esos domingos de sol resplandeciente y nieve en la sierra de Madrid, cuando solía acudir con María Gisela hasta el rastrillo de Tetuan, donde compraban algunas cosas inútiles para ellos y otras útiles para la Posada Rosada. Luego por la tarde, pasa largas horas hilando comentarios con ellas y otros huéspedes, de oriente y occidente, a los que trata de convencer de la existencia de las clases sociales, que ellos no veían, de las bondades de la revolución proletaria y de la ne-

cesidad de implantar de forma real la igualdad entre todos los seres humanos, que tampoco veían; y sus palabras solían caer en saco roto. —Hay gente para todo, solía refunfuñar por lo bajo doña Rosa, y de vez en cuando le dice a Lamberto que, que para ella y para su hija, la persona que más ha revolucionado y dignificado sus vidas ha sido el inventor de la fregona, cuyo invento les ha permitido fregar los suelos sin ponerse de rodillas, y que ella estaba más interesada en las noticias del Caso y en las de los crímenes de la última semana; los otros huéspedes de la Posada Rosada están más preocupados en hacer cuentas para que cuadren los gastos y el jornal; y María Gitsela se pasa la tarde suspirando por Abu, manteniendo la esperanza de que en algún momento pueda aparecer.

Lamberto sabe que María Gisela se pasa algunos días por los lugares que Abú solía frecuentar; por eso, algunas tardes, se acercan los dos a la Dehesa de la Villa y llegan hasta el final del Cerro de los Locos, por si por casualidad lo vieran por allí o por si alguno de los conocidos comunes les pudiera dar noticias de Sulaiman. Después del paseo en vano vuelven a la Posada Rosada lentamente y en silencio. También se había enterado Lamberto de que María Gitsela iba algunos fines de semana al Baile de las Viudas; salía de casa con la disculpa de visitar a unas amigas y se dirigía a la sala de fiestas en busca de noticias sobre Abú o sobre alguien que supiera de su actual paradero.

El Baile de las Viudas, nadie sabía el por qué se llamaba así, era otro de los lugares emblemáticos de la Villa de Madrid; una sala de fiestas con música en directo donde acudían chicos y chicas, hombres y mujeres de todas las edades y condición social: clase obrera y clase media baja; pero todos

muy limpios, olorosos y muy bien aseados. Y allí acudía María Gisela, unas veces sola y otras veces acompañada de Lamberto, en busca de noticias de su querido Abú.

Y así, entre sobresaltos por la subversión y la lucha, y el entretenimientos con gente más apegada y cercana al suelo, fue creciendo Lamberto en el conocimiento de la realidad social y la tierra que pisaba y, cuando lo recuerda más tarde, no deja de sorprenderle que hasta que llegó a Madrid había estado sumido en una completa ingenuidad, rayano en lo infantil, y ahora le produce risa el solo recordar las cosas en que creía y lo que en aquel tiempo aprendió y descubrió de los unos y los otros:

Descubrió, con asombro, que los llamados rojos no tenían la piel roja como la de los cangrejos de río recién fritos, ni tenían cuernos y rabo como el diablo, tal y como a él le habían contado en el colegio y los había visto dibujados en algunos libros de historia y de plegarias; y a pesar de que algunos jóvenes luchadores, para insultar al dictador cantaran: “que culpa tiene el tomate que está tranquilo en la mata, si viene un hijo de puta y lo mete en una lata”. fue descubriendo que eran personas normales y corrientes.

Veía a diario: que los luchadores y luchadoras eran obreros y obreras cuya única diferencia de otras obreras y obreros, era que, ellos y ellas, tenían conciencia de clase y se sentían explotados por los empresarios capitalistas y reprimidos por las fuerzas policiales de la dictadura, mientras los otros y las otras, los nunca lucharon y nada hacían contra Franco, se sentían bien con el régimen y el sistema y se consideraban bien pagados y explotados.

Aprendió que, luchar y trabajar al mismo tiempo, era duro y peligroso, y que en cualquier momento podía acabar en la cárcel o en la tumba.

Aprendió que cuando se mete una revolución en la cabeza de los hombres y mujeres, solo hace falta que alguien prenda la mecha y se inicie un gran incendio.

En aquel tiempo, esta era una de las grandes preocupaciones de Lamberto, que un día se encendiera la mecha de su cabeza y le pasara como algunos compañeros y amigos de campaña, que después de algunas acciones de alto riesgo fueron condenados a la vida eterna y desaparecieron de esta vida para siempre.

En aquel tiempo, lo más desgarrador, lo más difícil de soportar, lo que hacía que restallaran los cimientos de las obras, era cuando llegaban las noticias de los muertos, ya fuera por accidente o por la lucha; ya fuera por la caída de un andamio, por el derrumbamiento de un túnel del metro o por la bala de un fusil. El sabe que los fusiles solo disparan balas, que cuando se aprieta el gatillo no brotan flores aladas; sino, solo muerte y más muerte sale de sus bocachas. Lo mismo ocurre cuando hay un accidente grave en una obra, ya sea en la noche, a la tarde o la mañana:

“Cuatro obreros muertos al quedar sepultados en una zanja; obrero muerto a tiros por la guardia civil en la huelga de la construcción de Madrid.” Eran noticias de las que no se podía abstraer, y que zumbaban en los oídos y las sienes igual que el redoblar de los tambores de una guerra.

Es domingo, las dos de la tarde del mes de junio y se trabaja; la necesidad no entiende de calores ni festivos; bajo el sol, revuelto entre la tierra, manchado de sangre, está un

obrero. Está muerto; a su lado el pico, la pala y el terrón de tierra que le quitó la vida. Lamberto se lo cuenta a doña Rosa y le dice, que todos los muertos no son iguales para todos; que lo sientes más cuando el muerto te toca o tú tocas su carne fría, helada como una lápida de mármol en invierno, o hueles la muerte y el silencio que rodea su cuerpo inerte, por eso le dice que los muertos que se ven por la televisión o se cuentan por la radio, no son muertos como los que se tocan y se huelen.

—Los muertos que ni se tocan ni se huelen, no son muertos como los otros muertos, y solo duran el tiempo que tardan en pasar por delante de los ojos las imágenes, los números o las palabras que los cuentan.

Doña Rosa le dice que lo siente, que ella no entiende de esas cosas, que ella solo ha visto muerto a su marido, y aunque algo le tocaba como esposo y padre de su hija, dice que no le dolió mucho cuando murió con un tenedor clavado en la garganta; pues lo tenía merecido por mal padre y por borracho.

Era en uno de esos días de desgracias cuando Lamberto recibía un baño de certezas que lo sumergía en la más cruel realidad, y después de momentos de tensa actividad, en las obras y en la calle, se refugiaba en la Posada Rosada, con sus moros y cristianos, con el sentido común de doña Rosa y la nostalgia a flor de piel de María Gisela, que no había día que no le hiciera algún comentario sobre Abú y las esperanzas que tenía puestas en su vuelta. Todo esto, lo que aprendió de unos y de otros, le fue sirviendo para ver las distintas formas de entender la vida y para ir viendo las cosas con más claridad, pues contemplaba la realidad con muchos ojos: los del obrero que muere, los de la viuda que llora, los de los niños

que no entienden el porqué de la muerte y la miseria, y esperan con lágrimas en los ojos y en silencio la vuelta del padre que ya nunca volverá.



Cargas de la policía en la universidad madrileña

Capítulo IV

Las primeras Noticias de ABÚ

Un día llegó una carta sin remite y con matasellos de un país de África; Doña Rosa, que fue la primera que la tuvo en sus manos, estuvo tentada de destruirla y no dársela a Gisela, pues nunca había aceptado de buen grado aquella relación; pero finalmente, después de un cambio de impresiones con Lamberto, la sacó de la cómoda donde la había escondido mezclada entre la ropa y se la entregó a Gisela que la recibió con gran sobresalto y alegría; con manos temblorosas buscó un resquicio en el cierre por el que comenzar su apertura sin estropear el sobre ni la carta; el temblor de sus manos se acompañaba con las palpitaciones del corazón, como si del redoble de un paso ligero de tambor se tratara. La carta venía escrita a mano sobre un papel fino y blanco, y decía así:

“Mi querida María Gisela: No creas que te he olvidado; quiero que sepas que no hay día que no me acuerde de ti, de tu risa y de nuestros sueños; no hay día que no piense en volver a verte; que no sueñe con ir a recogerte, traerte a mi reino y hacerte la reina de mis mares y mis tierras.

Tampoco me he olvidado de Lamberto y de tu madre; pero las cosas por aquí andan revueltas y son muchas las dificul-

tades que encuentro en mi camino para estabilizar el reino y recuperar la corona.

Ya sabes, porque lo hemos hablado en otras ocasiones, que algunas reinas y reyes europeos, con sus ejércitos de caballeros nobles y plebeya chusma, vinieron por aquí y lo esquilmaron todo. Exterminaron a nuestras Diosas y Dioses negros y nos impusieron un Dios blanco, como si nuestra piel negra fuera de peor calidad que la de los europeos blancos para cubrir el cuerpo de los dioses; y aunque estoy tratando con todas mis fuerzas de poner en orden el estado del reino, las dificultades son grandes y las intromisiones de los mercaderes y esquilmaadores mundiales son constantes; de tal forma que apenas nos queda un pequeño espacio que no esté ocupado ya por la semilla del racismo y de la muerte, por el hambre y la por miseria. Son estos asuntos tan prosaicos y terrenales los que me tienen ocupado en este momento; pero en cuanto arregle y ponga en orden las miserias de la vida, parto raudo y veloz en tu busca, vida mía.

Mi querida María Gisela, tu ausencia incrementa mi dolor y es fuente inagotable del amor que crece como un fuego en mi corazón y cuyas llamas no puedo apagar ni con toda el agua de los mares. Te ruego no desesperes y mantén viva la esperanza de que en algún momento volveremos a vernos, y ambos juntos seremos los reyes de África.

Dile a Lamberto que siga con su lucha; que aunque los pobres, más por falta de medios que por su condición social, suelen ser estúpidos e ignorantes, si alcanzan cierto grado de cultura e instrucción académica, algunos de ellos pueden liberarse de la miseria y de su ruina y, con el tiempo, pueden alcanzar altas cotas de bienestar social aquí en la tierra.

Dile a tu madre, doña Rosa, que aprenda a ser tolerante y que sus nietos serán algún día herederos de un reino interminable.

Espérame amor mío, y no dudes que algún día, ya temprano, se cumplirán todos tus sueños.

Tuyo para siempre,

Sulaiman Sayyid.”

Un torrente de lágrimas fue brotando de los ojos de María Gisela mientras iba avanzando en la lectura de la carta.

Con entusiasmo y congoja les leyó a Lamberto y doña Rosa los párrafos que a ellos hacían referencia, y luego, con la carta presionando sobre el pecho, corrió a su cuarto a leerla nuevamente, y releerla entre una nueva lluvia de lágrimas y suspiros que iban emborronando los signos y las letras.

La leyó mil veces y, una vez doblada y acariciada suavemente, la guardó en un lugar secreto donde siempre guardaba sus tesoros desde niña.

Reconfortado Lamberto con las palabras de ánimo de Sulaiman, redobló su entusiasmo en la lucha diaria al ver que había personas que entendían sus incansables trabajos y que con su comprensión daban sentido a sus esfuerzos revolucionarios; pues había momentos, en que a pesar de los nobles ideales de acabar con la explotación del hombre por el hombre y conseguir la igualdad de todos los seres humanos, la realidad de las vivencias diarias abría vías de agua en la nave de una revolución desconocida que, en algunas ocasiones, parecía que navegaba rumbo a la zozobra.

Mientras tanto, no podía sustraerse Lamberto a la otra vida que, al margen de sus ocupaciones revolucionarias, se desarrollaba en el barrio y en los alrededores más cercanos a la Posada Rosada; pues, casi como todos los que no tienen nada, toma como suyo lo que no se puede tomar y es de todos, y lo disfruta como algo que le pertenece desde siempre y para siempre: su barrio, su pueblo, su país.

A ambos lados de la calle en la que se encuentra la pensión de doña Rosa hay algunos bares en los que se juntan, unas veces para comer y otras para beber, obreros y parados del barrio; peones sin cualificar de fábricas del textil y del metal; los más frecuentados son El Botellón de Madrid, El Porrón y el Villa-Cañas, y allí acude de vez en cuando Lamberto a tomar algún carajillo o cualquier otra consumición que le permite matar el tiempo que le sobra y, mientras observa las partidas del juego de la rana, aprovecha, cuando se presenta la ocasión, para hacer algún comentario crítico y despectivo sobre el régimen franquista y sus miserias; por si, por casualidad surge algún contestario de provecho.

El bar El Botellón de Madrid estaba regentado por el Alcarria, así llamado por la región de procedencia. Hombre bajito y de complexión fuerte, tenía el Alcarria cara de canguro y piernas de ágil boxeador; y se movía con soltura entre los clientes, a los que entretenía con toda clase de anécdotas y chistes; y tenía como ayudante a Margarita, una bella joven con cara de golondrina dicen unos, de Venus de la paz comentan otros, y piernas de gacela que se movía como tal detrás de la barra sirviendo copas a unos y a otros, sin permitir que los clientes se extralimitaran ni con palabras ni con gestos, y cuya vida hubiera sido otra si no hubiera sido hija de una vendedora de cerillas y tabaco en la puerta del metro, y

si su padre no hubiera sido un recogedor de cartones y papel, siempre enfermo y casi siempre parado y sin empleo fijo.

Además de la ingesta de alcohol, como todos los bares, tenía El Botellón de Madrid, como principal atractivo, el juego de la rana, del que se celebraban competiciones y apuestas a diario y, una vez al año, el campeonato del mundo de dicho juego, y cuyo campeón mundial era cliente asiduo del porrón; aunque más de uno se pasaba allí largas horas por ver a Margarita, de la que decían era única sirviendo cañas de cerveza y toda clase de vinos y licores, y a la que todos han bautizado como la Reina de Copas, por su gracia al servir las y porque defiende su ingesta como algo espirituoso y salutar, y además, dice ella, aunque no sean de mucho alimento encandilan tanto el espíritu como el cuerpo, matan las penas y producen alegría y bienestar. Algunos otros parroquianos del Botellón de Madrid acudían al bar para mirar las largas piernas de Margarita, adornadas con una coqueta minifalda, que esta exhibía con orgullo cada vez que salía de detrás de la barra para servir las mesas de los clientes más respetables. Y por unas cosas o por otras, casi siempre, el Botellón de Madrid estaba con algún cliente en las mesas o en la barra.

Vivía Margarita enclaustrada entre el bar y la casa de sus padres, de donde solo salía para satisfacer su única afición o jobi, que era la colección de cosas inútiles, por lo que era asidua del rastrillo de Tetuán, a donde acudía algunos domingos acompañada de Lamberto y María Gisela y volvía cargada de vestidos, zapatos y toda clase de artilugios que almacenaba en un patio cubierto que había en la parte trasera del bar.

El Alcarria había contratado a Margarita porque era amigo de su padre y había decidido echarles una mano para aliviar sus penurias económicas; pues, aunque el bar no daba para hacerse rico, sí daba para ayudar a la familia de los amigos cuando hacía falta.

Eran habituales del Botellón de Madrid: Silvestre, al que todos llamaban el Cinco Duros Vallecana, y sus amigos de la cerámica el Mochuelo; algunos recogedores de chatarra y los obreros del negocio de la elaboración de abono para jardinería, donde doña Rosa y María Gisela compraban la tierra para sus geranios, rosales y margaritas; dependiendo de la cercanía de las obras, también solían acudir grupos de obreros de la construcción que se repartían como clientes entre los bares de la zona y algunos restaurantes de la entrada al barrio del Pilar; todos ellos conocidos, tanto por sus nombres populares como por su buena comida y sus bajos precios; eran famosas: sus patatas bravas, sus cabezas de cordero asadas, sus alitas de pollo y gambas al ajillo; así como el cocido madrileño y toda clase de guisos caseros preparados para los trabajadores y trabajadoras que viniendo de otros barrios trabajaban en los negocios y obras más cercanas y no traían merienda para comer en el tajo.

Frecuentaba más Lamberto El Botellón de Madrid cuando iba solo o con amigos de máxima confianza, como Amado y Zacarías el Pocero; y solía ir a los otros bares y restaurantes cuando iba acompañado de más gente o tenía una cita de seguridad después de alguna acción de reparto de panfletos o de pintadas pidiendo la libertad de los detenidos y los presos políticos, que eran muchos para los que estaban en la lucha y muy pocos si se tenían en cuenta los habitantes de Madrid y el resto del país.

En los bares y restaurantes de la zona eran conocidos, tanto Lamberto como sus amigos y compañeros de fatigas, por sus reuniones e intercambios furtivos de panfletos y consignas; y aunque no comulgaban ni con sus ideas ni trabajos, los dueños hacían la vista gorda, pues era más importante mantener la clientela que meterse en líos por algo que no les incumbía y que, además, consideraban que eran esfuerzos baldíos que no conducirían a ninguna parte. Tal era la fe que los taberneros tenían en el régimen y el sistema, que a nadie se le podía ocurrir que aquellos jóvenes pudieran poner en peligro tan firmes instituciones o mover los cimientos del glorioso movimiento nacional. Por ello, dejaban hacer intercambio de paquetes de panfletos y hacían como que no oían ni entendían las conversaciones sobre acciones a realizar o ya realizadas.



Tranvia Cuatro Caminos - Peña Grande

Capítulo V

Después de la muerte de Franco

Vivió y murió matando gente
porque quería matar.

Vivió y murió fusilando gente
porque quería fusilar.

Eran gustos que tenía
aquel Ilustre señor

llamado Francisco Franco
General bajito y culón.

Una vez muerto el Caudillo
la furia se ha ido aflojando.

Nos gusta la buena vida
y ya no arriesgamos tanto.

Nos gusta pisar moqueta
y visitar los palacios,
pues a nadie amarga un dulce
y menos si es regalado.

Cesiones y componendas
conformarán un nuevo Estado
con remiendos y costuras
que se estiran y se encogen,
con fintas de independencia
y banderas bicolores.

Sin que se sepa el porqué, esto tenía escrito Lamberto en el reverso de una octavilla que contenía uno de los muchos panfletos que había guardado formando una montonera en un rincón de su cuarto y debajo de su cama; y sin que se sepa tampoco, el tiempo en que lo había escrito; si en los primeros meses, después de la muerte del Caudillo, o una vez asentada la monarquía, tras la gloriosa transición.

El caso es que, en cuanto Lamberto se enteró de la muerte de Franco, el pequeño gran dictador, salió corriendo de la Posada Rosada y se fue hasta el bar El Botellón de Madrid a brindar con un vaso de vino tinto y a dar la buena noticia de la muerte del que hasta aquel día había sido Caudillo de España para unos y azote sanguinario para otros. Entró ufano en el bar y al instante su alegría se transformó en tristeza y su alborozo en decepción; pues a pesar del aire y el chirrido con el que empujó la puerta, los presentes apenas levantaron la vista y no pusieron ningún interés en fijarse en su persona; el bar estaba en penumbra y solo algunos habituales se encontraban en su interior: Además de la Reina de Copas, que estaba detrás de la barra atendiendo el negocio, sentado en una mesa estaba Silvestre, el Cinco Duros vallecano, que con un botellín de cerveza en la mano no dejaba de dar pali-

que a la Reina de Copas que le reía sus gracias, y dos borrachos echando una partida al juego de la rana. Todos permanecieron indiferentes y sin darle importancia a la noticia que Lamberto acababa de traer; así que en aquel momento no tuvo con quien brindar: los borrachos no tenían cabida para un vaso más; al Cinco Duros le importaba lo mismo la muerte de Franco que la del General Espartero; no tenía trabajo y sabía que ni con Franco ni sin Franco lo iba a encontrar; pues, aunque era persona de mucho talento y esfuerzo, ya no era joven para trabajos de riesgo y esfuerzo, y era viejo para la nueva economía piramidal que esclavizaba a los de abajo quedándose con su tiempo y su dinero, y enriquecía cada vez más a los de arriba, lo que dificultaba que alguien lo pudiera contratar; y Margarita, la Reina de Copas, se declaraba neutral en asuntos de política y Estado; a ella lo único que le interesaba era que le dejaran servir copas y cañas de cerveza con plena libertad. Así que Lamberto, levantó el vaso de vino tinto y mirando a los ojos y a la boca de la rana dijo:

—A tu salud. Y se lo bebió de un trago, frunciendo el ceño y dejando aflorar en su rostro una sombra de amargura.

A la Reina de Copas, que era amiga de María Gisela y que por ella era conocedora de las andanzas de Lamberto, se le escapó una pequeña sonrisa, entre la indiferencia y el agrado, por aquel brindis que ella veía más de impotencia que de triunfo. Consumido el vino y repuesto de la bilis que la soledad del brindis le produjo, salió Lamberto a la calle, donde, unos metros más abajo, en la puerta del bar Villa Cañas, comenzó a oír la canción de: “ya se murió el burro de la tía Vinagres, ya se lo llevó Dios de esta vida miserable”, que unos ácratas estaban cantando a coro y con gran alboroto, refiriéndose a la muerte del que ellos llamaban Sátrapa; esbozó una

sonrisa y sin decir palabra siguió caminando y pensativo hasta el Cerro de los Locos. Allí seguía la vida como si nada hubiera ocurrido, los tiradores del chito entrenaban como cualquier otro día, y nadie, ni conocido ni desconocido, le hizo el más mínimo comentario sobre la muerte del dictador.

Al día siguiente salió a dar una vuelta por Madrid y tampoco vio ninguna muestra de anormalidad, salvo la sobreabundancia de guardias civiles y grises, policías nacionales, que en los edificios oficiales y las esquinas hacían guardia para que todo permaneciera en su sitio, atado y bien atado; pero sí le impresionaron las grandes colas de pobres y medio pobres, de ricos y medio ricos, para despedirse del dictador; los muy ricos y las más altas jerarquías eclesiásticas y militares no tenían que hacer cola para la despedida, pues, como siempre, gozaban del privilegio de colarse en todos los sitios y en todos los actos oficiales. No le extrañó a Lamberto ver tanta gente para despedirse de Franco y agradecerle los servicios prestados y los dones recibidos; pues tenía cabal conocimiento de que los luchadores contra la dictadura eran pocos y las masas obreras eran muchas; pero la observación de las colas le helaron, en parte, el corazón. Por la noche, doña Rosa y María Gisela le contaron, que ellas y otros muchos vecinos del barrio, habían pasado largas horas de viento y frío para despedirse del que ellas llamaban el Caudillo.

Durante algunos días, mientras duraron los fastos por las exequias y el dolor por la pérdida sufrida, siguieron los grises patrullando por las calles y la guardia civil vigilando aquellos lugares que podían resultar más conflictivos; pero nada pasó y nada parecía que iba a pasar que pudiera resultar extraordinario.

—Muerto el burro cebado al rabo, y el muerto al hoyo y el vivo al bollo, repetía el Cinco Duros a los comentarios de Lamberto, cada vez que este se acercaba hasta el bar El Bottellón de Madrid para seguir, en blanco y negro, las exequias y el funeral del dictador, que duraron varios días; ceremonias que seguía de pie en un pequeño televisor que había al fondo del bar, un poco alejada del lugar donde se encontraba el juego de la rana, para que jugadores y televidentes no se le molestaran en sus respectivas distracciones.

—“Los mismos perros con distinto collar”, era otra de sus cantinelas, cuando aparecía algún político en la pequeña pantalla cantando las alabanzas del nuevo sistema político que los españoles iban a heredar.

—Hay que darle tiempo al tiempo, amigo Silvestre, todo es más complejo de lo que tu piensas, las cosas no son fáciles de hacer, y no todos los perros son iguales, aunque a la misma raza pertenezcan; aunque ante acontecimientos como los que estamos viviendo, vendría más a cuento, muerto el perro se acabó la rabia y no hay mal que cien años dure; le repetía Lamberto cada vez que Silvestre se arrancaba con tales comentarios.

Y, siguiendo sus propios consejos, eso fue lo que hizo Lamberto: darle tiempo al tiempo; pero, comenzaron a pasar los días, los meses y algunos años y, en lo esencial, en lo que a la revolución por la que luchaba Lamberto interesaba: igualdad real para todos, vivienda y trabajo digno para todos, educación y sanidad igual para todos, las cosas no cambiaban. Todo seguía tan desigual como siempre; los privilegios y las desigualdades seguían imperando entre unos y entre otros, entre los ricos y los pobres, como siempre. Pronto co-

menzó a darse cuenta de que si quería prosperar en esta miserable vida, tenía que posicionarse y frecuentar los cenáculos y reuniones políticas para ver si su actividad y sus ideas encontraban acomodo en aquellos contubernios de líderes políticos denominados de izquierda, de centro y de derechas; de franquistas de toda la vida, ahora reconvertidos en demócratas, también de toda la vida, que serían los que cortarían y repartirían el bacalao y la merluza en los tiempos venideros.

Y frecuentando cenáculos y comidas de contubernio, fue viendo Lamberto que las reuniones ya no eran para hacer la revolución sino para ordenar las apetencias, la vida y el bienestar de cada cual; se repartían cargos, privilegios y prebendas, y se adoptaban posturas de marginación, persecución y desprecio sobre todos aquellos que querían seguir luchando por una igualdad total y real en los derechos humanos y por un cambio real de régimen y sistema. Y veía como, con toda clase de publicidad y de medios, se ponía en marcha un Nuevo Movimiento Nacional que transaccionaba con privilegios y derechos, quitando y poniendo raciones de los mismos, según conviniera a los líderes de turno.

De la noche a la mañana se vio rodeado de conversos que renegaban de todo lo que habían pregonado y defendido hasta el día anterior; y algunos viejos compañeros de la lucha se debatían entre tirarse al monte con toda clase de armas y pertrechos o pasarse a la bulliciosa tranquilidad de los besamanos y las intrigas palaciegas.

Más a pesar del desánimo y la tormenta ideológica que se iba cerniendo sobre la vida de Lamberto, no dejó de asistir a reuniones con unos y con otros por ver si aquel desbarajuste revolucionario tenía alguna salida digna para todos aquellos

que siempre habían vivido mal y la nueva situación no les auguraba muchas ganancias. Y así, envuelto en nubes de humo que le rociaban los ojos y el cerebro, haciendo que las cosas se vieran con menos claridad, pasaba largas horas discutiendo, tratando de solucionar problemas generales que, de antemano, comenzaba a sospechar que no tenían solución.

En un largo puente laboral, de esos que demuestran que la jornada laboral puede ser perfectamente de tres días sin que se acabe el mundo ni se hunda la bóveda del universo, le invitaron unos anarquistas, compañeros de Romano, a una acampada para hacer prácticas de tiro y ampliar los conocimientos en el manejo de toda clase de armas y explosivos.

La experiencia resultó muy instructiva para Lamberto, pero poco convincente para la nueva situación a la que se tenían que enfrentar, y así se lo hizo saber a Romano que no vio con buenos ojos la infinidad de pegas que Lamberto ponía a proseguir la lucha revolucionaria con las armas.

Se revolvió Romano contra los argumentos de Lamberto con dialéctica iracunda y verbal furia.

—No puedo entender, le dijo, que siendo tú, según tengo entendido, descendiente de rojos republicanos represaliados por la dictadura, con muerte y con exilio, te hayas vuelto tan pusilánime y blandengue y te dejes llevar por la propaganda del sistema establecido en lo que a la lucha revolucionaria y armada se refiere.

—No es eso Romano, —dijo Lamberto—. Lo que ocurre es que después de haber hecho el servicio militar en una División Acorazada, he llegado a la conclusión de que, en los tiempos en que estamos, para hacer una revolución, como la que nosotros pretendemos, es necesario tener un ejército o

que un ejército te apoye; y a la misma conclusión he llegado con respeto a aquellos con los que en alguna ocasión hemos colaborado y luchado, y que buscan la independencia de sus tierras y países; lo cual no quiere decir que, con el tiempo, no lo puedan conseguir por otras vías y caminos; lo mismo que España dejó de pertenecer al Imperio Romano o a los reinos de taifas musulmanes: poco a poco, paso a paso, día a día.

Y trató de explicarle, como pudo, que siendo los ideales de ambos iguales en cuanto a los derechos humanos que defienden, solo se diferencian en la forma de lucha para conseguirlos de inmediato en el planeta tierra, ya que ninguno de los dos confía en alcanzarlos en el cielo; e intentó por todos los medios dialécticos que tenía a su alcance, que entendiera que no prejuzgaba quién de los dos tenía más razones para seguir en la contienda; pero, que además de lo que le había explicado sobre el elemento persuasorio de la División Acorazada, veía que la lucha armada estaba perdiendo el relato, tanto en los medios como en la calle; que cuando los medios de comunicación hablaban sobre las acciones violentas de revolucionarios, hacían siempre referencia a las mismas como acciones de sangriento terrorismo y terroristas a todos aquellos que tales acciones realizaban; que tenía que ver que tales acciones se convierten en elemento paralizante de la misma lucha revolucionaria y producen rechazo en la mayoría de la gente.

—Se trataría de ganar el relato en los medios de comunicación y en la calle —argumentó Romano—. Pues teniendo razón como tenemos y siendo justa nuestra causa; no es de recibo de que aquellos que han vivido a la sombra de la dic-

tadura, que defendieron y defienden una guerra que se libró por un levantamiento militar ilegal contra un gobierno y República legítimos, se rasguen ahora las vestiduras y se escandalicen por lo que otros han hecho, cuando ellos causaron casi un millón de muertos de militares y civiles, de mujeres y de niños; y bombardearon sin miramiento ciudades y mercados; pues los muertos por la República también tenían madre, eran tan dignos o más que los muertos de los ilegal e indignamente levantados; y aún tienen familiares que los quieren. No es de recibo, prosiguió Romano, que los que nunca hicieron nada por la libertad y la democracia, que ahora pregonan como buena, salvo situarse para ganar posición social, riquezas y dinero, nos quieran crear ahora, con viejas doctrinas y falsa propaganda, mala conciencia por los actos que en otro tiempo realizamos, sin los cuales, muchas libertades y gobiernos, actualmente totalmente federales, serían todavía un sueño; y quieren y pregonan que nos arrepintamos y penemos por aquello, cuando ellos y sus herederos, que siguen pensando como ellos, aún no se han arrepentido, ni se arrepentirán nunca por los muertos que causaron con aquella miserable guerra civil que provocaron con el golpe civil y militar contra la Segunda República Española; ninguno de los que nos acosan con su propaganda y nos critican a diario se encuentra en la lista de “Presos del franquismo de la A a la Z”, ni está en la relación de “Las Víctimas ignoradas de la Transición”, modélica y gloriosa transición; y hasta los hay que creen que la democracia y el Estado de nacionalidades y regiones que disfrutaban se consiguió rezando el rosario y yendo a misa los domingos; así que no sueñes ni te hagas ilusiones de igualdad y libertad real, pues si rascas un poco y miras sus currículos, verás que algunos de ellos lo controlan

todo desde el uno de abril de 1939. Dime, —continuó—. Si renunciamos a las armas ¿qué nos queda para luchar contra estos y contra todos aquellos que siendo dueños de lo privado, se apropian también de lo público y hacen negocio con las necesidades ajenas y las miserias humanas? ¿Qué nos queda para luchar contra los que viven de la fabricación y venta de armas y de guerras?, ¿que nos queda para luchar contra los que reparten pan con una mano y con la otra, bombardeos?; contra los que se apropiaron de los árboles e hicieron con sus ramas armas: garrotes, arcos y flechas; contra los que trocearon la tierra y echaron de su trozo a los que consideraban que eran diferentes; ¿qué nos queda, pues, para acabar con todos los malvados del mundo y de la tierra?

—Nos queda, respondió Lamberto, nos queda cambiar de consigna: Instrucción Pública y Cultura debe ser nuestra divisa, y si alguien nos la pisa le tendremos que morder con argumentos y ciencia; formación del intelecto, la forma de entender la vida; nos quedan las elecciones y el voto, aunque a ti te parezca poco; nos queda amarlos y odiarlos, como ellos nos aman y nos odian; y si no quieres odiarlos, que es algo que quema la sangre y produce espumarajos; nos quedan las maldiciones, como ellos nos maldicen, para que sus dioses los castiguen, como en Sodoma y Gomorra o el Diluvio Universal, con algo que les haga desaparecer de la faz del Planeta Tierra; y aunque el cumplimiento de los castigos divinos y las maldiciones queda siempre en manos de los dioses, por lo que unas veces se cumplen y otras no, será castigo suficiente llevarlas sobre su frente el resto de sus días; y así, cargados como Atlante, vivan siempre con la angustia de que algún día las maldiciones se cumplan. Que vivan y sepan

todos, que más tarde o más temprano, el que a hierro mata a hierro muere y que a todo cerdo le llega su San Martín; eso sí, en honor a sus fortunas, su San Martín, ha de ser respetando el ceremonial: con los salmos de rigor, redoblando las campanas, sin que falten los rezos para salvar a sus almas. Y todo ello, siempre ha de ser, con sonrisas y cariño, siempre sin perder las formas.

Y como puedes comprender, yo no creo en esas zarandajas y cuentos, pero ellos sí: los capitalistas, los expropiadores, explotadores, acosadores, fabricantes de armas y guerreros sí creen; y en eso llevan el castigo. Hay que pregonar a los cuatro vientos y decirle a toda esa gente guapa y VIP que, por mucho que se cuiden, acabarán la vejez como adefesios y que, por mucho que tengan y acumulen, más tarde o más temprano, acabarán criando malvas, como todos los mortales.

—Bueno, no está mal que acudas a dichos antiguos y a refranes, pero, lo que tú propones, viene a ser como ver los toros desde el palco de autoridades, que es lo que toda esa gente guapa viene haciendo desde siempre, o desde la barrera, como la mayoría de la gente, actuando igual que Sancho que se sube presto a un árbol, se aparta a un lado o se esconde cada vez que Don Quijote se encuentra ante un peligro.

Ninguno de los dos quedó convencido con los argumentos que el otro utilizaba, defendiendo Romano que todo lo que un hombre pensaba podía ser realizado, y recalcando Lamberto que había que ser realista y aceptar que estaban perdiendo la batalla de la revolución por la igualdad y dignidad

de todos los seres humanos; pues en lo que a la libertad se refería, cualquier persona que se precie inteligente, sabe que no existe libertad real sin igualdad económica, también real, y sin que tenga a su alcance todo aquello que un ser humano necesite para vivir dignamente: trabajo digno, vivienda digna y libertad real y duradera, pero que esta no la daban las guerras, ni la sangre ni la muerte, pues con la muerte se pierde la potestad de tenerla.

Después de aquel largo puente, de intensos razonamientos, se despidieron Lamberto y Romano como amigos y, aunque siguieron viéndose en alguna que otra ocasión, se fueron distanciando como compañeros de lucha, uno con revolución, otro sin revolución; cada uno en su camino y en distinta dirección.

Esta jornada con Romano y sus compañeros, y otras muchas a las que acudió en busca de luz o un camino que seguir, sumió a Lamberto en un mar de confusiones: todo lo que le parecía unido comenzó a desunirse; todo lo que le parecía claro comenzó a enturbiarse. Los viejos y los nuevos señoritos del sistema, de acuerdo con la cuota que a cada familia correspondía, comenzaron a ocupar cargos de alta remuneración en los distintos gobiernos nacionales y autonómicos; así como en los consejos de administración de las grandes empresas estatales que, sin miramiento alguno, comenzaron a ser privatizadas y repartidas entre todos aquellos que disponían de medios económicos e información para participar en el reparto.

Enclaustrado en su laberinto ideológico, pasaba Lamberto largos ratos reflexionando sobre el derrotero que estaban tomando los acontecimientos; sobre lo que él y otros como él habían hecho mal para que, si las ideas que defendían eran

buenas y justas, en tan poco tiempo se produjera tal descalabro y desbandada en la lucha por los ideales revolucionarios.

De las controversias y debates con unos y con otros, de la lectura de lo viejo y de lo nuevo, fue viendo y descubriendo cómo algunos ilustres pensadores, antes defensores del marxismo como ciencia, se habían convertido ahora en los más acérrimos defensores del capitalismo y de un liberalismo, al que ahora llaman nuevo, pero que él entiende, huele a rancio por los años que tiene desde que fue ideado y por los principios de falsa libertad y verdadera desigualdad real sobre los que se sustenta.

Mientras camina entre los pinos de la Dehesa de la Villa, alejado del ruido de los vehículos de las calles, no deja de pensar; reflexiona sobre las cosas que no entiende, pero que otros, de fama popular y de tronío, dicen entender y defienden como ciertas, siendo evidente que son falsas; y concluye que todo lo que arguyen y defienden esos otros, leguleyos y filósofos de lo suyo, lo es porque conviene a su forma de vida e intereses; a su acumulación de riquezas y de los bienes que otros necesitan y no tienen.

Le abruma el pensar que pueda estar equivocado, que puedan tener razón los que defienden las guerras y la muerte de seres indefensos antes que la vida; los que le dan más importancia a la palabra democracia que a la vida de los otros y a los que de nada les sirve ya esa palabra; los que dicen defender la libertad y la igualdad y viven complacientes en arcaicas y anacrónicas monarquías europeas, que se rigen por costumbres medievales y se sustentan en principios de vieja teología, marinados con parafernalia protocolaria y sumisión social.

Tampoco puede hablar y debatir en público, pues carece de medios para ello y es inútil clamar en el desierto, con los que alaban como paladines de las libertades a Estados que exportan democracias bajo la fuerza de las armas, siempre acompañados con bombas y bayonetas, y cuyas normas de convivencia son la sombra de lo que pretenden ser y se sustentan sobre el imperio de las desigualdades sociales y el racismo. Estados que iniciaron su andadura con el genocidio de otros seres humanos y otros pueblos que allí estaban desde siempre.

Y así, poco a poco, acompañado de la visión de debates protocolarios en los medios y asistido de reflexiones y circunloquios plañideros, fue saliendo Lamberto de la burbuja revolucionaria en la que había estado metido. Y aunque está comenzando a ver otras realidades que antes no veía, se va dando cuenta que es difícil salir de una burbuja en la que uno ha estado mucho tiempo a merced del viento y las mareas de las conveniencias sociales y políticas; le resultaba difícil, pero cada día que pasaba sentía más necesidad de pinchar la burbuja y quedarse a merced de la corriente, sin fuerzas y sin ganas de seguir nadando; pues las reflexiones que hacía acababan siempre en el mismo lugar y sin resquicio de posible escapatoria, siempre engullido por el mismo torbellino o siempre de bruces contra el mismo muro. Se mira las manos tan curtidas, mira los cielos y la tierra, con los ojos clavados en suelo le cuesta creer que todo esté perdido, pero lo está, piensa en sus adentros, es inútil seguir alimentándose de ilusiones y mentiras. Luego camina unos pasos y se dice que hay que seguir, que tiene que intentarlo de nuevo, que no se puede rendir.

Capítulo VI

La ida de María Gisela al país de Sulaiman, la vuelta a Madrid

Mientras estos y otros enredos existenciales bullían por la cabeza de Lamberto; María Gisela, que había seguido recibiendo cartas de amor de Abú, dejó cuanto tenía y se marchó a África con él.

Vino a recogerla personalmente Sulaiman Sayyid, ya investido como príncipe heredero y a la espera de ser coronado rey el día que su padre falleciera

Cruzaron el Mediterráneo sin que les ocurriera ninguna aventura digna de destacar, y sin incidente alguno llegaron a las costas de África, como suele ocurrir cuando se cruza el mar con buenos medios. La inmensidad del mar, que nunca había visto, impresionó a María Gisela y la contemplación de sus aguas encogió su corazón solo de pensar e imaginarse a grupos de gente, hombres mujeres y niños, que por necesidades y miseria se embarcaban a merced de las corrientes y los vientos.

Sulaiman Sayyid y su familia, después de una primaveral revuelta palaciega, habían recobrado todos sus derechos dinásticos y podían caminar libremente por todos los territorios de la tierra, sin impedimento alguno, como suele ocurrir

cuando se camina colmado de riquezas y con una cuenta corriente saneada. Y, como en todas las revueltas y revoluciones de primavera, en el país de Sulaiman, habían ganado los que tenían las mejores armas y los mejores ejércitos; además de la inestimable ayuda de las tropas imperiales, que siempre apoyan al que más riquezas tiene y mayores beneficios le promete.

Difíciles fueron los primeros días de María Gisela en el reino de Sulaiman, más por las creencias religiosas que por el color de la piel; y en cuanto a las creencias religiosas, no tanto por los dioses del uno y de la otra, como por la interpretación que los propagadores de la fe hacían de sus credos y doctrinas; pues siendo María Gisela Católica, Apostólica y Romana; y Abú acérrimo devoto del Profeta Mahoma; era difícil, por no decir imposible, que su unión fuera aprobada pacíficamente por los inquisidores de ambas creencias.

Y, en contra de lo que a primera vista pudiera parecer, no fue obstáculo para María Gisela el que Sulaiman, a pesar de su juventud, tuviera ya varias esposas y multitud de hijos y de hijas; pues ya había sido puesta en antecedentes y ningún impedimento le suponían tales poligamias y familias numerosas; sin embargo, lo que sí resultó insoportable, para una plebeya como ella, fue tener que soportar a diario tanto boato y aguamaniles; tanto remilgo y protocolo palaciego; tanta ceremonia y liturgia insustancial que hacían imposible que pudiera disfrutar de las cosas más sencillas y cotidianas, como la contemplación de unas rosas o el cuidado personal de unos geranios. Y, en apenas unos días, quedó embargada María Gisela de tal melancolía y tristeza, que los doctores de la corte aconsejaron su vuelta a Madrid para que pudiera recobrar toda la lozanía perdida.

Volvió María Gisela de África a las pocas semanas de haberse marchado con Abú. No volvió abandonada a su suerte y en patera, como muchos africanos que huyen de su tierra buscando fortuna y libertad, sino en un yate de lujo, como correspondía a quien había sido princesa, aunque solo hubiera sido por unos días o semanas; y ningún problema tuvo en dicha vuelta, pues ningún problema tienen los que cruzan los mares en buenos barcos y con dinero, ni les afectan negativamente las leyes migratorias. Desembarcó en uno de los puertos más lujosos de España, desde donde fue conducida a Madrid con toda clase de lujos y atenciones. Nada más llegar le contó a Lamberto que aquella vida no era para ella por muy princesa que la hicieran y por muchas riquezas que ante sus ojos pusieran.

Y, pasados los primeros días de morriña amorosa desde que volvió de África, para quitarse el pesar que producen los amores que, por imposibles, se deben olvidar, comenzó María Gisela a salir con un joven del barrio al que todos conocían por el Mochuelo y al que Lamberto tenía en gran estima.

Se llamaba Amado, pero todos le llamaban el Mochuelo porque trabajaba en la cerámica del mismo nombre; cerámica de tejas y ladrillos en la que anteriormente había trabajado su padre y ahora trabajaban Amado y sus hermanos. Todos los varones de la familia, excepto Amado que era un niño, comenzaron a trabajar en la cerámica cuando se vinieron del pueblo huyendo de la dureza de los trabajos del campo, que eran de jornadas interminables y ofrecían pocas oportunidades de prosperar. Nada más llegar se aposentaron en las pequeñas colinas que había cercanas a la vereda de Ganapanes y fueron construyendo, con ladrillos traídos de la cerámica y cemento y yeso cogidos de las obras, las primeras casitas,

que como setas, se fueron diseminando por el barrio; unas veces de forma ordenada y en hileras, como calles, y otras, donde la premura del tiempo y la escasez de espacio lo permitía.

Amado y María Gisela se conocían desde los años de primaria, aunque nunca se habían interesado el uno por el otro; María Gisela porque aspiraba a salir de aquel barrio de miseria, donde la basura y los desagües de los Wáteres comunitarios corrían por el arroyo, y pensaba que Amado no era el partido que le interesaba para llegar a los barrios que ella consideraba nobles y de alta costura de Madrid. Amado, aunque en alguna ocasión había mirado de reojo a María Gisela, nunca había entablado conversación con ella, ni en el patio ni en la clase; pues a pesar de ser una niña físicamente agraciada que siempre iba limpia y bien vestida, no eran buenos los comentarios que se hacían en el barrio sobre la dueña de la Posada Rosada; y aunque nada se decía de su hija, no estaba bien visto tener relación alguna con María Gisela que siempre se encontraba sola en el patio de recreo del colegio. Cada vez que la miraba, la veía sola sin que nadie jugara con ella ni le dirigiera la palabra; y si alguna vez le decían algo, era para reírse y burlarse de ella sin venir a cuento.

Ahora, cuando Amado ha comenzado a tratar a María Gisela y a salir con ella, ha descubierto que es una chica muy amable y muy inteligente; siempre sonriente, siempre con ganas de ayudarle y ser agradable con él.

También ha comenzado Amado a ayudar a María Gisela y a doña Rosa en algunos menesteres; y así, juntamente con Lamberto, le han instalado la calefacción eléctrica en la Posada Rosada.

En Madrid, durante el invierno, el frío es insoportable si no se tienen medios para mitigar sus rigores. Doña Rosa tenía braseros de cisco y de carbón en todas las habitaciones; y aun así, al amanecer, las manos se despertaban ateridas y las orejas y los dedos de los pies sembrados de sabañones; además, todos sabían que dicho sistema de calentarse era peligroso y que podían morir asfixiados cualquier día, amén de resultar caro y muy contaminante. Así que, viendo las penurias que estaban pasando por el frío, un día les propusieron instalarles la calefacción eléctrica sin coste alguno, ni en la instalación ni en el consumo.

—Miel sobre hojuelas —dijo doña Rosa—. Por mí, ya podéis empezar ahora mismo.

Y en el primer fin de semana, después de esta escueta conversación, Amado y Lamberto dibujaron y conformaron una instalación eléctrica que, puenteando el contador de la luz, se podía utilizar para calefacción y otros menesteres de los que no podían disfrutar debido a su pobreza general, y que era la única forma que, en aquellos tiempos, tenían los pobres para superar el compartimento de la pobreza energética y mitigar los rigores del frío que venía desde la sierra de Madrid una vez caídas las primeras nieves.

Instaló doña Rosa grandes radiadores eléctricos en todas las habitaciones de la Posada Rosada; radiadores que doña Rosa enchufaba en cuanto soplaban los primeros aires fríos de la sierra y no desenchufaba hasta que no llegaba el verano, lo que permitía que pudieran pasar el invierno sin grandes tiritonas y pudieran escuchar la radio y ver la televisión de manera confortable.

Lamberto, que fue espaciando la asistencia a reuniones que resultaban interminables y que, según él, a nada conducían,

fue quedándose cada vez más tiempo en la Posada Rosada en compañía de María Gisela y doña Rosa y, a través de los medios de comunicación que no eran los escritos, se fue enterando de la verdadera realidad del país en que ahora vive.

Para no aburrirse y caer en la total apatía, va cambiando poco a poco la lectura de panfletos y otros escritos de interés revolucionario, por la lectura asidua del Caso que lee doña Rosa y los diarios de deportes que lee Amado. Comenta con doña Rosa y María Gisela los crímenes que a diario se cometen y que el periódico el Caso describe con todo lujo de detalles: De cómo degollaron a la víctima, de lo que hicieron con sus ropas y calzado; de como encontraron el cadáver y de las pesquisas e indicios que se siguen para dar con el paradero del criminal. Como si de una novela por entregas se tratara, esperan con ansiedad el nuevo número por ver si ya ha sido detenido el criminal, o hay nuevas pruebas que conduzcan sin tardanza a dar con la alimaña que tan horrendos crímenes viene cometiendo.

No se siente muy a gusto Lamberto con su entretenimiento en tales lecturas, y menos, cuando en sus comentarios, doña Rosa compara a unos muertos con otros y los trata a todos por el igual, dándole lo mismo que sean muertos de los bombardeos de las guerras o muertos de los crímenes que vienen descritos en el Caso. Piensa que se está envileciendo con tales lecturas y que está perdiendo sensibilidad ante la muerte de los más lejanos: los muertos por las guerras y por los golpes de estado de unos y de otros.

Inclinado sobre una de las páginas, observa los anuncios por palabras una y otra vez, mira a María Gisela y se imagina la escena:

—Pero yo creía...

—Pues el anuncio es bien claro, chica para todo de porte elegante

—Pero yo creía

—No hay nada que creer, esto son lentejas, si quieres las comes y si no las dejas.

Y así muchos días, una y otra vez llora la muchacha, después de que le informen de sus nuevas funciones. Eso es lo que ve Lamberto mirando a María Gisela, viendo su figura flotando en el aire, viendo su gracia rota por el viento y por el agua.



Grupo de anarcosindicalistas reunidos en La Dehesa
La Villa

Capítulo VII

La vida de Lamberto en la monarquía rentable y productiva

Míralos por donde van
Con el mazo y la razón.
Son los padres de las patrias,
cada cual con su pendón.
Míralos por donde vienen,
preñados de salvación.
Han engendrado un Estado
complicado de entender.
Estandartes y banderas
van surgiendo por doquier.
Engendro que no querían
ni los unos ni los otros
y que todos transigieron
a beneficio de inventario
y de un mayor interés,

guardando ases en la manga
Por lo que pueda suceder:
Grande y libre quieren unos
y pasan de autonomías,
funciones y competencias
Y solo les interesa
Tener gobierno central.
A los otros tal gobierno
No les importa un camino
y les tiene sin cuidado
quién gobierne en tal Estado.
A ellos solo les interesa
conseguir la independencia
del lugar donde residen.
Solo el pueblo silencioso
aceptó la solución
pues tenía otros problemas
no de tanto relumbrón:
Dar de comer a sus hijos
tener un futuro mejor.
Al final el resultado
de tanta elucubración,
vino a ser como aquel parto,

de una montaña un ratón:

Marasmo de competencias

para ir de un sitio a otro

a pedir peras a un olmo

Sin ninguna solución:

La vivienda por los cielos,

el salario por los suelos,

mi libertad es quimera

mi bienestar ilusión.

Tener vivienda un suplicio,

los trabajos que me ofrecen,

castigo de Dios e indignos.

Vivo esperando un milagro

de quien tenga competencias,

me den pan para comer

y faciliten vivienda

que sea digna y adecuada,

y a la que tengo derecho,

según la Constitución

que unos y otros han parido

para salvar la Nación.

Y lo anteriormente escrito, también de su puño y letra, aparece en un papel de los que están por el suelo entre panfletos y rimas, de los que hasta después de su muerte, nadie ha podido leer.

De tanto pensar y observar, mientras da vueltas por la ciudad y pasea por sus calles, ha ido dándose cuenta Lamberto y así dice que lo siente en sus carnes, que con el advenimiento de la nueva Monarquía, a la sazón sistema democrático heredado de una dictadura, se han ido orillando poco a poco en la cuneta de la historia algunos viejos esquemas, que no todos, implantados por el dictador y que podían molestar a las finas democracias europeas y a la fina piel de sus finos dirigentes; y, no sin preocupación, observa que partiendo de los mandatos que el dictador en su testamento había dado, más algunos pequeños añadidos para asear el resultado, de inmediato, se puso en marcha un nuevo sistema de estado y de gobierno: monarquía parlamentaria y estado de autonomías para todos, nueva forma de estado y de gobierno que tiene que ser productiva para el capital y los mercados, y respetuosa con los privilegios nacidos al rebufo de aquel glorioso movimiento nacional y de lo legado en su preclaro testamento por el dictador: nada de veleidades republicanas; nada de nuevo himno y nueva bandera; cargar con la cruz a cuestas, con el santo y la limosna, que viene a ser en esencia el legado de la herencia. E instalado el nuevo régimen, vio Lamberto que todo comenzó a rodar tal y como había sido planificado y el había sospechado: comenzó a primar la productividad por encima de todo, sin importar el cierre de empresas ni el paro de todos aquellos que sobraban para que tal productividad fuera posible; lo lucrativo y lo lujoso se apoderó de los que ellos mismos se llamaban y vendían como lí-

deres y dirigentes de lo propio y de lo ajeno; y con tales ideas y principios se inició una reconversión industrial que condujo al cierre de infinidad de empresas que, los expertos de turno, se apresuraron a bautizar como obsoletas y poco productivas, al tiempo que, esos mismos expertos, comenzaron a vender las empresas que eran productivas, y a privatizar aquellos servicios del Estado que eran necesarios y producían pingües beneficios para los que conseguían adquirirlos.

Como resultado de esas reconversiones industriales y el auge de las subcontratas en el ramo de la construcción y en las grandes obras públicas, cerraron, desaparecieron o fueron reducidas a meros reductos administrativos las empresas constructoras más importantes, y Lamberto comenzó a tener dificultades para encontrar trabajo. Busca en primer lugar por las obras más cercanas al barrio donde se encuentra la Posada Rosada; luego en las obras de los barrios más lejanos, más allá de donde decían que terminaba la ciudad; más allá incluso de donde las viviendas son de chapas viejas y cartón, y las calles eran de barro cuando llovía y se veían algunos jóvenes tirados en el suelo, recostados junto a las paredes de las casas, con el cuerpo cargado de droga hasta las cejas, o la cabeza metida en bolsas de basura impregnadas con restos de goma de pegar.

Acude con más frecuencia al Cerro de los Locos donde se saca un sobresueldo apostando y haciendo de gancho en las apuestas del juego del chito y el frontón. Y, mientras va y viene, en el trayecto que hay entre la Posada Rosada y la Dehesa de la Villa, discurre si no sería buena idea montar una taberna o un bar de copas al estilo del Botellón de Madrid o el Porrón; pues, aparte de ser una forma honrada de ganarse la vida, le podría servir para continuar con su labor revolu-

cionaria, al haberse convertido dichos lugares en centros pioneros en la elaboración de pensamiento filosófico y político del país.

Después de muchas idas y venidas, de vueltas y más vueltas por las obras, sus correrías no resultan nada halagüeñas: le ofrecen trabajos sin derechos de clase alguna; le piden que se haga autónomo y empiece una nueva vida de Señor Trabajador que es lo que se lleva ahora, o que se haga pistolero, que es como se conoce a los subcontratistas de las grandes obras, o se convierta en experto emprendedor en la construcción de pisos y casas adosadas, que es un negocio rentable; el solo tendría que buscar y poner la mano de obra, el resto lo pondrían las empresas principales que, mientras las cosas fueran bien, le pagarían lo justo para que el pagara a los obreros; su ganancia la tendría que sacar, como pudiera, de la sisa que le hiciera a la Hacienda Pública y a la Seguridad Social. Y le cuentan y le explican, que ahora el negocio consiste en conseguir la contrata pagando una comisión; a continuación, tu subcontratas con buenos subcontratistas que te dan un beneficio que te llevas limpio a casa por ser el seguidor; luego estos subcontratistas subcontratan a su vez a obreros especialistas con el régimen de autónomos y relación mercantil; y así con las manos limpias te lo llevas limpio a casa el dinero y el honor.

Vuelve a la Posada Rosada indignado por las ofertas que le hacen para poder trabajar; saluda con desgana y un susurro a los que encuentra en la entrada del patio y de la casa, y se encierra en su habitación a meditar mientras observa: la máquina de escribir bajo la cama y en un rincón los últimos panfletos sin tirar y que ya no sirven para nada. Se tiende sobre la cama y pasa largos ratos sin ocupación alguna: unas veces,

con la mirada fija en el techo de su cuarto, viendo como pasa el tiempo y como va consumiendo etapas de la vida sin posibilidad alguna de que la pueda detener; otras veces, por la pequeña ventana que da al patio, contempla a María Gitsela y a doña Rosa cuidando su pequeño jardín; lo más alegre de la Posada Rosada, según él y según ellas; las mira como disfrutan viendo florecer los rosales, los geranios, las hortensias y los lilos; por cada floración del lilo contaba Lamberto una nueva primavera, y un año más y uno menos de su vida.

De su inactividad y abatimiento fue dándose cuenta Amado que lo veía a diario en la Posada Rosada, cuando venía a visitar a María Gisela, y en el Porrón, donde coincidían algunos días a la hora del café y el carajillo. En varias ocasiones le propuso el Mochuelo que formara una sociedad con él y se dedicara al comercio y a otros trabajos aún más lucrativos; y tanto insistió Amado en hacerle participe de sus negocios, que al final accedió a conocer la clase de trabajos que le ofrecía Amado y acudió a una reunión con su amigo y con sus socios. Se citaron en el Botellón de Madrid un día que Amado había considerado que estaría poco concurrido por ser día de trabajo.

Cuando llegó al bar, ya estaba allí Amado sentado en una mesa con dos hombres jóvenes de muy buen porte y bien trajeados. Amado les presentó a Lamberto como una persona batalladora y de fiar; los otros no fueron presentados a Lamberto; y quiso entender Lamberto que sería por normas de seguridad, a las que él estaba acostumbrado.

Estuvieron hablando toda la tarde de grandes cantidades de dinero, siempre a ganar; de grandes cantidades de toda clase de sustancias y productos sanitarios; y de un gran comercio interior y exterior de armas y explosivos.

Lamberto solamente escuchaba y miraba la cara de los dos trajeados a la vez; los escuchaba y los observaba con asombro, como si tuviera que descifrar un enigma que era incapaz de entender. Se despidieron de Amado con un apretón de manos, como sellando un acuerdo, y quedaron en concretar una nueva cita en un lugar desconocido para Lamberto.

Se fueron los hombres trajeados y un poco después, cuando se oyó arrancar a un vehículo blindado y de alta gama, salieron del bar Amado y Lamberto. Apenas estuvieron en la calle, Lamberto se dirigió al Mochuelo, por este nombre, y le dijo, que si no se había dado cuenta de que lo que le estaban proponiendo era traficar con drogas y con armas; y que tarde o temprano acabarían en la prisión, pues era un delito muy grave traficar con tales mercancías y sustancias.

—Bueno, eso depende de la forma en que se mire; estos dos hombres que has visto son personas respetables y representan a personas aún más respetables que ellos; y juran que siempre actúan del mismo modo; siempre la misma forma de operar: respetando las normas del mercado y vendiendo su mercancía al mejor postor; les es indiferente que el comprador sea un Estado o vulgares mercaderes de la muerte. Si venden a estados o gobiernos, se llama mercado libre y negocio lícito de armas y productos sanitarios; pero si negocian al por menor con personas como nosotros, se llama tráfico de drogas y de armas. Como podrás ver, siendo la misma mercancía, la diferencia estriba en quien sea el comprador o el vendedor; de quien sea el muerto y el que mata; pero, bien sabes tú que todos los muertos tienen padre, todos los muertos tienen madre; un muerto es un número si no es tuyo y no tienes que besarlo ni tocarlo para despedirte de él; un millón

de muertos es un número si los ves a la distancia. Todas las armas matan; todos los asesinos matan; y los hay en serie y de masas, de mujeres y de niños, y estos últimos matadores, los de masas, suelen ser los más reconocidos por la historia y por los medios de comunicación que manipulan el relato y la historia a su antojo; y toda manipulación psicológica influye en el cerebro, como las drogas, y crea realidades paralelas y adhesiones inquebrantables. Ese es el dilema, que siendo todos matadores, unos matan mejor que otros. Le contestó Amado.

—No sé si tendrás razón en lo que dices, puede que sí —le dijo Lamberto—. Pero conmigo no cuentes; creo que me tiene más cuidado vivir con alguna necesidad y conformarme con disfrutar de la vida con las cosas sencillas: Una conversación contigo con un vaso de vino en el Porrón, una caña de cerveza en El Botellón de Madrid o con cualquier otra cosa que me permita seguir viviendo tranquilamente, aunque sea con necesidades básicas no cubiertas y con algunas penurias consentidas, aunque no sea de buen grado; pues, la sarna, sea con gusto o sin gusto, siempre pica.

—No pasa nada, yo pensé que a lo mejor te interesaba para vivir con un poco más de alegría de la que vives; no pasa nada, como si no hubieras oído ni visto lo que has visto y oído. Ten además en cuenta, que esos hombres tan trajeados que tú has visto, son simples mandatarios comisionistas que cobran una comisión por cada transacción mercantil en la que actúan; y la comisión es el lubricante que engrasa los engranajes de la maquinaria del capitalismo y el mercado; la comisión es un derecho fundamental de todos los elegidos por la Diosa Fortuna del comercio; lo mismo que los intereses lo

son de los prestamistas y banqueros. Son derechos fundamentales basados en usos y costumbres ancestrales, como en otro tiempo lo fue la esclavitud. Como verás, no te estoy proponiendo nada que no esté formalmente instituido y cuyos beneficios no estén bendecidos por los dioses y los hombres; incluso los príncipes y reyes tienen derecho al cobro de comisiones mercantiles. Lo de cobrar comisiones y matar, viene a ser como lo de mear en la piscina, los hay que lo hacen con disimulo y a escondidas, y los hay que mean desde el trampolín como los reyes y marqueses. Además, quiero que sepas que tu amigo Sulaiman vino a Europa en busca de armas y de apoyos para su causa, apoyos y armas que encontró; pero no pasa nada, no pasa nada, olvídale todo —terminó el Mochuelo.

Lamberto le miró con la angustia que le producía el saber que estaba renunciando a un negocio productivo, ofrecido por una persona legal y de toda confianza; y dándole la mano, se despidieron con un, hasta pronto y hasta luego.

Le fue bien al Mochuelo con aquellos negocios bastante lucrativos, legales según él y según la opinión de todos los que de los mismos viven y vivían, hasta el punto de que comenzó a pensar en proyectos de matrimonio con María Gisela; y así lo comentó con Lamberto que les dio su parecer y su bendición como si fuera el padre de Gisela; pero, unos días antes de la boda, desapareció Amado y ya nadie lo volvió a ver.

Doña Rosa se enteró de la desaparición de Amado justo el día antes de la ceremonia; pues había pensado que su no asistencia a los preparativos nupciales en la Posada Rosada se debía a que no quería inquietar a su hija y para que esta no

entrara en un torbellino de nervios y sobresaltos, después de lo que había pasado con Abu; pero ante la inminencia de aquel día tan esperado para su hija y para ella, no tuvieron más remedio que contarle lo que estaba sucediendo, que era que el novio había desaparecido.

Acompañó Lamberto a María Gitsela a visitar todos aquellos lugares donde previsiblemente podía haber estado o podía haber sido visto Amado en los últimos días; trató de localizar a los trajeados de la reunión del Porrón sin ningún resultado positivo; se entrevistó María Gitsela con algunos conocidos que a su vez conocían a miembros de las más altas instancias judiciales del Estado; siempre con resultados negativos; nadie sabía nada de Amado, nadie le había visto, y todo apuntaba a que se encontraba en paradero desconocido.

Localizó Lamberto a su amigo Romano, por si él o alguno de sus compañeros hubiera oído algo sobre el paradero del Mochuelo; nada sabía Romano, pero quedaron en verse en unos días, por si de entre toda la gente que conocía, de distintas formas de vida, procedencia y condición social, pudiera obtener alguna noticia que les condujera hasta el Mochuelo.

Unos días más tarde, como habían acordado, se vieron un momento y le dijo que dejaran de buscar; que se había enterado, por alguien que lo sabía de buena tinta y de fuentes oficiales, que el Mochuelo había sido condenado a la desaparición eterna.

También le contó que él se había visto en varias ocasiones con Amado, y le había advertido de los graves peligros que corría en los negocios que había emprendido; pues, Amado, era un advenedizo en tales negocios y la gente que en ellos se movía era muy importante, poderosa y de mal perder; que

le había advertido de que las sociedades que se dedican a esos negocios son secretas y anónimas, y tienen sus propias normas y reglamentos que todos sus miembros tienen que cumplir, siendo la primera y principal: que una vez que se entra ya no se puede salir; y esta parece ser, según le han dicho, le informó Romano a Lamberto, ha sido la norma que Amado ha querido quebrantar.

Nada de todo esto le contó Lamberto a María Gisela, pero trató de convencerla de que se olvidara de Amado y dejara de buscar en esta vida.

Con la desaparición de Amado, otra vez María Gisela se refugió en la tristeza de sus propios pensamientos y recuerdos; retomó las conversaciones con Lamberto y las ocupaciones que nada tenían que ver con sus sueños y aspiraciones de codearse con personas influyentes: gente de alta costura y alta cocina, a los que algún día pretendía recibir y agasajar en el que sería el negocio hostelero más lujoso de Madrid: el Nuevo Palacio de Cristal.

Lamberto, por su parte, fue perdiendo la esperanza de encontrar un nuevo trabajo que no fuera para trabajar como un esclavo moderno, falso autónomo le llaman, pero esclavo al fin y al cabo, con jornadas agotadoras para ganar la reposición de las energías gastadas y poder subsistir; estado al que no quería doblegarse, después de haber luchado tanto tiempo por una dignidad que, con los trabajos que le ofrecían, nunca podría conseguir.

Desechó también la idea de montar el negocio de la taberna por ser un negocio que utilizaba mucho género perecedero y que requería muchas horas de trabajo; por lo que no le compensaría la ganancia obtenida con el tiempo empleado;

además, debido a la edad que tenía, no se veía escuchando sandeces todos los días sin poder decir nada al respecto por salvar la clientela.

Tampoco le entusiasmó la idea de dedicarse a la política y comenzar a vivir de vender humo a tontas y a locas para: locos y locas, tontos y tontas, necias y necios; y aún menos le entusiasmó integrarse en movimientos expropiatorios de bancos y fortunas; porque al final, ya fuera por infiltraciones indeseadas o por gastos inapropiados, todos sus integrantes acababan en prisión, lugar al que no quería volver después de sus experiencias anteriores.

Y así, como cuando llegó a Madrid, se encontraba nuevamente desubicado, sin más negocios que el trile de tres cartas y las apuestas del chito y el frontón; sin más hogar que la Posada Rosada y sin más familia que María Gisela y doña Rosa.

Y, además, como siempre había creído que algún día se haría la revolución y que, con el triunfo de la misma, habría vivienda para todos, nunca se había preocupado en tener una vivienda en propiedad donde poder pasar tranquilamente los últimos años de su vida. Por lo que, ahora, hace cuentas y más cuentas y le resulta imposible comprar una vivienda, por sus altos precios y los gastos e impuestos que tal operación conlleva y que son iguales para todos, según ha visto, lo mismo para el que compra la primera para vivir, como para el que compra la enésima para invertir y sacar altos rendimientos a su inversión; y en cuanto al arrendamiento se refiere, siempre llega a la conclusión de que le sale más económico seguir a pensión completa en la Posada Rosada que alquilar una habitación de mala muerte a precio de hotel de cinco estrellas.

Por otra parte, como una fina lluvia que no se siente pero cala lentamente dejándote la ropa tan empapada que la humedad y el frío te llega hasta los huesos, con el paso del tiempo y las historias que se han ido contando mutuamente, así como con las vivencias que la vida les ha ido deparando, se ha ido encariñando con María Gisela y doña Rosa y cada vez le cuesta más trabajo separarse de su lado; por lo que ha tomado una decisión que ha de marcar y unir sus vidas hasta que la muerte les invite a separarse.

Y, con el recuerdo del primer día en que se presentó en la Posada Rosada, se dirigió Lamberto a María Gistsela y doña Rosa y les planteó quedarse en la Posada Rosada para siempre, ocupando una sola habitación y sin levantarse de la cama.

Con los brazos caídos y cabizbajo caminó hasta la cocina donde se encontraban las dos preparando la comida del día y ordenando la compra que habían traído para todo el fin de semana; ambas quedaron sorprendidas de la presencia de Lamberto, pues no era persona que se prodigara en cuestiones de guisos, aparte de que doña Rosa marcaba de forma muy singular su territorio y no permitía que hombre alguno se inmiscuyera en su parcela culinaria. Mas al ver su grado de abatimiento, dejaron las cuestiones domésticas un momento, le pusieron un vaso de agua entre sus manos y le preguntaron por la razón que le traía y por la mala cara que tenía. Les explicó Lamberto sus razones y, acongojado les pidió quedarse encamado y en la Posada Rosada para siempre.

En un primer momento dudaron madre e hija en aceptar la proposición de Lamberto por los inconvenientes que la misma les pudiera acarrear; más analizados los pro y los contra de la misma, finalmente le dijeron que aceptarían la pro-

puesta si a cambio les dejaba disponer de la pensión de jubilación que hacía unos días le había sido reconocida y administrar los ahorros que tenía en la Caja de Ahorros y Pensiones, producto de algunos trabajos extraordinarios y de las ganancias obtenidas por las apuestas realizadas en el juego del chito y el frontón y que habían resultado sustanciosas.

Aceptó Lamberto tales condiciones con unos pequeños retoques que le permitieran estar sentado y no tumbado, en algunas ocasiones, y poder salir con la cama al patio en los días soleados que a él le apeteciera. Había pensado en la postura de sentado por si le diera por escribir algunas notas sobre cosas pasadas y futuras; y en salir al patio a tomar el sol, ya fuera sentado o tumbado, por su salud física y mental, pues no tenía ninguna duda, que la misma se deterioraría con el paso del tiempo y por el enclaustramiento contemplativo al que su cuerpo estaría sometido. Tendido ya en la cama, reflexionó durante algunos días sobre la clase de banco, bancada o mueble similar que le pudiera servir para poder estar sentado o tumbado, según le apeteciera, y que a su vez no causara ninguna distorsión o desmerecimiento en el mobiliario de la Posada Rosada. Puso en manos de María Gisela y Doña Rosa algunos papeles con dibujos que ellas le devolvieron dejando a su voluntad y total libertad la elección del que él entendiera que más favorecería su salud y bienestar.

Y siendo consciente Lamberto de que la decisión que había tomado era definitiva y sin retorno, aún tuvo algunos momentos de duda que le hacían flaquear su voluntad y le sumían en un sopor que le inquietaba; le preocupaba perder en algún momento el control de su consciencia y quedar tendido sobre la cama largo tiempo y sin moverse; aun así, siguió con su proyecto y no se dejó dominar por la incertidumbre y el desaliento.



La Coma calle Valdeyeros

Capítulo VIII

Donde se cuenta el inicio de la vida de encamado de Lamberto

Se lo han repartido todo
entre monárquicos y liberales
y a mí me han dejado huesos
para repelar su carne
y algún libro que roer
que me entretenga y me calme.

También recogidas del suelo estas letras y palabras, sirven como introducción de lo que será la nueva vida de Lamberto en la Posada Rosada.

Llamó Lamberto a un amigo carpintero y le mandó construir una banca como la que había visto en algunas ocasiones en una región de Castilla, bien llamada Campichuelo. Colocada en un rincón y muy cerca de la lumbre, solía servir de cama a pequeños y mayores; en casa de los campesinos, los ancianos y los niños solía tener preferencia para dormir acurrucados en tan privilegiado lugar: Los ancianos en los últimos años de su vida, por estar más cerca del fuego y

resguardados en un rincón de la cocina, y los niños, cuando dormían, mientras las mujeres hacían la comida de las personas y los animales, y las labores de la casa. Puso la banca Lamberto en un lateral de la habitación, al lado de la cama, para así, pasar de una a otra y poder estar sentado o tumbado, según le conviniera a su estado de ánimo y cuerpo.

Y para dejar las cosas claras y poniéndose en lo peor, pidió a María Gisela, que cuando las fuerzas le fueran flaqueando y él no pudiera tomar nota de los desvaríos que se le fueran ocurriendo, lo hiciera ella por él en un pequeño cuaderno que le ha dado.

Y fruto de las notas de Lamberto y de algunas páginas escritas por María Gisela por indicación de éste, más otras cosas que ella escribía por su cuenta y los papeles que encontró tirados bajo la cama y en el suelo, es la pequeña historia que ahora se cuenta del tiempo en que Lamberto estuvo encamado en la Posada Rosada.

Y así está escrito, unas cosas por Lamberto y otras por sus amigos:

1

“En otro tiempo, estando vivo y coleando el dictador Franco, cada mañana al ir a trabajar, tenía que pasar, por razón del trayecto más corto que tenía que seguir, bajo los enormes brazos de una Cruz de los Caídos que el Dictador Supremo y los vencedores de la última guerra civil habían levantado en todos los pueblos y capitales de provincia de España, para conmemorar su victoria sobre la República Española y la derrota de todos sus defensores y poetas.

Ahora, pasados más de cuarenta años de la muerte del Gran Dictador al que los ácratas llamaban el Sátrapa, todavía tengo que seguir pasando bajo los brazos de la misma Cruz de los Caídos que los vencedores de la guerra civil levantaron; y cada vez que paso, recuerdo un verso de la Antología Rota de uno de mis poetas preferidos: “Solo los republicanos españoles no tenían Dios”. Y no puedo dejar de recordar que aún sigue algún poeta bajo tierra, sin que su cuerpo se haya podido recobrar y republicanos enterrados en cunetas, en fosas comunes y tirados en barrancos, poetas con condenas sempiternas a los que elogian y homenajean algunos que aún defienden lo que hizo el dictador.

Y, al salir de la burbuja revolucionaria en la que he estado sumergido durante algún tiempo, he comenzado a ver y oír cosas que nunca había visto ni oído, o nunca había querido ver ni escuchar:

No había visto o no había querido ver que, muchos de todos aquellos republicanos que no tenían Dios y muchos de sus descendientes se habían convertido en fervientes católicos, apostólicos y romanos; asiduos a las procesiones, celebraciones del santoral y demás ritos religiosos.

No había visto o no había querido ver, que la mayoría de los mandatarios y líderes mundiales: políticos y religiosos; intelectuales y creadores de pensamiento teórico y práctico; todos ellos eran portadores del germen del anticomunismo. Todos ellos, desde que el fantasma del comunismo comenzó a recorrer Europa, unos por convicción y otros para autoafirmación y justificación de su forma de vida y sus creencias, fueron cayendo del caballo de la igualdad y dignidad de todos los seres humanos y quedaron ungidos e impregnados con el virus y la paranoia anticomunista: Todo lo que olía a comu-

nismo y socialismo debía ser destruido, debía ser erradicado de la faz de la tierra, todos los rojos comunistas debían ser exterminados; y con esa unción de los líderes en todos los estados, grandes y pequeños; en todas las cancillerías de la cultura de occidente, confesionales o laicas, comenzaron a elevarse oraciones a los dioses por la “Conversión de Rusia”, acompañadas del viejo grito de guerra: “Rusia delenda est”. Y así, desde la Revolución de Octubre hasta nuestros días, el grito se viene repitiendo, sin tener en cuenta que, demostrado y basado en la evidencia histórica, si no hubiera sido por Rusia, que derrotó a los alemanes en sus estepas y llegó hasta Berlín con sus ejércitos, Hitler, como Franco, hubiera gobernado Europa hasta que, de viejecito, hubiera fallecido; y ello, a buen seguro, con la anuencia y el beneplácito de todas las cancillerías europeas. Y nada importa que ya no haya comunistas, ni en los países que dicen que lo son; nada importa que, aunque sigan existiendo los partidos comunistas, ya no quede ningún comunista en el planeta tierra; imbuidos con esa obsesión y paranoia, ellos, los que mandan en el mundo y lo gobiernan, han seguido creando y desarrollando pensamiento guerrero y corrosivo que se ha ido convirtiendo y traduciendo en otros gritos similares: “antes musulmán que comunista, antes talibán que comunista; antes fascista o nazi que comunista; antes del sicariato dictador que comunista o socialista”. Y con estos gritos, principios y leyendas en las banderas y estandartes de sus ejércitos, han regado de guerras los desiertos de oriente y los pueblos de oriente y occidente, y de golpes de estado a muchas naciones de la llamada América Latina, sometiendo a sus pueblos al hambre y la miseria, mediante embargos económicos y toda clase de golpes perpetrados por las inteligencias militares; imponiendo la ley del embudo en todos los territorios y regiones de la tierra. Y si

alguien no está de acuerdo con el pensamiento dominante de la llamada cultura de occidente: “guerra, guerra, guerra; prisión permanente y exterminio”. Y así, los líderes del mundo van recorriendo la tierra dando patadas a todos los avisperos que se encuentran, sin saber que algún día serán devorados por las avispas que ellos han ayudado a crear y cultivar.

Ahora veo, no sin pena, que las primeras medidas que se adoptan siempre perjudican a los pobres y favorecen a los ricos: se abarata el despido de los trabajadores, se aumentan los años de cotización para tener derecho a una pensión, se obliga a los jubilados a pagar medicamentos, no hay vivienda ni trabajo para todos; se privatizan parte de la sanidad y la educación, y se proclama una Constitución que se ha convertido en un listado de derechos, sin existencia real, y muro de lamentaciones y peticiones imposibles en lo que a la vivienda y el trabajo digno se refiere.

La fiebre de la productividad se ha ido apoderando de los ministerios, fábricas y despachos: Todo lo que no sea productivo debe ser eliminado; todo lo que no sea rentable debe ser eliminado; todo lo que no produzca beneficios, incluidos los trabajadores, debe ser reconvertido mediante jubilaciones anticipadas y parados; y así, el mito de la productividad comenzó a producir riqueza y opulencia para unos y pobreza y miseria para otros.

A diario, vivo y siento cómo los medios de comunicación y los políticos intentan manipular mis emociones; cómo dicha manipulación se extiende a todos los seres vivos del planeta; criminalizan ideas que no entienden o no quieren entender; defienden y justifican matanzas y crímenes horrendos en nombre de la sacrosanta cultura de occidente; con frecuencia, abominan, critican y condenan al que es distinto: ya sea por

razón de su raza, género, sexo o pensamiento expresado; no dan ninguna oportunidad de defenderse al diferente, salvo que el diferente sea un dictador o una persona poderosa. Mienten sobre el terrorismo: Los terroristas de ayer hoy son nuestros amigos, los terroristas de ayer hoy están a nuestra mesa, los terroristas de ayer hoy son nuestros aliados, los terroristas de ayer hoy son compañeros de armas; mienten sobre las armas: mismos que las fabrican las usan y las venden; mienten sobre las guerras: los Poderosos las inician y las terminan cuando quieren. Mienten, mienten, mienten más que hablan, pues hasta con los gestos mienten. Y el mundo flota sobre un mar de mentiras. Pero como decía aquel, si hay que decir que la burra es buena, aunque no se tenga de pie, pues se dice; y si hay que creer que este es el mejor de los mundos posibles, pues se cree; a lo mejor, en eso consiste la felicidad y el bienestar del que tanto se habla, en creer que uno es libre y feliz por pronunciar a diario tales palabras.

No me quedan fuerzas para ir a tantas manifestaciones contra tantas e interminables guerras que asolan el planeta, siempre rodeado de gentes y amigables generaciones, definidas de la A a la Z en muchos medios, y a las que yo llamo paradójicas por su forma de vida en contraposición a las pretensiones que defienden: Para acabar con la contaminación viven contaminando, para acabar con el hambre organizan banquetes para ellos, para acabar con las guerras fabrican armas y enemigos, y así hasta el infinito en todos los aspectos de su vida. Cuando regreso de la manifestación, veo que son muchos los que se van disgregando y repartiendo por bares, cafeterías y tabernas para aliviar la sofoquina causada por tanta algarabía contra las guerras y la defensa del planeta que tanto quieren y al que maltratan con su forma de vida y sus

costumbres; mientras hablan y comentan sobre la salvación del planeta y sus guerras, degustan y se inflan con refrescos y otras bebidas gaseosas que se producen en los mismos países que fabrican las armas que mantienen las guerras contra las que no se cansan de protestar; los miro, pienso en quienes dominan y mandan en el mundo, y me siento desolado; en la última manifestación en la que estuve me dieron un panfleto que decía: “No seas ingenuo y reflexiona, mira quién manda y gobierna el mundo y, si eres una persona inteligente, saca tus propias conclusiones; si el emperador Nusa quisiera acabaría con todas las guerras en un instante; pero el emperador Nusa no quiere, el emperador Nusa es un guerrero, rodeado de pistoleros pendencieros y adoradores de las armas; y como no tienen historia que a ellos les pertenezca tienen que crearse una, imitando a los romanos, a los griegos y cruzados, sembrando el mundo de guerras, de sangre y de calaveras; siendo igual de belicosos y malvados los que aparejan al elefante como los que aparejan al burro, con solo una diferencia, los unos son lobos, lobos, y como tal se presentan, y los otros son lobos fieros que van con piel de cordero pero muerden como hienas; entran en otros países igual que en una cantina: con las pistolas al cinto y disparando sin tiento van sembrando el desconcierto allí por donde caminan; y si alguien lo pone en duda, que cuente los niños muertos, los ancianos y las niñas del pueblo de Palestina y que fueron masacrados cuando estaban en su tierra, en su pueblo y en sus casas, todos ellos inocentes y cuyo único pecado es vivir donde nacieron; y si aún sigue teniendo duda, que estudie un poco de historia y que lo mire en un mapa y se entere de quién manda y domina el mundo entero, de quien fabrica las bombas y de luego quién las tira y mata a tanta gente indefensa, a tanta gente inocente; y no te creas el cuento: la historia los juzgara. La

historia solo juzga a los perdedores, a los que pierden las guerras, y el tribunal lo componen solamente vencedores”. Me guardo el panfleto en el bolsillo y al levantar la mirada me veo otra vez perdido y caminando entre gentes que vuelven a sus casas reconfortados y en paz con ellos mismos, se sientan a la mesa y comen calentito mientras ven en directo la masacre de miles de mujeres y de niños sin que se les caiga ni una sola lágrima sobre el plato, ni a ellos ni a los del plató que retransmiten; con esta gente, pienso en mis adentros, nunca se podrá cambiar el mundo, con esta gente junto a la que me manifiesto, nunca se podrá hacer una revolución que defienda la igualdad y la ponga al mismo nivel que a la careada libertad. Los ideales son frágiles y volubles, los intereses son sólidos e inmutables, cada cual tiene los suyos y no intentes tocarles.

Buscando entre los papeles y la colección de panfletos que había recopilado Lamberto, en el anteriormente referido, hay también un añadido escrito con tinta roja en los márgenes y el reverso, y que este debió escribir en algún momento de aburrimiento y delirio:

Que bien nos lo pasamos
cuando nos manifestamos.

Que no tenemos vivienda,
Nos manifestamos.

Que hay un genocidio,
pues nos manifestamos,
nos vemos, nos saludamos,

nos reímos, nos besamos
 gritamos, vociferamos,
 tocamos la chirimía
 la dulzaina y el tambor.
 Luego, nos vamos a casa
 A comernos un morcón.
 Pedazo de invento ha sido
 la libertad de manifestación
 en el estado liberal.
 Ya han pasado aquellos tiempos
 de carrera y coscorrón,
 Tiempos crueles y malvados,
 de abrirnos la cabeza
 y de molernos a palos.

Reunidos los ministros de la santa inmigración, deliberan
 si es mejor traer esclavos o que vengan por su cuenta usando
 su libertad; y llegan a la conclusión, que es mejor que vengan
 solos, así nos ahorramos los portes, la comida y la pensión.

Pedazo invento el mercado
 y la democracia liberal,
 que transiten por las calles

y que coman libertad,
que aunque no es de alimento
produce ilusión y contento
y una gran satisfacción.

Y después de esta digresión sobre lo escrito por Lamberto en aquel panfleto que le habían dado en su última manifestación, volvemos a las razones que le apartaron del mundo y le llevaron a tomar tan drástica decisión. Siguiendo de su puño y letra:

“Cansado estoy de desayunar, comer y cenar, sintiendo en mi corazón y viendo en las pantallas: la sangre, la carne y los huesos destrozados de miles de niños y niñas inocentes; imágenes que me producen reflexiones torbellino que no puedo dejar de poner sobre papel, aunque sean comunes y a las que nadie de importancia haga caso ni interesen: Existen guerras porque existen fabricantes de armas; personas que las fabrican y las venden y personas que las compran y las usan; y, a pesar de las sandeces que hayan dicho y puedan decir todos los políticos y estúpidos que en el mundo han sido, sobre las leyes de la guerra, los que hacen las guerras solo tienen una ley y una norma principal, y ésta es siempre la misma: ganarlas, esa es la única ley verdadera de la guerra; y si alguien tiene alguna duda, convendría que preguntara a los habitantes de Hiroshima y Nagasaki, ahora que aún quedan algunos vivos, qué piensan ellos sobre las leyes de la guerra y sus resultados evidentes. No hay dinero para dar de comer a los hambrientos, pero siempre habrá todo el que sea necesario para guerras; y habrá guerras mientras haya gente que viva y se alimente de las mismas, ya sean políticos, ge-

nerales o soldados de remplazo o de fortuna; No quiero imaginarme lo que ocurrirá cuando los mercaderes de armas y los guerreros controlen el espacio y los planetas. Y perdido e inmerso en la esquizofrenia social que me rodea, no puedo estar gritando constantemente para que alguien me oiga y me comprenda, pues esos mismos que de vez en cuando se manifiestan me tendrían por loco y como tal me tratarían; y siendo todo esto lo que vivo y lo que siento, no puedo más y me retiro de este mundo.

Por lo que, habiendo terminado todos mis trabajos de tejer y destejer argumentos y propuestas de igualdad y libertad real; y no queriendo hacerme trampas a mí mismo jugando al solitario, ni hablar como la zorra con las uvas, diciendo que está verde todo aquello que con mi actividad revolucionaria me había planteado alcanzar y no he podido conseguir; y habiendo visto la realidad de las cosas, en cuanto a cuestiones y asuntos revolucionarios se refiere, he decidido quedarme en la cama el resto de mis días.

Esta forma de vivir que he elegido libremente, no hubiera sido posible sin la ayuda inestimable de dos mujeres que me han prestado parte de su tiempo y su cariño, para que yo pudiera hacer con mi tiempo y con mi cuerpo lo que buena-mente mi cerebro me pidiera.

Y no ha sido una decisión tomada a la ligera, y la he preferido a la de desaparecer del reino de los vivos como mi amigo el Mochuelo, el bueno del Amado”.

Poco más había dejado escrito Lamberto sobre el hecho de enclaustrarse, pero se sabe, por lo que había hablado en los últimos tiempos con Romano y este cuenta, que últimamente le consumía el cerebro la idea de que pudiera estar

equivocado en su lucha y defensa de un mundo más racional e igualitario; que quizá el mundo se movía por la irracionalidad, el engaño y el azar; por un individualismo excluyente y ramplón, y por la lógica del caos universal; y le atormentaba la duda de que pudieran tener razón todos los otros: Los que se creían que habían sido elegidos por los dioses con derecho a matar, arrasar y maltratar a los que no habían sido elegidos como ellos; los tratantes de mujeres y de esclavos; los traficantes de armas y mullidores de guerras; los racistas, supremacistas blancos y toda clase de acosadores y maltratadores; los acumuladores de riquezas y sembradores de hambre y pobreza para otros; los que se creen que vivirán eternamente y nunca morirán; y aunque siempre pensó que los otros no tenían razón, que la vida tenía que ser interpretada con la racionalidad y la lógica hasta ahora conocidas, veía que en la realidad se imponían diaria y universalmente los delirios de los otros. Y era tal la confusión que la realidad le producía, que también le llegó a confesar, que en algunas ocasiones se sentía un privilegiado porque aún estaba vivo, porque en aquellos aciagos años, de lucha y clandestinidad, no le habían pegado dos tiros, ni cortado la cabeza, ni arrancado el corazón inventándose un infarto. Que intentaba ser flexible y disfrutar de la vida, pero a veces no podía y el mundo se lo comía.

Y es que hasta llegó a pensar, según nos cuenta Romano, y así se lo hizo saber, en que si hacíamos la revolución y conseguíamos la igualdad real entre todos los seres humanos y acabábamos con las guerras, el hambre y la miseria; les robaríamos el cielo a todos aquellos solidarios que se lo vienen ganando con caridad y con limosnas; y no le parecía justo que dejáramos sin trabajo a tanta gente de bien; dejándoles

sin objeto y sin la razón de su ser, en esta vida y en otra; privándoles de la salvación eterna, salvación que tanto anhelan y por la que viven y se desvelan.

Por este y otros motivos no desistió de su idea de apartarse de este mundo que le atormentaba la cabeza sin dejarle descansar.

2

Aunque sin grandes dispendios y alegrías, comenzó disfrutando Lamberto de los placeres de aquellos que cada mañana reciben el desayuno en su habitación y en la cama; o de los de aquellos otros que no tienen que preocuparse de nada en esta vida: ni de ir al mercado ni de preparar la comida; pues a diario se la sirven sin que nada ni nadie lo impida. Pues cuando abren la despensa o el frigorífico miran, siempre están llenos de alimentos y bebidas que engullen tranquilamente, sin entrar en razonamientos de si son viandas que produce el propio frigorífico o de si alguien las ha llevado hasta allí después de grandes esfuerzos, interminables jornadas y muchas penurias diarias.

De inmediato se notó la ayuda de la prestación de jubilación de Lamberto en las compras que hacía doña Rosa para el acopio de las carnes y pescados que acompañaban a las patatas, legumbres y verduras en las principales comidas de la Posada Rosada. Ya no compraba cuarto y mitad de cada cosa, como hasta ahora, ni tenía en cuenta el precio de los productos que compraba; hasta un kilo o kilo y medio de carne o de pescado, llegaba a comprar en algunas ocasiones. Sustituyó la carne de caballo viejo por la de ternera tierna y cordero lechal; el chicharro por la merluza y, que cada vez que la co-

mían, se morían de risa del dicho popular de que: cuando un obrero comía merluza, o estaba malo el obrero o la merluza. Y, por respeto a las creencias religiosas de algunos huéspedes procedentes de África, nunca utilizaba doña Rosa carne de cerdo en la cocina.

Más pasados los primeros días de disfrute de la inactividad absoluta y cansado del acompañamiento del murmullo de la radio que se oía en la Posada Rosada durante todo el día y sin cesar, se fueron adueñando de Lamberto claros síntomas de aburrimiento; por lo que, para matar el tiempo y entretenerse, comenzó a iniciarse en la práctica de toda clase de éxtasis y levitaciones, tal y como había oído y leído que lo habían hecho algunos místicos y anacoretas en la antigüedad.

Al principio, al no dominar las técnicas de vuelo de los murciélagos o las golondrinas, que se manejan bien en los espacios pequeños y en la oscuridad, se daba porrazos contra las paredes y el techo, lo mismo que un gorrión prisionero en una jaula gigante y acosado por un gato desde fuera; pero, según fue cogiendo práctica en el vuelo y reposo de espíritu en el alma, comenzó a subir y bajar levitando desde la cama y caminado sobre el aire de la habitación, dando igual que estuviera a oscuras o con luces.

Poco a poco fue cogiendo práctica en el arte de volar sin alas ni motor, lo que le permitía permanecer suspendido entre el cielo y la tierra sin desgaste de energía alguna y tener ensañaciones que narraba en alta voz y que María Gisela iba anotando en la libreta, dando cuenta a Lamberto solamente de aquello que ella entendía le podría interesar y, sin saber, si lo que recitaba y decía era producto de su propia imaginación o versos de la Vida es Sueño que se sabía de memoria.

Alucinaba doña Rosa con los ejercicios de levitación de Lamberto, pues, desconocedora de la vida de los santos, no daba crédito a que una cosa así pudiera suceder y, con exclamaciones de asombro, fue pregonando la buena nueva por toda la ciudad: unos días en el mercado de Maravillas y otros en el rastro de Cascorro o en el rastrillo de Tetuán, o en cualquier otro sitio donde hubiera una persona que quisiera oírle.

Y según se fue corriendo la voz del estado de postración voluntaria de Lamberto comenzó a recibir toda clase de visitas: las primeras fueron de amigos y conocidos del barrio que se extrañaban de la decisión tomada y le cosían a preguntas sobre los más variados temas: desde, sobre si bebía vino y comía carne o se alimentaba solo de agua y vegetales; luego, de compañeros de lucha revolucionaria venidos a más o evolucionados a menos, según la posición adoptada ante la recién estrenada monarquía: unos por charlar con él sobre cosas pasadas y entretener el tiempo; otros, revolucionarios modernos, por si le interesaba integrarse en un nuevo movimiento negacionista que estaban creando: ni Dios ni Patria se llamaba el nuevo movimiento, según decían ellos, y le ofrecieron la presidencia del mismo, si se unía a ellos y aceptaba sus normas y principios, y al que, a partir de ese momento, denominarían Negacionistas Tumbados o Zumbados, según quisiera él; muy cortésmente declinó la invitación, lo mismo que hizo con unos uranistas que vinieron a preguntarle su opinión sobre su forma de vida y relaciones amorosas, y les dijo que cada uno viviera y amara como quisiera con tal que respetara la forma de vida y amor de los demás; vinieron estos acompañados por Isaac, un antiguo compañero de Lamberto, de la lucha y de las obras, y al que todos conocían por Violeta, que era el nombre por el que él quería que la llamaran; había

traído Violeta a sus amigos para que vieran que había personas que los respetaban y querían, aunque ella misma y en presencia de Lamberto tomó la palabra y les dijo: que la revolución debía ser por la igualdad total, seres humanos iguales en derechos y sin privilegio alguno, o no sería; sin quitar méritos por ello, a todo lo conseguido por el feminismo y demás movimientos de género en su lucha por la igualdad. Lucha siempre pacífica, sin violencia y sin armas, desde el día en que nació; terminó remarcando Violeta, todavía en presencia de Lamberto que le sonreía en señal de asentimiento, al tiempo que los uranistas comenzaron a salir de la habitación en orden y en silencio.

Hasta el Cerro de los Locos llegó la fama de las maravillas que hacía Lamberto, y también de allí vinieron algunos socios de las apuestas de los juegos del chito y el frontón, fiadores de su futuro a la suerte de toda clase de apuestas y juegos de azar, por ver si tenía alguna fórmula mágica o conocimiento sobre los movimientos de los números que les pudiera guiar a las combinaciones de la lotería primitiva, la más atractiva del momento; pues todos eran conscientes de que con las ganancias de las apuestas del chito y el frontón no llegarían muy lejos en la acumulación de riquezas y dinero que eran, según ellos, los que les darían bienestar.

Con las visitas de la gente más sencilla, como los vecinos del barrio y los que venían del Cerro de los Locos, se fue extendiendo la noticia, no se sabe si verdadera o falsa, de que Lamberto hacía milagros; que todos los que le visitaban salían totalmente reconfortados después de oír sus palabras, y que luego prosperaban si seguían sus consejos. De gente sencilla y normal se fueron formando grandes colas que permanecían impasibles día y noche esperando su turno para ser

agraciados con estar un instante de su vida en presencia de Lamberto.

Y lo que en un principio había sido pensado por Lamberto como un refugio de tranquilidad y de reposo, de la noche a la mañana, se transformó en un continuo trajín de idas y venidas de personal que no dejaban de interrumpir sus meditaciones y le devolvían a los recuerdos y desasosiegos de su anterior realidad. Más, a pesar del trasiego de personas y de las incomodidades que el mismo le producía, comenzó Lamberto a tomarle gusto a los nuevos acontecimientos y pensó que quizá la nueva situación le podría servir para dar a conocer todo aquello que había bullido en su cabeza y que hasta aquel momento no había servido para nada. Sobre la marcha, de forma espontánea y sin estrategia alguna, decidió iniciar otra nueva vida y que las cosas siguieran su curso natural hasta ver que le deparaba el futuro basado en recuerdos y en hechos ya pasados que conformarían un futuro desconocido y que aún tendría que venir. No comentó nada con María Gisela y doña Rosa sobre las transformaciones que en la Posada Rosada se estaban produciendo, como si en realidad nada le importara y nada ocurriera que mereciera la pena comentar; pues en principio, a doña Rosa, solo le importaba que la prestación de jubilación de Lamberto llegara todos los meses y con total regularidad a la tesorería de la Posada Rosada.

Acurrucado o sentado en la bancada o en la cama, pasaba largas horas repartiendo bendiciones a uno y otro lado de la habitación, mirando a todos con beatífica sonrisa e impartiendo alguna que otra doctrina resumida en palabras sueltas y de difícil comprensión, pero que todos los que las oían decían comprender y que cada uno interpretaba a su manera. Lo cierto y verdad era, que todos salían reconfortados des-

pués de contemplarle y que comenzaron a venir uno y otro día en busca de soluciones y confort.

Día tras día, fueron aumentando las grandes colas que se formaban a la entrada de la Posada Rosada y en los descampados cercanos a la misma, unas veces con gran recogimiento y en silencio, rumiando peticiones, y otras con gran alborozo por gracias conseguidas; las menos, con alboroto por la reprimenda que se producía contra aquellos que, con total morro y displicencia, intentaban colarse en las filas petitorias.

Para evitar reclamaciones, que hasta en lo regalado se producen, sembró doña Rosa las campas de avisos y recomendaciones: Puedes pedir lo que quieras, con necesidad o sin ella, pues contra el vicio de pedir, está la virtud de no dar; si te dan te lo mereces, si no te dan nada también; ya que pedir es un vicio y el no dar nada virtud.

Y así, entre vicios y virtudes, comenzó Lamberto su andadura de santón con complacencias de unos y, de otros, resignación.

Capítulo IX

La organización de las visitas y de algunos ilustres visitantes de Lamberto

Unos por oler y otros por encontrar argumentos para sus historias e ideales actuales, los menos por amistad, por allí comenzaron a pasar algunos conocidos de Lamberto que fueron considerados por doña Rosa como personajes ilustres o al menos usuarios de vestimentas de alta costura, que era lo que ella más admiraba en aquel tiempo y así se lo hizo notar a María Gisela para que dejara constancia de ello en su cuaderno, y así, en el apartado de visitantes ilustres, entre otros, constan: Crisóstomo Culiandro, hombre de letras y tertulias, que había cambiado la pistola por la pluma, entendía de todo y era conocido por el Grillo, por lo mucho que cantaba; Florencio Politicastro, marxista leninista reconvertido en liberal, dedicado a la política lucrativa y bien remunerada; Narciso el de los Laureles, conocido Marcatendencias, silencioso en privado y sembrador de bulos, disparates y mentiras en las redes sociales, defensor del arte efímero y del tangible monetario y que no suelta palabra sin cobrar y sin que haya una cámara delante grabando lo que dice; Zacarías el Pocero y Romano el Pírrico que casi siempre vienen juntos: Zacarías, el Pocero, amigo y compañero de Lamberto en importantes obras como las del metro, el Ministerio de Industria y Co-

mercio, que ellos llamaban MINCO y la Universidad Autónoma de Madrid, obra conocida simplemente por la Autónoma, se había hecho rico cribando mierda; Romano, conocido en las obras, desde el principio, por el Bigotes, que aún seguía en la lucha revolucionaria sin perder la esperanza de alcanzar todos sus objetivos, y al que Lamberto llamaba el Pírrico.

También están anotados como ilustres visitantes, aunque de menos importancia y de última hornada: Adán, el Adanista, al que todos conocían por el hombre que quería ser Cervantes, y su prometida Lisita; ambos eran conocidos youtubers-influencers que frecuentaban el barrio de casitas bajas donde estaba ubicada la Posada Rosada para hacer apostolado religioso entre los pobres y conseguir indulgencias plenarias para ganar el cielo.

Así, por lo que contaban los unos y los otros cuando de allí salían, poco a poco fue corriendo la voz y creciendo la fama de Lamberto como hombre sabio que había sido capaz de escapar del mundanal ruido, y que lo mismo tenía consejos para alcanzar la libertad absoluta y duradera, como para preparar unos callos, un bocadillo de gallinejas o un buen cocido madrileño en el que conseguía un caldo que tomado con un vasito de fino blanco resucitaba a un muerto.

Y viendo doña Rosa que las visitas a Lamberto se estaban convirtiendo en un acontecimiento de masas, trató con este y María Gisela sobre la posibilidad de poner una urna petitoria en la que los visitantes pudieran dejar algún donativo voluntario para el sostenimiento de las necesidades extraordinarias de Lamberto y para que cuantos vinieran a tan noble romería pudieran ser agasajados con toda clase de pastas, te de roca, menta poleo y vino dulce.

Nada opuso Lamberto a la medida, pues debido a la experiencia acumulada a lo largo de su vida se había convertido en una persona muy liberal en cuanto a dejar actuar a los demás en cuestiones y negocios terrenales. Más intuuyendo que su nueva forma de vivir y que sus palabras y ocurrencias pudieran ser objeto de chanza y burla por parte de algunas personas, fueran o no expertas en psicología y milagros, siguió trabajando en materia de éxtasis y levitaciones, ensayando día y noche, hasta conseguir una levitación perfecta: unas veces con los brazos extendidos y otras con figura de loto flotante.

De esta manera, con la inestimable ayuda de Lamberto, se fue gestando el negocio de doña Rosa que, de inmediato, puso en marcha una colecta de toda clase bienes, venta de souvenirs y regalos, y acopio de limosnas; y viendo los buenos resultados que tal emprendimiento producía, estuvo tentada en certificar como cierta la noticia de que Lamberto hacía milagros; pero, por respeto a Lamberto y a las personas que creían en los milagros, desechó tan venturosa idea; aunque era cierto el milagro de que la urna que habían puesto en la entrada de la Posada Rosada se llenaba a diario de billetes y monedas de curso legal.

María Gisela encontró una ocupación en la preparación y reparto de las pastas y licores y, una vez terminada la jornada, en el recuento de las monedas y billetes que al día siguiente llevaba al banco e ingresaba en la cuenta que crecía y crecía sin cesar; para el resto de las donaciones no dinerarias alquilaron una de las naves de la cerámica, ahora en desuso y abandonada, y allí fueron depositando toda clase de chucherías y alimentos que distribuían entre los más necesitados de entre los que allí acudían.

Mas, con el paso del tiempo, las romerías en busca de la sabiduría y los consejos de Lamberto se fueron convirtiendo en un auténtico guirigay en el que no había persona humana que se entendiera: todos hablaban, preguntaban y contestaban a la vez, cada cual interpretaba las palabras de Lamberto a su manera y los más avisados se fueron convirtiendo en videntes de las más variopintas teorías científicas y pseudo científicas, pregonando prodigios, vendiendo sustancias milagrosas para la salud y remedios para los males de amores y desamores; así como toda clase de hierbas y artilugios para infertilidades e impotencias.

Vio nuevamente doña Rosa que todo aquello era bueno para el negocio que ella regentaba y para el aumento de la recogida de las donaciones y la realización de todos demás trapicheos que ella había organizado y permitido por el interés general y el bien común. Vio también, que la confusión y el caos que producían la desorganización de las visitas y los follones y trifulcas que se producían en las colas podían poner en alerta a las autoridades del orden público y hacer peligrar sus ganancias; por lo que discurrió poner orden en tanto caos y confusión, y se puso a la tarea de buscar personal que le pudiera ayudar en tales menesteres. A falta de personas de mayor confianza, se entrevistó doña Rosa, por separado, con el dueño del bar El Botellón de Madrid, con su camarera Margarita, la Reina de Copas; con el campeón mundial del juego de la rana y con Silvestre el Vallecano que se encontraba en paro como siempre.

Y tras una pequeña asamblea deliberativa, convocada en estos términos por doña Rosa en El Botellón de Madrid, en la que explicó con todo género de detalles los pormenores del negocio y los ingentes beneficios que el mismo les repor-

taría, detallando las tareas principales para el buen funcionamiento de la empresa que emprendían; y al no producirse ninguna objeción al plan expuesto por doña Rosa, en el mismo acto los nombro a todos funcionarios de eventos, fijos discontinuos, de trabajo intermitente y sin carrera; detallando a continuación las tareas de las que tendría que responsabilizarse cada uno: Silvestre Vallecana, el Cinco Duros, se encargaría del aparcamiento de los coches y motos de los que con tales vehículos venían, habilitando para ello todos los descampados que rodeaban la cerámica el Mochuelo; el campeón del mundo del juego de la rana, de aspecto fiero y músculos de acero, de la organización de las colas de entrada a la Posada Rosada; el dueño del Botellón de Madrid y la Reina de Copas organizarían la intendencia de botellines de agua, latas de cerveza y bocadillos para los que esperaban en la cola y sus alrededores. A cada uno de ellos se le permitió establecer una tasa y un incremento del precio en los productos, y contratar y subcontratar a todos aquellos trabajadores que fueran necesarios, ya fuera como autónomos o por cuenta ajena o franquiciados, fórmula más de moda para exprimir el sudor ajeno; dando igual que fueran legales o ilegales, venidos de África o de América; para doña Rosa lo importante era que el sistema funcionara. Ella, como inspiradora de la idea y emprendedora del negocio, solo se quedaría con los donativos voluntarios dejados en la urna y en una especie de arca de gran tamaño que había tenido que poner como recipiente supletorio que sirviera de recolector de donativos, más el quince por ciento de todo lo recaudado: por el Cinco Duros, por el campeón del mundo del juego de la rana, la Reina de Copas y por el dueño del bar el Botellón de Madrid. Hubo algunas pequeñas desviaciones del proyecto inicial por parte del dueño del Botellón de Madrid y la Reina de Copas

que, debido a que con tanto trasiego y pluriempleo estaban perdiendo algunos beneficios del bar, quisieron montar por su cuenta un club de alterne con barra americana en otra de las naves abandonadas de la cerámica el Mochuelo; pero doña Rosa, siguiendo los consejos de Lamberto y de María Gisela, cortó dicho emprendimiento sin contemplaciones y de raíz; y a tal efecto les mandó un recado con el campeón del mundo del juego de la rana y el Cinco Duros para que desistieran y abandonaran de inmediato aquel negocio que, aunque hubiera sido legal, doña Rosa consideraba indecoroso e iba en contra de sus principios y, además, sus creencias religiosas no se lo permitían.

Y, una vez realizadas las primeras reuniones de orden y principios, para una mayor optimización de los recursos, juntamente con María Gisela y de acuerdo con Lamberto, organizó doña Rosa las visitas de consulta y petitorias, por días y por temas, reservando algunos días para los antiguos conocidos y compañeros de Lamberto para que pudieran pontificar y debatir sobre lo divino y lo humano sin ninguna cortapisa ni censura que les pudiera distraer de su misión de benefactores de la patria y salvadores del planeta tierra.

Dentro de este organigrama de visitas, una de las más esperadas por doña Rosa y que con más esmero preparaba, era la de Zacarías el Pocero; pues, eran conocidas las grandes donaciones que este hacía, en líquido monetario, para el bienestar de Lamberto y el buen funcionamiento del sistema de vida establecido en la Posada Rosada; ese día doña Rosa preparaba cuscús, aderezado con cordero, para que todos pudieran comer y disfrutar del banquete sin ningún impedimento religioso.

Hacía tiempo que era público y notorio que el Pocero se había hecho rico con toda clase de concesiones administrativas, con la obra pública y cribando mierda. Los nuevos y los viejos empresarios alabaron su astucia innovadora cuando le dieron la concesión de la explotación de las cafeterías de todos los entes públicos y de los campus universitarios de la ciudad. Apenas había tomado posesión de lo que ya consideraba sus dominios y con el recuerdo, todavía reciente, de los movimientos y la forma de vestir de Margarita en El Bote-lón de Madrid; lo primero que hizo fue despedir a todas las camareras que no quiso subrogar, a las que el llamó viejas, y contrató a jovencitas con cara virginal y las puso a trabajar con uniforme, en minifalda y gran escote, lo que produjo un gran encandilamiento entre los jóvenes universitarios y los no tan jóvenes, aumentando de forma significativa la cuenta de resultados de la empresa.

Y, además de esas innovaciones empresariales, todos conocían el milagro que había colmado de oro las cuentas corrientes de Zacarías el Pocero, porque, sin venir a cuento, él lo contaba en cuanto tenía ocasión y por boca de Lamberto cuando se encontraban juntos y él se lo pedía; se sentía orgulloso el Pocero de la fortuna amasada en poco tiempo y se inflaba como un pavo cada vez que Lamberto ponía voz a su buena ventura. Comenzaba Lamberto remontándose a una época en que los dos trabajaban en el subsuelo y alcantari-llado de la ciudad:

Cuenta Lamberto que una tarde, cuando estaban arreglando un colector de la zona norte de Madrid, en el barrio de Tetuán por más señas, entró un rayo de sol por la boca del pozo que se reflejó sobre el torrente de aguas residuales que corrían por el subsuelos de la ciudad; vieron con asombro

como las aguas brillaban como si de una cascada de oro se tratara, que tal era; así fue como descubrió que las aguas residuales arrastraban grandes cantidades de oro en polvo; y como era persona muy astuta y de grandes habilidades en toda clase de oficios y remedios, inventó un sofisticado artilugio que, mediante el completo cribado de las aguas que corrían por las alcantarillas, atrapaba y retenía el oro que flotaba diluido en el torrente; solicitó y le fue dada la concesión a perpetuidad del cribado de todas las aguas residuales de Madrid y así se hizo de oro para siempre.

Patentada la criba recolectora del preciado metal, amplió Zacarías el cribado del líquido elemento a otras ciudades del país y vendió dicho artilugio en todas las ferias y mercados del mundo y, como el rey Midas, convertía en oro toda el agua de alcantarilla que tocaba.

Y aunque la acumulación de riqueza y disposición de dinero en efectivo permitían a Zacarías y a los suyos disfrutar de toda clase de privilegios y placeres terrenales, no eran suficiente para saciar sus ansias de notoriedad y ascensión en el escalafón social, por lo que acudía a Lamberto en busca de consejos y consuelo; pues Lamberto era la única persona que le escuchaba y le trataba con la consideración y el respeto que el entendía que se merecía por su aportación, con sus emprendimientos empresariales, a la riqueza del país y bienestar de los obreros que vivían de sus empresas y franquicias.

Se quejaba a Lamberto de que solo le invitaban a los saraos políticos y besamanos regios para que, ya que estaba allí, controlara el servicio de catering y el buen estado de las alfombras del paseíllo expositor de vanidades que solía ser contratado con sus empresas.

Algunas veces lo confundían con sus obreros y le pedían les sirviera una copa de vino espumoso de la marca más publicitada, y otras le preguntaban por la familia política o de grandeza a la que él pertenecía o representaba:

—¿Y tú, de qué familia eres? Pregunta para la que él nunca tenía respuesta en aquel medio, pues estaba acostumbrado a contestar, sin remilgo alguno, a otra más sencilla y familiar:

— ¿Y tú de quién eres?

A la que él contestaba sin remilgos ni miramientos de clase alguna:

—De Periquillo, el hijo del Culo Roto y la Remedios; aunque el sabía que era más conocida por la Remendona, por los muchos rotos que tenía que remendar para que los hijos y el marido fueran bien aseados y con la ropa sin rotos ni sietes. Eran otros tiempos y estaba mal visto el ir con ropa rota o incluso con remiendos.

Y le comenta a Lamberto, que él sabe y es consciente de que si hubiera contestado eso en el Salón de los Pasos Encontrados y del Cuento de Nunca Acabar, las blancas sonrisas que por allí campean se hubieran transmutado en carcajadas sonoras que habrían llegado hasta las tertulias televisivas y reality shows con monumental recochineo de todos los presentes y bullicioso alboroto del pueblo en general; y se ha dado cuenta de que, quiera o no quiera, tiene que aprender a guardar las formas, pues las formas son muy importantes para los que viven bien.

Siempre que viene Zacarías, que suele ser los fines de semana y fiestas de guardar, trata Lamberto de convencerle para que desista de tales aspiraciones sociales; unas veces

utilizando argumentos plagiados de los que utilizan los que descienden de clase de alta costura y de tronío: como el color de la sangre y la historia de la ascendencia y de la herencia; y otras veces, tiene que rebajarse a utilizar argumentos más vulgares, como que era sabido, que la nobleza y los grandes de España, en lo que al vulgo y pueblo llano se refiere, solo tienen afinidad y empoderamiento con los negocios de los cuernos y la remonta: solo los negocios relacionados con los caballos y los toros son de su interés para un posible parentesco. Y sabiendo Lamberto que tales negocios no eran del interés de Zacarías, era por lo que le aconsejaba que desistiera de relacionarse y emparentar con los usuarios de la alta costura y la nobleza, y a menudo le decía:

—Ten cuidado Zacarías, no vayas a resbalar y darte de bruces contra el suelo o caigas en el foso de la incertidumbre, del: ¡que será de mí y de los míos el día de mañana!; pues puede ser, que tú y los tuyos volváis a morder el polvo de las necesidades y la miseria; es muy importante que sepas de dónde vienes y a donde puedes volver en cuanto se te llene la cabeza de grillos y dejes de tener los pies sobre la tierra, no te fíes de los grandes de España y su nobleza; su historia está llena de traiciones; ni te fíes de las altas burguesías de las distintas tierras y regiones, te venden por menos de un pimiento y te dejan en cueros aunque no tengan argumentos ni razones más allá de la defensa del terruño y de sus fueros.

Eran estos argumentos y la impotencia para verse encumbrado en la cima de las pasarelas de las levitas ilustradas y besamanos lo que hacía que el Pocero se sublevaara contra la lógica de Lamberto y para, aliviar su excitación, le contara algunas excentricidades con las que disfrutaba y del regodeo

que le producía cuando hablaba de ellas entre carcajadas y delirios de grandeza por su poderío económico. Era Zacarías, por su origen humilde, buena persona por naturaleza; pero de su trato con los liberales y patriotas de tronío, amigos de hacer negocios con las necesidades ajenas y también egoístas por naturaleza, había sido contagiado de un odio irracional hacia el pago de impuestos al Estado. Y le explica a Lambert, mientras este le escucha dormitando en la bancada, que cansado de oír y de ver que los ricos de tronío, los nuevos ricos y la gente guay y de éxito del país: artistas y deportistas de éxito, políticos, grandes empresarios y toda la ralea de lo que en los medios de comunicación se viene en llamar triunfadores: gente VIP, gente guapa e influyente; cansado de ver y de oír que todos ellos recorren y visitan despachos de asesores influyentes, que antes fueron ilustres inspectores de hacienda y abogados del Estado, para que optimicen sus ingresos y les libren, mediante ingeniería fiscal, artilugios contables y domicilios falsarios, del pago de tasas y de impuestos a las Comunidades y al Estado; decidió probar fortuna en tales lides defraudatorias; más no le fue bien, dice el Pocero, pues has de tener suerte de que no te pillen en el intento y de que tus asesores sean influyentes de verdad. Y le cuenta que poco a poco ha ido descubriendo que lo que no pagaba en impuestos lo pagaba en asesores influyentes; así que al final decidió que fueran los propios inspectores de hacienda, en activo y no en excedencia, los que le hicieran de oficio sus propias declaraciones y le comunicaran lo que tenía que pagar en impuestos y sanciones. Pues a diferencia de los liberales, patriotas de tronío y gente VIP de todas las especies, él, Zacarías el Pocero, nunca ha ocultado su fortuna ni ha mandado ni manda sus dineros al exilio; aunque ha decidido, como último acto de rebeldía inútil, no hacer pagos

voluntarios ni contestar resoluciones en las que los funcionarios de oficio le hacen la liquidación de los impuestos que tiene que pagar; y que para ello, le cuenta a Lamberto, tiene habilitada una cuenta corriente con la orden de cargar en la misma cuantas liquidaciones, embargos y ejecuciones dinerarias lleguen a su nombre, pues tiene el dinero por castigo y ninguna merma sustancial en su riqueza y bienestar le producen tales pagos de impuestos y recargos en fase de inspección o ejecutiva; y cuanto mayor sea el importe a pagar por los impuestos, mayor ha sido la ganancia y bienes obtenidos.

—Como puedes ver, amigo Lamberto, lo pago todo; no como otros, patriotas de charanga y bandera nacional en la muñeca y la solapa, que ocultan sus ingresos, sus bienes y fortuna; las comisiones por tratos y por obras; los pagos que reciben por preparar a opositores; lo que cobran por dar cursos y cursillos para optimizar los patrimonios y las rentas para no pagar impuestos; ni soy como esos que hacen pajaritas y aviones de papel con las resoluciones administrativas que reciben, pues cuando estas llegan, ya han puesto sus bienes a buen recaudo o han prescrito las infracciones y los delitos cometidos.

Se incorpora levemente Lamberto mientras escucha las últimas palabras de Zacarías el Pocero, y con un ojo abierto y el otro mirando en el interior de sus recuerdos, le contempla haciendo un gesto de encogimiento de hombros y apertura de ojos soñolientos, y le da algunos consejos que sabe que en nada afectarán a su amistad ni a las futuras aspiraciones y pretensiones del Pocero.

—Siempre me cuentas las mismas historias Zacarías; ya va siendo hora de que veas la realidad en la que vives, que te

olvides de tus pretensiones de grandeza y te conformes con poder administrar con tranquilidad tus bienes y disfrutar de los mismos; y líbrate de los buitres de la economía contemporánea; le contestaba Lamberto, ya cansado, una y otra vez, pues era recurrente entre ellos el mismo dialogo y melodía, como si de una cinta sin fin o de un disco rayado se tratara.

En esos ratos que pasaba con Lamberto, el Pocero se conformaba con hablar y con ver que Lamberto le escuchaba con respeto, con independencia de que estuviera tumbado mientras él hablaba, cosa que no conseguía en los mentideros políticos y sociales de altura, en los que pasaba el tiempo apartado en una orilla de los salones o perdido entre murmullos palaciegos.

La mayoría de los días en que venía de visita Zacarías quedaban reservados solo para él y para Romano, cuando, de forma espontánea, aparecía; pues así lo había establecido doña Rosa en el protocolo acordado con Lamberto. En alguno de esos días en que Romano sabía que Lamberto y Zacarías estaban solos, aparecía Romano cargado con una botella de vino tinto y unos aperitivos comprados en el Porrón o en algún otro de los bares de la zona que contaban con colmado de ultramarinos, de frutas y verduras. Eran momentos de alta reflexión, de grandes recuerdos y planificaciones de futuro con pocas esperanzas de mejora general; pero siempre colmados con la ilusión de verse juntos y una gran alegría por aquellos buenos ratos en paz y en armonía.

Lo contrario ocurría cuando venían y se reunían en tertulia el resto de amigos y compañeros de Lamberto o alguno de los nuevos: poca reflexión, poca lógica y coherencia en la argumentación y mucho hablar: bla, bla, bla; todos a la vez y

sin que hubiera forma de enterarse de los temas que se trataban: muchas preguntas sin respuestas, conjeturas sobre lo que pudo ser y no fue, sobre lo que querían que fuera y no podía ser. En estos términos y estado, cargados de razones y de gracias, acudían entre otros:

Adán, el Adanista, el que quería ser Cervantes, que viene siempre con su ordenador portátil y acompañado de su novia Lisita, una bella influenciér que escribe historias familiares de las que enganchan en las redes y las series, y se propagaban en los medios de comunicación igual que una tormenta.

Se presentó Adán, el primer día, como hijo del Marqués de Espantacorderos y de la Duquesa de Caganidos, ambos Grandes de España desde los Tercios de Flandes, gente bien que nunca había trabajado las tierras heredadas desde entonces y que vivían de las rentas que las mismas producían con el trabajo de otros.

Presentó a su novia Lisita como hija de un Barón Autonomico, demócrata de toda la vida y con un prometedor futuro en el campo de la nueva política nacida de los legados hereditarios del testamento político del último dictador que había gobernado España. Era Lisita una feminista de pro y se había enamorado del rubio natural y los ojos azules de Adán, que era un machista militante, de los de dos cojones; de los de un par de huevos pegados al culo como los leones; pero todos decían que, a pesar de la diversidad de caracteres, formaban una pareja perfecta y eran formidables en el apostolado seglar de los barrios pobres, donde se habían conocido.

Ambos, Adán y Lisita, vestían con apariencia de desaliño pero de marcas caras; y, sin problemas de vivienda por su clase social y por herencia, vivían en Mirasierra, al otro lado

de la carretera de la playa; y acudían a los barrios pobres de la zona norte de Madrid para hacer apostolado, ganar el cielo y sentirse bien con ellos mismos; así fue, por el apostolado, como conocieron la Posada Rosada y supieron de Lamberto y su estado de voluntaria postración; pero sobre todo, acudían allí, para ver las levitaciones, cuando descubrieron que era verdad que las había, para grabarlas y ponerlas en todas las redes sociales de internet en las que tenían cuenta.

Muchas veces, mientras los otros hablan, se dedica Adán a ir sacando de internet toda clase de historias que corta y pega siguiendo el orden y preferencia del que suma más veces el, me gusta, y devuelve aquel refrito nuevamente a la red que lo hace viral en un momento; pues todos los me gustas anteriores se ven reflejados en el nuevo revuelto literario y se sienten parte de una historia escrita que compran y venden sin cesar.

Viene también, de vez en cuando, Florencio Politicastro, al que Lamberto, según el momento y proceda, llama: El Conseguidor, El Arrancaviñas Fulero y El Arrancacepas, y que conocía a Lamberto de reuniones clandestinas contra la dictadura y que, desde que la democracia existe, ocupa un alto cargo en un Ministerio de los que se denominan de importancia y alto calado, y ha montado, junto con familiares y personas interpuestas, una consultora para conseguir subvenciones y hacer negocios con todas las Administraciones Públicas; se ha hecho rico, multimillonario, aprovechando todas las subvenciones de la PAC, comprando y vendiendo derechos y arrancando y plantando viñedos: Arrancando cuando se subvencionaba el arrancar y plantando cuando se subvencionaba el plantar; y ha conseguido, también, grandes plusvalías y comisiones vendiendo y recomprando Empresas

Públicas: vendiéndolas cuando había que venderlas, para ganar dinero él y sus amigos, y recomprándolas cuando había que recomprarlas, para volver a ganar dinero él y sus amigos. Partidario de la máxima: “al que tiene mucho, se le dará más, y al que tiene poco, lo poco que tiene se le quitará”; es defensor de dar subvenciones a los negocios privados y enemigo de las ayudas y subsidios a los pobres y necesitados que propone suprimir de un plumazo: tanto los subsidios, como a los pobres y necesitados. Comenzó a venir Politicastro en coche oficial y con escolta; el coche lo dejaba al cuidado del Cinco Duros, y los escoltas solían entretenerse jugando a las cartas o apostando al juego de la rana en los bares más cercanos a la Posada Rosada. Politicastro se había enterado del estado de postración voluntaria de Lamberto en las comidillas de lentejas y los banquetes de la Asociación de Antiguos Antifranquistas Liberados; asociación que ahora, además de parir ideas políticas y ejecutar las que pueden, coloca a sus socios, como asesores, en las más altas instancias del gobierno, y se dedica a elaborar y fabricar pensamiento tóxico y adhesivo, y a controlar cualquier movimiento de disidencia que se pudiera producir contra el sistema, tanto contra el sistema de funcionamiento del partido, como contra el Estado de la Nación y de la Patria.

Menos, pero algunas veces, también suelen venir a las tertulias, Crisóstomo Culiandro y Narciso el de los Laureles, más conocido por el Marcatendencias, que acudían, más para exhibir lo último que habían escrito o creado, que para hacer compañía a Lamberto y escuchar sus intervenciones y las largas peroratas de Politicastro y de Romano el Pírrico.

Dice Lamberto, que a Narciso el de los Laureles, el Marcatendencias, se le habían abierto los cielos de la fama artís-

tica y el bienestar terrenal el día que se le olvidó recoger una pala clavada en una carretilla de hormigón, pala y carretilla quedaron unidas con una adhesión imposible de romper, con juego de sombras difíciles de interpretar y misterios por descubrir, y que Narciso transformó hábilmente en una sublime obra de arte, ensalzada por todos los críticos y los medios de comunicación del momento. A partir de aquella revelación artística se le abrieron los cielos y comenzó a llover dinero sobre sus limpias manos que transformaban en arte todo aquello que tocaban.

Le regaló Narciso a Lamberto una fotografía de aquella maravilla, su primera obra de arte, pues su reproducción había sido declarada irrepetible por ser producto de un genio y de un milagro del azar; y aunque Lamberto nunca había entendido el porqué de aquel milagro, ni la extraña razón por la que aquella cosa había sido considerada una obra de arte, no dudó en colgarla en la pared de enfrente de la cabecera de la cama, a los pies de la misma, de tal forma que con solo levantar la mirada, aún sin abrir los ojos, le permitía, en los momentos de soledad y silencio, recordar viejos tiempos de lucha e ilusión, lo cual hacía más llevadero el paso de las horas cuando no había nadie ni nada que distrajera su atención.

Se esmeraba doña Rosa en los cuidados del cuerpo de Lamberto, aseándolo cuando él lo requería, procurando que las sábanas y ropa estuvieran siempre limpias, y cribando a todos aquellos visitantes que pudieran resultar molestos con sus gestos y palabras; mas, a pesar de los esfuerzos organizadores de María Gisela y doña Rosa, nuevamente, las tertulias con los antiguos amigos y compañeros de Lamberto se fueron complicando y cada vez se parecían más a las contro-

versias políticas y a los reality shows de las televisiones que más éxito tenían entre las clases populares y más desasosiego le producían a Lamberto:

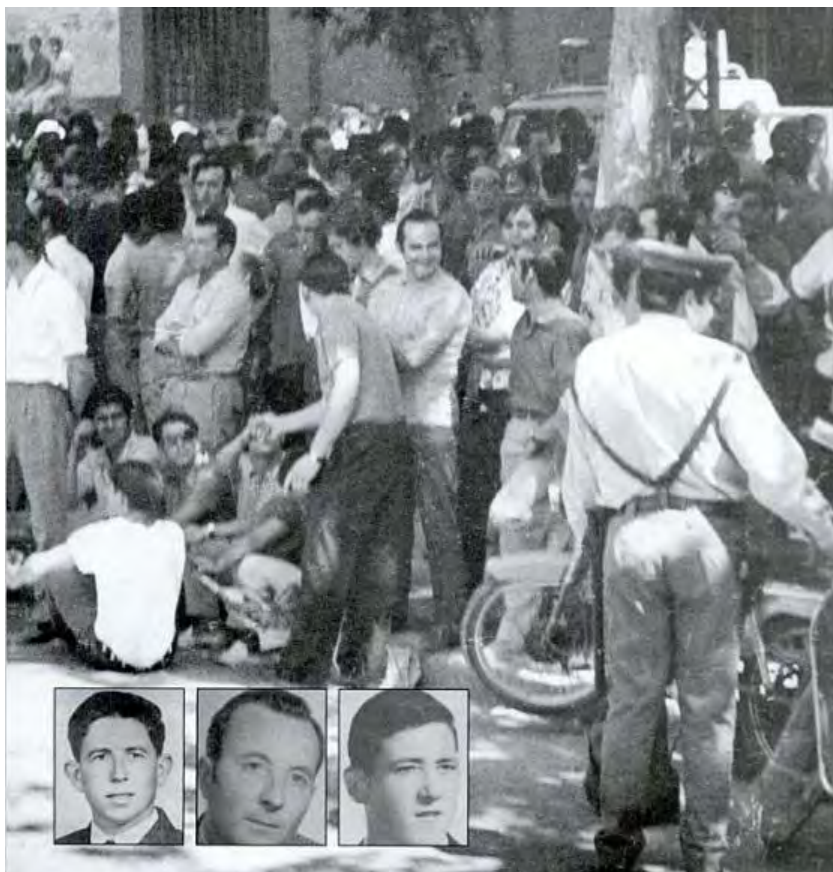
Todos hablaban a la vez, todos hablaban en voz alta convirtiendo los diálogos en un auténtico gallinero, como si de políticos y pseudosabios se tratara; hasta tal punto llegó la confusión en los debates, que un día irrumpió Crisóstomo Culiandro en la habitación donde el debate se celebraba, vociferando que había visto un buey o un asno volando, no sabía con certeza lo que era, decía voz en grito; y aunque casi todos sabían que los bueyes y los asnos no volaban por sus propios méritos y medios, casi todos, excepto Lamberto, salieron a la puerta de la Posada Rosada para ver el prodigio que el recién llegado les anunciaba; y desde aquel momento la discusión y las intervenciones se mudaron y comenzaron a tratar sobre el vuelo de los bueyes y los asnos, alcanzando tal grado de altura intelectual que hasta los más sensatos llegaron a dudar de que tales prodigios no pudieran ocurrir.

Debido a este efecto gallinero que tales acontecimientos y discusiones producían, nuevamente comenzó a quebrarse la paz de espíritu de Lamberto y a apoderarse del mismo un estado de excitación y zozobra tal, que le reproducían los mismos síntomas y malestar que le habían llevado al encastamiento inicial, al tiempo que la falta de concentración le hacía perder habilidades de éxtasis y levitación; por lo que determinó poner fin a tal guirigay; y con la ayuda de María Gitsela elaboró otras normas adicionales para moderar los diálogos, los temas a tratar y los días en que todos los que quisieran pudieran acudir, pero sin que ningún día se pudiera sobrepasar de cinco el número de personas a intervenir en los debates, siempre que se trataran temas de envidia y de pro-

vecho, pues sabía desde antiguo y por lecturas, que es imposible, que en un debate intelectual de más de cinco, se pueda conseguir alguna claridad. Y así, bajo su beatífica moderación y siguiendo esas normas, reconvirtieron las tertulias y debates en algo entendible y audible y, aunque en algún momento se produjeron conatos de violencia verbal, supo Lamberto reconducir la situación a estados de sosiego y reflexión.

Al mismo tiempo, y debido a que la afluencia de gente era cada día mayor, solo para oír y contemplar, habilitaron otra de las naves abandonadas de la cerámica el Mochuelo y la transformaron en un templo de nueva filosofía al que llevaban a Lamberto desde su habitación, postrado en la banca o en la cama, según él indicara o procediera de acuerdo con su estado de ánimo y razón, y una vez allí, con solo unas palabras y pequeños gestos manuales, los consolaba a todos y todos volvían a sus casas con rostros alegres y espíritus calmados.

Con las nuevas normas recobró Lamberto la tranquilidad en su cuerpo y en su alma y reinició la vida contemplativa que él había elegido libremente. María Gitsela siguió anotando en su cuaderno las intervenciones más destacadas sobre los más variados temas, así como aquellos hechos y observaciones que según Lamberto pudieran ser de interés general; redactando una especie de actas que daban fe de todo ello.



1970 Huelga construcción en Granada, con tres muertos

Capítulo X

Lo que se recoge en algunas de las actas levantadas por María Gisela

Ninguna pega puso doña Rosa a las nuevas normas introducidas por su hija y por Lamberto con tal de que no faltara a sus citas Zacarías el Pocero que no ponía límites a sus donaciones y la cuantía de las mismas para garantizar el bienestar de su amigo Lamberto y el de la totalidad de los huéspedes de la Posada Rosada.

Cada una de las actas levantadas por María Gisela y que han sido transcritas en la presente historia, aunque no lo han sido todas ni todo lo que en ellas se cuenta, es un buen reflejo de la realidad y dan fe de cuanto se dijo, se vio y se vivió en la Posada Rosada durante el periodo de tiempo al que las mismas se refieren, siempre relacionado con la vida de Lamberto; y no hay, por tanto, indicio de falsedad alguna en lo contado: ni en los dichos ni en los hechos. Empiezan casi todas, como cualquier otro encuentro ordinario de la vida, con una pequeña introducción sobre el tiempo que hacía en aquel barrio de Madrid; se da cuenta, también, sobre los asistentes más ilustres que habían acudido a cada uno de aquellos cenáculos, coloquios o tertulias; se reflejan algunos de los temas tratados y a tratar, y se recogen las normas por las que

se han regir todas las intervenciones. Introducciones que, en lo que al tiempo y a otras cosas más habituales se refiere, han sido suprimidas en su mayoría para no hacer esta historia interminable; comenzando la primera de esta manera tan de primaria y tan sencilla:

El barrio huele a barro y a tierra mojada; las calles sin asfaltar se han convertido en un gran lodazal. Los asistentes han venido encapuchados y cubiertos con pasamontañas y se sacuden los copos de nieve al entrar en la Posada Rosada. Doña Rosa los recibe con un vaso de vino caliente y un caldito de gallina con verduras, unas pastas de anís y un porrón con aguardiente para los que quieran matar el gusanillo. Todos se han sentado en la parte trasera de la cama cubriendo los dos laterales y mirando hacia Lamberto; este levanta la mano para ordenar silencio y comienza a impartir las primeras normas del coloquio de los vivos; primeras reglas, que en algunas ocasiones no se van a cumplir, y que ha ido desgranando lentamente mientras mira con atención la expresión del rostro de los presentes y los gestos que hacen según van oyendo las palabras de Lamberto:

1—No quiero que las tertulias se conviertan en un comentario de texto sobre la última estupidez pregonada y propagada por las redes sociales y amplificadas exponencialmente, hasta el infinito, por los medios de comunicación audiovisuales más populares: radio y televisión. Aún no había terminado Lamberto de comunicar el contenido de esta norma, cuando ya estaba levantando la mano Adán que quería intervenir, por una cuestión de orden, para mostrar su desacuerdo con esta primera imposición que limitaba su libertad y le privaba de sus fuentes primigenias y que le mantenían siempre

en el candelero o candelabro de la más reciente actualidad, fuera cierto o falso lo que allí leía; y eran tantos los espavientos y gruñidos que Adán, el Adanista, hacía, que Lamberto le cortó en seco, sin dejarle intervenir; pues con la cuestión de orden, era costumbre del Adanista introducir en el debate un gran desorden que duraba varias horas cada vez que lo intentaba, y sin que al final se lograra ninguna solución sobre la cuestión introducida; por lo que, en aquel momento en que Lamberto intentaba introducir un poco de orden en los debates, le supo a cuerno quemado la intervención de Adán y salto como un resorte, igual que una fina espiral metálica que al forzarla se acaba de romper:

—Que se calle el hombre clip -dijo Lamberto dirigiéndose al Adanista-. Que se desenganche de las pantallas y de los estímulos que le vienen de la red, si quiere participar en el debate; aquí nos juntamos para reflexionar con nuestro cerebro, sin estímulos exteriores que nos puedan manipular en un instante con noticias falsas o sombras cavernarias.

—Que se calle, que se calle -gritó alguno de los asistentes, mirando al Adanista.

Lamberto, recompuso la colcha que se había escurrido hacía un lado de la cama y dándole a María Gisela el papel en el que las normas estaban escritas, y que él no había utilizado porque se las sabía de memoria, le pidió a María Gisela que prosiguiera y las leyera; un poco desconcertada quedó María Gisela, pues nunca había intervenido en estas reuniones, salvo el hecho de tomar notas y apuntar en la libreta; pero, aun así, reconfortada con la confianza que Lamberto le mostraba, cogió el papel con una de sus manos y comenzó a leer:

2—Las intervenciones han de ser todas a título personal, sin que nadie pueda arrogarse una representación que no tiene, ni hablar en plural o nombre de otros con las expresiones: “todo el mundo dice”, “todo el mundo sabe”, “todo el mundo hace”; “todos dicen”, “todos saben”, “todos hacen”; “todos sabemos”, “todos pensamos”; “todos los que son buenos y honrados, saben, dicen y hacen”. Todas estas expresiones quedarán proscritas en los debates que en esta santa posada se produzcan; porque todas esas expresiones no se ajustan a la realidad de la vida y de las cosas, son falsas y son, casi siempre, un insulto para el que escucha y no está de acuerdo con lo que el que habla dice.

3—Siempre hay que contestar a las preguntas que se hagan, no valen excusas de asuntos personales, como: que mi religión me lo prohíbe o que lo políticamente correcto no me lo permite, o contestar a una pregunta con otra pregunta o con insultos.

4—Las citas de autoridad han de ser siempre literales y nunca interpretativas de lo que alguien dijo o dejó de decir.

Y estas, además de otras de menor importancia, son las normas que Lamberto impuso para participar en los debates; normas, que como es natural, casi nadie respetaba y que todos, de continuo se saltaban.

Doña Rosa, por su parte, siempre se mantuvo al margen de lo que ella llamaba elucubraciones y majaderías de desocupados aburridos y, aunque aquellas reuniones le producían un cierto malestar en su ánimo y conciencia, las soportaba por los beneficios que, a diario, le reportaban.

También está escrito y así se cuenta en algunas de las actas, que con el paso del tiempo y los entrenamientos, había

alcanzado Lamberto tal grado de habilidad y maestría en el arte de los éxtasis y levitaciones, que ya se mantenía en el aire sin esfuerzo y casi sin necesidad de concentrarse para ello, tal y como se refleja en una de las actas que María Gisela transcribió y en la que se cuenta lo que sigue:

“Aún no habían entrado todos en la habitación en la que se encontraba Lamberto cuando este comenzó a levitar sobre la cama y a mantenerse sentado en el aire, adoptando una postura del loto penitente, mientras de su boca salían las más variadas palabras que, unidas unas a otras como las perlas de un collar, formaban un soliloquio que sonaba como un murmullo y se oía con claridad de esta manera:

—“Aquí me tenéis sentado sobre el aire y vuestro aliento, quiero contaros lo que he visto y lo que ahora veo, quiero que tengáis conocimiento de los últimos acontecimientos ocurridos en mi vida, que son ciertos: anoche, mientras dormía, vinieron a visitarme unos habitantes ultrasolares, ellos mismos se presentaron como Darwinianos, pues venían de un planeta llamado Darwinia y que estaba más allá del sistema solar que conocemos. Me dijeron que su planeta era de la misma naturaleza que la Tierra, aunque sus conocimientos eran muchos más avanzados que los nuestros, entendían y hablaban todos los idiomas del universo conocido, y tenían poderes para conseguir la invisibilidad y la migración de los cuerpos y las almas con solo un chasquido de los dedos.

Su aspecto físico es absolutamente igual que el nuestro, hasta el punto de que pueden intercambiarse por cualquiera, sin que ninguno de nosotros los pueda distinguir, incluso yo, o cualquiera de vosotros, podría ser uno de ellos.

Me hicieron volar sobre nubes oscuras y claridades meridianas; anduve entre nieblas y escalé desfiladeros y montañas; me dijeron que estaban aquí y allí; me hicieron ver tiempos pasados ya casi olvidados y me dieron soluciones a problemas reales que solo en los sueños se pueden resolver.

Me dijeron que habían venido con una misión especial a nuestro planeta para castigar a unos seres inhumanos a los que ellos denominaban Infraseres de la Luz y las Tinieblas y que desde tiempo inmemorial dominaban y subyugaban a los seres humanos de la Tierra; me dijeron que esos Infraseres no son bichos, ni zombis, ni vampiros, ni animales que hablan, ni reptiles o lagartos reconvertidos en personas, todos ellos, seres inventados que no existen. Me dijeron que estos Infraseres son brillantes, por eso les llaman de la Luz, y que, por nacimiento o por herencia, tienen poderes superiores que les permiten dominar a los demás, que son los que viven ciegos y en tinieblas; por eso son seres de la Luz y dueños de las Tinieblas. Me dijeron, los tales darvinianos, que siendo su misión de castigo, querían que sirviera para que algunos de los que viven ciegos y en tinieblas pudieran entender de donde le vienen los males a los habitantes de la Tierra; y que habían venido a secuestrar a la Presidenta del Banco Mundial, al Presidente del Banco Central Europeo y al Presidente y a la Vicepresidenta del Fondo Monetario Internacional; a todos ellos, junto a los expertos que cada día les orientan y asesoran en sus planes económicos y sociales.

Veo, ahora mismo, cómo los montan en una furgoneta, de esas que utilizan las empresas de la construcción para transportar diariamente a los obreros, y los llevan por el aire a las afueras de una gran ciudad, a uno de esos barrios donde viven multitudes de gentes mal alimentadas, mal vestidas y sin nin-

guna clase de servicios de los que las personas instruidas llaman esenciales. Sin futuro.

A uno y otro lado de la carretera que les conduce a su destino, se ven blancos y negros que viven en chabolas de latas, cartones y tablones de madera aglomerada y desechos de las obras de los alrededores.

Estoy viendo como llegan a una antigua casa solariega con muchos ventanales y rodeada de un amplio jardín con aspecto de estar abandonado. Los bajan del vehículo uno tras otro y los conducen en hilera hasta introducirlos en la casa por un amplio portalón; los llevan a un amplio salón con frescos y tapices desconchados que habían sido dejados por su escaso valor pictórico y cara restauración; los sientan en unas sillas de postín, ya destartaladas, y les explican la prueba a la que serán sometidos, que será retransmitida en vivo y en directo, y para cuyo experimento habían sido llevados hasta allí.

Les dan detalles sobre el contenido de la experiencia por la que tendrán que pasar si quieren sobrevivir y volver de nuevo a su vida de liberales ejemplares: oigo como les dicen que a partir de aquel momento tendrán que vivir en aquel carserón abandonado, tendrán que convivir los cuatro como si de una unidad familiar se tratara y con unos ingresos iguales, y en algunos casos inferiores, al Salario Mínimo Interprofesional que ellos quieran elegir de cualquiera de los países a los que ellos prestan dinero y asesoran en cuestiones económicas y monetarias; solo quieren que prueben la medicina que ellos recetan para otros. Estoy viendo, en vivo y en directo, la cara de asombro de los cuatro que no paran de hacer guiños y muecas de incredulidad, al tiempo que el miedo a un futuro incierto se ve reflejado en sus miradas y en sus ros-

tros. Entiendo, dice Lamberto, que es el miedo a un futuro que ellos, por primera vez en su vida, no pueden controlar”.

Alguien hizo un gran ruido al saltar desde una de las sillas que rodeaban la cama y sobre la que estaba sentado, al ver que se le acercaban unas ratas que habían entrado en la habitación desde el arroyo y al sentir que su silla también se movía y comenzaba a levitar, lo que provocó que Lamberto saliera del trance en ese instante y cayera desplomado sobre la cama todo lo largo que era y quedara sobre la misma con los brazos en cruz y desmadejado. Según cayó se quedó dormido y, aquel día, ya no hubo tiempo para ruegos ni preguntas, a pesar de que todos los asistentes tenían la mano levantada, unos la derecha y otros la izquierda.

Fueron saliendo poco a poco y en silencio y, ya en la calle, todos se iban quedando un tanto pasmados, según se iban enterando, por los medios y las redes, de que era cierta la noticia del secuestro.

Pasaron los días y nadie reivindicaba el secuestro ni pedían rescate alguno por la liberación de tan ilustres personajes, por lo que la policía andaba cada vez más perdida, y se vio en la necesidad de llamar a consejo a todos los detectives del arco literario que nunca fallaban en sus hipótesis y conjeturas sobre famosos criminales, pero que en esta ocasión no daban con el móvil del secuestro ni con la solución del problema. Una y otra vez se reunieron y se volvieron a reunir sin saber por dónde tirar ni a donde ir, y todos se quejaban de que les faltaba un guión preestablecido que los llevara directamente al desenlace con la inmediata detención de los culpables.

Finalmente, las visiones de Lamberto llegaron a oídos de la policía, la científica y la patriótica; a los detectives de tro-

nío, de series y de novelas; todos a una vinieron con pipas y gabardinas, registraron la vivienda por delante y por detrás, miraron en el arroyo, desmontaron la cocina, por ver si de allí partía un túnel que llegara a la cerámica y en algún horno en desuso estaban los retenidos.

Y volvieron varias veces a interrogar a Lamberto aquellos sabios inspectores y sagaces detectives, pero Lamberto ya no conseguía entrar en trance y todo lo que veía era borroso; una suma de sobresaltos y de instantes engañosos; perplejidades contradictorias y paradójicas visiones. Contaba que se veía a él mismo sirviendo a aquellos señores y señoras bajo las órdenes de Romano el Pírrico que, adornado con vestimenta y modales de mayordomo anglosajón, daba órdenes a diestro y siniestro para halagar a tan ilustres señorías y dirigentes sin par.

Lo último que ha contado y que de forma lúcida repite, es que dice que ha visto a las cuatro eminencias y sus asesores haciendo cuentas y pequeños apartijos de alimentos y dinero para vivir con holgura, y elucubrando sobre en qué invertirían el sobrante una vez descontados los gastos necesarios para vivir dignamente; ve que ponen cara de asombro mientras repasan las sumas y las restas, rodeados de restos de basura y paredes desconchadas por la humedad. Y como los Darwinianos han visto que los secuestrados no tenían propósito de enmienda; metidos en una nave, de esas que llaman nodrizas, los han mandado al espacio y por él andan vagando, sin parar, repartiéndose los cuartos y los bienes, también, sin parar a descansar en el reparto: para mí este medio queso y para tí esta morcilla, ella que se quede el pan y el otro la mantequilla, y con todo lo que sobra y el resto de calderilla lo invertimos en la bolsa y nos irá de maravilla; quien venga detrás que

arreé y que se busque la vida; y así andan dando vueltas cada noche y cada día, y son felices contando el dinero y repartiéndose alegrías. Y ya han sido remplazados en la radio y en la tele; ya nadie se acuerda de ellos, y allí, para la eternidad, han quedado abandonados al dejar de ser noticia.

Después de aquellos acontecimientos narrados por Lamberto, este se había dado cuenta de que los Darwinianos habían terminado con su misión y le habían dejado sin poderes para seguir viendo a gran distancia y el futuro con claridad. Y aunque los medios de comunicación, los detectives y la policía científica quisieron seguir interviniendo en su cerebro y sus recuerdos, sometiéndolo a un rosario de preguntas y repreguntas, Lamberto se quedaba siempre dormido y por más que lo intentaban no lo podían despertar; y solo se despertaba y volvía a la realidad terrenal cuando él quería.

Mientras esto ocurría en el interior de la Posada Rosada y en la cabeza de Lamberto; en la puerta y en sus alrededores seguía el barullo de la gente que hacía cola para los días en que tocaba la audiencia para el pueblo llano en general; siempre con la esperanza de que algún día fueran recibidos y bendecidos por la mano de Lamberto y con la ilusión de que se pudiera producir algún milagro que sus males pudiera eliminar o reducir. La calle y las aceras se llenaban de murmullos, anécdotas y plegarias de gentes necesitadas que nunca perdían la esperanza de un futuro mejor.

Señaló Lamberto algunos días de especial significado para permitir la entrada de más gente: días de gloria o de penuria, según se mire, como el de los Santos Inocentes o el de la proclamación de la Segunda República de España. En esos días comenzaron a utilizar la nave de la Cerámica el Mochuelo que habían habilitado para estas ocasiones.

El día en que se recordaba la proclamación de la Segunda República se producía una especie de exaltación democrática y alabanza de estado de bienestar y sus virtudes: los había que acudían para congratularse con la nostalgia y sus recuerdos, analizar la realidad y debatir sobre el porvenir de la humanidad, y los había que solo acudían por si se producía algún acontecimiento digno de reseñar en las redes y en los medios. De los antiguos camaradas y compañeros de lucha de Lamberto que suelen acudir: unos han evolucionado hacia la modernidad, y otros, sin evolucionar, siguen anclados en la nostalgia de la revolución o la nada; pero todos vienen con sus banderas y sus himnos, que exhiben a la entrada y cantan al principio del pequeño ceremonial de sueños perdidos y olvidados.

Comenzaba el acto con el canto de “La Internacional”, seguía con el canto de “A las Barricadas” y terminaba con el “Cara al Sol”, según la progresión y evolución seguida por los comparecientes en su andadura política y social; cada cual entonaba el suyo y el resto de comparecientes seguía o no seguía con las estrofas que conocía o había cantado alguna vez. Lamberto permanecía en silencio, mirando a unos y a otros, mientras se desarrollaba todo aquel ceremonial de nostalgias al que había quedado reducido el desenfreno revolucionario de otros tiempos.

Terminada la exaltación republicana recitaba Lamberto el último parte de guerra del dictador con la proclamación de la victoria y que Lamberto rehacía de memoria a su manera: Derrotado el ejército rojo y sus secuaces: comunistas, masones y anarquistas; el fantasma que recorría Europa ha comenzado a evaporarse y diluirse entre los hipnóticos efluvios del consumo.

Y, después, guardaban un minuto de silencio por el bienestar de todos los caídos, a cuyo final Lamberto proclamaba:

—¡Qué bien les sientan a los vivos los minutos de silencio por los muertos! Descansen en paz.

—Descansen en paz -repetían todos, antes de que Romano concluyese a modo de plegaria:

—Es verdad que a los vivos, en lugar de soluciones y remedios, nos es más gratificante y nos cuesta mucho menos ir regalando silencios. Ni se compra ni se vende el silencio por los muertos, cada cual tiene los suyos, sus silencios y sus muertos.

Dichas estas últimas palabras, se abría la veda de toda clase de opiniones, y comenzaba un desordenado debate, a veces bullicioso, sobre temas que lubricaban sus cerebros y servían de gran entretenimiento para todos los que allí estaban. Amainaba el bullicio, cuando este se producía, cada vez que Lamberto se incorporaba en la cabecera de la cama y pronunciaba algunas palabras, casi como un susurro, que hacía que todos los demás quedaran en silencio:

—Por la efemérides que en este día celebramos, considero interesante que profundicemos, a nuestra manera y con un lenguaje que hasta los estúpidos y los necios puedan entender, sobre los beneficios del capitalismo y sobre las bondades del mercado y de sus leyes como paradigma de la felicidad humana, ¿Qué tenéis que decir vosotros al respecto, Florencio Politicastro y Crisóstomo Culiandro, vosotros que sois los que más os habéis beneficiado del poder que da el dinero y de las ganancias que producen los mercados y su normas, vosotros que habéis ascendido en el escalafón social con la economía especulativa y la política rampante?

—Que es cierto que con el capitalismo, con el mercado y con sus leyes hemos descubierto la fuente de la felicidad que reside y se fundamenta en el consumo y, con esos principios y otros pocos, los políticos y los comunicadores estamos construyendo el mejor de los mundos posibles, que a todos nos beneficia y reconforta, —contestó Politicastro sin apartar la mirada de Lamberto que al instante le recriminó el haber quebrantado una de las normas del debate, que era no hablar en plural ni en representación de otros; dando pie a que ya no interviniera Culiandro que iba a reiterar la misma argumentación y en los mismos términos y pronunciamientos que su camarada Florencio. Pero Politicastro que se había sentido ofendido por la observación de Lamberto, se rebotó al instante y sin contemplación ni miramiento alguno se dirigió a los presentes, al tiempo que seguía con su mirada clavada en los ojos de Lamberto:

—Has de saber amigo Lamberto, que yo como ciudadano ejemplar nacido de la clase media, luego, por méritos propios, ascendido a la media alta, y ahora perteneciente a la alta desde que la democracia existe, he alcanzado las más altas cotas a las que podía aspirar y he colmado todos mis deseos según la clase a la que ahora pertenezco; he llegado a ser un alto cargo de un ministerio de fortuna y, por mor del invento de las puertas giratorias, ocupó, en una gran empresa que antes fue pública y ahora es privada, un puesto de alta dirección; tengo una consultora de subvenciones y adjudicaciones de contratos; dispongo de tiempo libre para la holganza y el disfrute, y tengo criados que me sirven y atienden todas mis necesidades. Solo me resta decir, que como militante obediente y miembro del comité de repartos, encargado del reparto del fondo sin fondo de los fondos reservados del fondo

de reptiles, siempre he seguido las enseñanzas de nuestro gran líder y timonel, que en todas las reuniones del comité nos repetía: hay que igualar por arriba, hay que igualar por la riqueza, nuestra lucha no es para repartir la riqueza, sino para que todos seamos ricos, todos iguales, príncipes y ricos; ¡hagamos desaparecer a los lacayos y a los pobres!, ha de ser nuestro lema y también nuestra divisa.

—Y el que parte y reparte, se queda con la mejor parte — se entrometió Lamberto en el discurso de Politicastro, al que ninguna gracia le hizo la espontánea intromisión y continuó su discurso de forma más altanera y con más fiera.

—Cuarenta años llevo sacrificando mi vida por el bien de los demás y en especial por el bien de los más desamparados y desfavorecidos; justo es que sea recompensado por mi liderazgo, mi dedicación y mi esfuerzo; y ningún sentido tendría que viviera como un paria cuando puedo vivir como un Rey; igualar por arriba, todos ricos, ese es el nudo gordiano de la cuestión política -siguió insistiendo en el argumentario Florencio Politicastro, con un suave regusto de soberbia contenida en sus últimas palabras.

—Bueno, yo no lo veo de igual modo, llevas cuarenta años vendiendo humo y promesas incumplidas y, por el tono y el porte que aparentas, aún tienes cuerda para aguantar otros cuarenta; y además, no logro entender, cómo sigue habiendo gente que te vota, cuando no cumples ni una sola de las cosas que prometes.

—Pues es muy sencillo, Lamberto, contestó solícito Florencio—. Aunque parezca que no, siempre cumplo lo que pro-

meto y a mis fieles ofrezco; siempre termino mis discursos y soflamas con un escueto y compungido, si Dios quiere, cuando mis promesas vendo:

—Os traeré las playas del mediterráneo a los barrios de Madrid; si Dios quiere. Llevaré la nieve a las playas del mediterráneo para que se pueda esquiar en invierno y en verano; si Dios quiere. Os hare a todos ricos; si Dios quiere; y esto y aquello os daré, si me votáis, si Dios quiere. Y como todos son creyentes de los dioses y los cielos, todos saben que si no he cumplido es porque Dios no lo ha querido, quedando todos mis votantes dignamente confortados, por eso me siguen votando aunque parezca que los voy engañando; el voto que yo recibo es más de fe que de razonamiento, más de hinchazo de forofo de un equipo, que de clase social y de principios; aunque si te digo la verdad de lo que en el fondo pienso, yo tampoco entiendo cómo hay gente, de la clase media, media baja y baja, tan cándida y tan estúpida que me vota; pero la vida es así, amigo Lamberto, y todos tenemos derecho a dejarnos engañar y a equivocarnos; me atrevería a decir que son casi los únicos derechos que podemos ejercer con total libertad y sin que nadie nos lo impida; en resumen, le digo a la gente lo que quiere oír y le prometo lo que ansía; y, por último, exploto la tendencia ancestral y la esencia aldeana y de tribu de la gente que prefiere votar al tonto de su pueblo antes que al listo del vecino pueblo vecino.

Con asombro, según iba terminando Politicastro su discurso, todos fueron viendo cómo se le iba poniendo cara y voz de afilador.

Sorprendido quedó Lamberto de la sublime perorata de Florencio Politicastro, así como de la transformación que en éste se producía, que estaba dejando sin aliento a cuantos allí estaban, más por los cambios físicos producidos, que por los argumentos vertidos en su intervención. Con especial atención observaba a Romano que, sin decir palabra, hacía toda clase de gestos mostrando su disconformidad con cada una de las aseveraciones de Politicastro en defensa de su forma de vida y comportamiento social; por lo que, sin hacer observación ni comentario alguno, se dirigió a Romano con la mirada y tendiendo la mano hacia donde él estaba, le inquirió sobre todo lo dicho y escuchado hasta el momento.

—Y tú, Romano, ¿qué piensas al respecto? Tú, que por lo que he visto y por lo que veo de tu vida, no pareces tan agradado por el mercado y por sus leyes.

Se levantó Romano de la silla donde estaba sentado a los pies de la cama, miró a Politicastro y a Lamberto, y sin pretensión de convencer a nadie, pues hacía tiempo que se había dado cuenta de que cada uno de los allí presentes estaba convencido de lo suyo, y que nadie admitiría haber estado equivocado en algún momento, comenzó a hablar por hablar y por dar gusto a Lamberto que le pareció que era el único que tenía interés en escucharle.

—No tengo ninguna duda, de que aún sin quererlo, el mercado y sus leyes se han apoderado de mi vida; que me paso la vida produciendo, comprando y consumiendo; para nuevamente producir, comprar y consumir. Mi vida se parece más a una hoguera de San Juan que a un caminar descansado, feliz y duradero; pero tampoco tengo ninguna duda de que, dejar el presente y el futuro de la humanidad en manos de las

leyes del mercado, es como poner a la zorra a guardar las gallinas. Siendo los mercaderes y poderosos capitalistas la zorra y el resto de humanos las gallinas; y con independencia de que el mercado sea diverso, único o común, las gallinas y sus polluelos siempre acaban entre las fauces de los zorros que pasan las horas del día y de la noche en busca de pollos y gallinas para degollar y desplumar. Y soy conocedor, amigo Lamberto, de que muchos de los que hacen cola para verte y algunos de los que aquí están, influenciados por la filosofía que emana de la escuela de la factoría Disney, piensan que el zorro es un buen guardián de gallinas, que baila y canta con ellas y hasta las invita a su boda si el guion así lo indica. Más, es conocido por la ciencia y también por la experiencia que, si un zorro entra en un gallinero, no deja gallina viva mientras allí queden gallinas. Y en cuanto a que todos nos hagamos ricos y nos igualemos por arriba, como dice el compañero Arrancacepas, nada tengo que objetar, pero hay otras muchas formas de vivir y de igualar; os resumiré, en un instante lo que decía un fascista, italiano por más señas, que conocí en una manifestación obrera, pues has de saber Lamberto que, en algunas ocasiones, los fascistas también se manifiestan con los pobres, y que hay pobres fascistas que hacen el trabajo sucio de los ricos terratenientes y grandes capitalistas; pues decía aquel fascista pobre, o pobre fascista, como más os acomode a los presentes, continuó Romano, -que eso, lo de la igualdad total entre los pobres y los ricos, solo se conseguiría cuando, por mor de alguna moderna ideología o de ancestrales usos y pandémicas costumbres, se murieran todos los ricos y las mujeres de los pobres; y, entonces, los pobres vivirían felices y comerían perdices con las mujeres de los ricos; y así de una tacada, se acabaría con la pobreza y con el

ancestral y machista patriarcado; pues es sabido por la experiencia y por el poder que otorga el poderoso caballero don dinero, que las mujeres ricas mandan siempre en los hombres pobres cuando por interés o conveniencia forman sociedad conyugal y yacen en el mismo lecho; el único dilema, decía el intrépido fascista, sería dilucidar, si se les dejaba morir de muerte natural, lo cual sería a largo plazo, o se les mataba o exterminaba con algún curioso veneno o artilugio moderno, como se ha venido haciendo con muchos pueblos y naciones a lo largo de la historia; pues en otros aspectos, como la raza, religión o lugar de nacimiento, una vez igualado el bolsillo y la cartera, el sistema se comporta de forma completamente igualitaria; y esto os lo cuento, terminó Romano -para que veáis hasta dónde pueden llegar las ocurrencias de los nazis y fascistas.

Todos soltaron una sonora carcajada al oír las últimas palabras de Romano, y cuando ya todos daban la sesión por concluida, uno de los no habituales a estos ritos de dialéctica barata sobre libertades e igualdades, un espontáneo trotamundos que pasaba por allí y había acabado en la tertulia por azar, pidió la vez brazo en alto para exponer su opinión sobre el asunto tratado, sobre lo que Romano contaba y que tanta gracia les hacía; les dijo que era inexperto en asuntos de igualdad, pero que tuvieran cuidado con las ideas que a diario se les ocurren a los fascistas, y que no se tomaran a risa ni subestimaran el poder de convicción de los nazis y fascistas que, según los acontecimientos y la historia más reciente, han matado y ordenado matar por las razones más variopintas: ya sea por cuestiones de pureza de sangre y de raza; porque tú no eres de aquí; ya sea por las ideas, es malo pensar así; ya sea por las creencias, mi cielo no es para ti; ya sea por

el amor, no consiento que ames así. Raza, género, nacionalidad y credo van dando vueltas sin fin a través del tiempo y la historia, y a poco que te descuides, provocan una revuelta de necios y exaltados, que es mejor que te encuentres siempre preparado y confesado, por si llaman a tu puerta y estás entre los nombrados en una lista de espera; se te erizará la piel, se te erizará el cabello, se te parará el corazón y ya no habrá ningún remedio para tanta sinrazón. Que la historia se repite, es algo que ya se ha visto, y hay que tener mucho cuidado con las listas y registros, que los hacen los demonios, que si te conocen no se acuerdan ni les importa tu fin, tu origen ni tu destino; mirad lo que decía hace poco un general laureado que presumía de nazi y de histórico fascista: -“Confío que salga otro mata rojos, pero que esta vez no se quede corto, hay que aniquilar a veintiséis millones de españoles, niños incluidos”. Y si esto no es sinrazón que te hiela el corazón que venga Dios y lo vea, ese Dios de los fascistas y del que tanto alardean.

Nuevamente todos, menos Lamberto, se echaron a reír por la variopinta forma que había tenido el espontáneo de terminar su intervención con cita de persona investida de alta autoridad y de estrellas; todos, menos Lamberto que había visto en aquella descabellada y poco razonable ocurrencia del fascista un planteamiento una pizca violento y muy poco creativo, como suelen ser todos los planteamientos nazis y fascistas, a la vez que había captado la advertencia del espontáneo sobre lo que podría pasar si el mundo avanzaba, poco a poco, por aquellos derroteros de ideólogos fascistas y nazis aventureros. Pues también puede ocurrir, reflexionaba él mientras todos se reían, que cuando ya nada se espera, ni de unos ni de otros; cuando todo se ve turbio a tu derecha y

a tu izquierda; cuando todo se ve oscuro al mirar el horizonte del futuro; cuando se vive en un nicho; cuando se está sin trabajo, cuando se ve todo perdido; también puede ocurrir, se repetía en su interior, que se imponga la lógica de que nada puede ir a peor y el todo vale con tal de sobrevivir, aunque sea entre ruina y destrucción, aunque sea a la intemperie, bajo la escarcha y la noche, pero todos por igual, entre escombreras y lodos, sin importar la existencia de esta vida ni de otra, ni la muerte desigual que, al final, a todos nos iguala.

Y aún no había terminado Lamberto sus alambicadas elucubraciones, cuando el espontáneo trotamundos, al sentirse interpelado por las risas, saltó nuevamente al ruedo del debate y, sin venir a cuento y sin que nadie se lo autorizase ni pidiese, lo retomó de esta manera:

—No sé lo que os hace gracia de todo aquello que yo he dicho; cuando hay gente que extermina a poblaciones enteras para ocupar su lugar, ocupando un territorio, que ellos dicen les dio Dios, y el mundo mira impasible tanta muerte y tanto dolor, y les apoya con sus armas hasta la total aniquilación de los que no son como ellos ni tienen su mismo Dios; Pero, además, yo solo repito lo que a diario he oído; lo que dicen por las calles, lo que escucho por los bares, en los pub y en las tabernas; y no hubiera intervenido si el anterior que ha hablado no hubiera contado la anécdota de aquel fascista italiano que ha erizado mi piel y mis nervios alterado; pues nunca me tomo a broma lo que dicen los fascistas, y menos cuando toman por banda las manifestaciones obreras, las instruyen y las guían; y ya que me habéis hecho hablar sin que yo lo pretendiera cuando llegué a este lugar; en cuanto a igualdad se refiere, mi opinión es que desde antiguo, según

sea el que nivele, se nivela por arriba y se nivela por abajo, unos cortando cabezas y otros dando braguetazos, y es pacífica la opinión de que dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición; también por convencimiento, con entera libertad, se acaba con la pobreza y se consigue la igualdad; y para que veáis que esto es cierto y no pretendo engañar os voy a contar otra historia que es muy antigua y real:

Esto era un Rey Macabeo que quería acabar con la pobreza y los pobres de su reino, para lo que llamó a todos los adivinos, profetas, intelectuales y políticos y los puso a pensar sobre asunto tan principal; y vio el primer ministro y lo confirmaron los otros que era misión imposible acabar con la pobreza mientras existieran los pobres, y los ricos y altos cargos quisieran seguir viviendo como ricos petulantes: con todos sus privilegios y sin privación de ninguna clase; pues siendo los recursos del reino finitos, si se vestía a un santo había que desnudar a otro. Ante tales conclusiones y paradojas de la vida, y dado que no era su función desnudar y vestir santos, decidió el primer ministro formar una comisión que diera una solución que no fuera vestir y desvestir santos. Y por cada mes del año que nutre a la humanidad y por los diez mandamientos que todos debían respetar, formó una comisión de expertos que llamó del veintidós: once mujeres ilustres y once sabios de corral; veintidós parece bien, se dijo su Majestad, veintidós para el empate cuando haya que dilucidar entre las flores del bien y las espinas del mal; veintidós número par, pues, según su majestad, valía más un empate que cien perdigonadas dar. Después de mucho pensar, los veintidós concluyeron, sin empate y por acuerdo, que lo más importante era, mucho más que la igualdad, mucho más que la

riqueza y mucho más que la pobreza, la libertad duradera; que eso era lo que importaba, a los pobres y a los ricos, que esa era nuestra esencia, la de todos los humanos y demás seres del planeta. Y tras muchas divagaciones y elucubraciones de altura idearon una fórmula que consideraron certera para acabar con los pobres y también con la pobreza.

Vieron aquellos expertos e intelectuales de altura, bien formados y alicatados en las lides de acabar con la pobreza y con los pobres, que para acabar con tanto indigente y necesitado de vivienda y de trabajo, que así llamaban en aquel reino a los que eran pobres, lo primero que había que averiguar, a ciencia cierta, y constatar si había pobres en aquellas tierras y, si los había, hacer un censo fidedigno para saber, cuantos eran estos y cual su condición y su forma de entender y de afrontar su estado de pobreza. Idearon, además, incorporar al Documento Nacional de Identidad o Pasaporte de cada ciudadano residente en el país, lo mismo que se hace constar el lugar de nacimiento, la condición de pobre o rico, según el mismo quisiera disponer rellanando un formulario después de una entrevista ante un funcionario afecto a las formas de vida de aquel reino. Y así comenzó aquel censo de ricos y de pobres. Fueron buscando por las calles y las plazas, por las colas del paro y bancos de alimentos, a todos aquellos que tenían pinta de pobres y lo eran, a los que no la tenían y también lo eran y, uno a uno o en manada, los fueron llevando hacía descampados y zonas apartadas del centro de la ciudad; luego, los fueron llamando uno a uno, les dieron un bocadillo de chorizo y una bolsa de patatas, y les informaron de que serían sometidos a una entrevista para saber si eran o no eran pobres de verdad; les dijeron que eran ellos los que, con total libertad, tenían que decidir, según su leal saber y

entender, sobre su clase social de pertenencia y su acumulo de riqueza. Después de la entrevista, y de acuerdo con la decisión que por el entrevistado o entrevistada fuera adoptada, se incorporaría a su Documento Nacional de Identidad o Pasaporte, la anotación de rico o pobre. Les esperaban en una pequeña sala, detrás de varias mesas confeccionadas al efecto con tableros de madera, y les recibían con gesto serio y saludo verbal y, con palabras poco amables, les fueron recordando nuevamente, que después de la entrevista, tenían que decidir libremente, si se sentían ricos o pobres, para hacerlo así constar. Colgado en la pared, tras la espalda del funcionario entrevistador, había un gran cartel que en grandes caracteres para que el entrevistado lo pudiera leer con gran facilidad, si es que sabía, mientras el entrevistador se lo leía a todos lentamente como si fuera un notario leyendo las últimas voluntades de un difunto, y que decía así: Decida usted libremente lo que es o quiere ser, y hágalo constar así en el formulario para luego transcribirlo en su DNI o Pasaporte: si rico, así se hará constar y conseguirá su libertad en un instante; si pobre, se le ingresará en un reformatorio hasta que se haga rico, y si no lo consigue en un tiempo prudencial se le cortará de un tajo la cabeza.

—Si lo ha entendido bien, dígame, por favor, ¿que ponemos en su ficha y en el documento que acredita su identidad? -preguntaba retóricamente el funcionario.

—¡si, si, lo he entendido, y ponga que soy rico, rico viejo y desde siempre!’.

Y así, uno tras otro, fueron saliendo todos ricos de aquella esclarecedora entrevista igualitaria y desaparecieron todos los pobres de aquel reino. Y así fue como aquellos expertos intelectuales y políticos acabaron con los pobres y consiguie-

ron que todos los ciudadanos se hicieran ricos libremente y de un plumazo; y vivieron felices y comieron perdices y, al ser todos ricos, ya no se pagaron más impuestos en aquel reino, que era lo único que a los ricos liberales les importaba; y desde entonces, un pobre no es un pobre, y un millón de pobres es solo un número, si no estás tú entre los contados.

—Y ya que estamos en un día señalado, de Repúblicas y Estados, —prosiguió aquel espontáneo—, aplíquense bien el cuento los que hace un momento, allí, en la parte trasera del evento, cantaban a capela y a coro, con desmesurado brío, el himno “A las Barricadas”, guardianes de la pureza de la acracia y la anarquía, y vean la triste realidad de que, por un puñado de votos, hoy gobiernan los fascistas, y nos gobiernan a todos: a los que votan y a los que no votan, con inclusión de los ácratas y comunistas libertarios que también son gobernados, aunque ellos crean que no; ¡tantos años de pureza, libertaria y anarquista, a los que viven en la miseria en nada les gratifica!; y no es nada solidario vivir con las manos limpias de política y de votos, esperando que los pobres, por arte de birlibirloque, desaparezcan de las colas y terminen sus desdichas.

Terminada la intervención del espontáneo que todos habían escuchado con atención y en silencio; pues, a algunos, les había parecido cosa curiosa y certera la forma de acabar con tantos pobres, dieron por concluida la sesión de celebración republicana, degustando unas rosquillas mojadas en mistela que, como todos los años, había preparado doña Rosa. El espontáneo se marchó sin probar las rosquillas ni la mistela, pues no era de los habituales de las tertulias de la Posada Rosada, mientras los asiduos comentaban que, con lo que

ellos habían pasado, no admitían lecciones revolucionarias de nadie, ni ocurrencias igualitarias que todos sabían que eran imposibles y de ingrata solución. Solo Lamberto se quedó pensando y en la cama, sin poder hilvanar razonamiento lógico alguno sobre todo lo que acababa de escuchar, pues el runrún de los que se habían quedado alrededor de los platos de rosquillas no le dejaba razonar; además, hacía tiempo que no era partidario de las intervenciones largas, como la que había realizado el espontáneo, ya que suelen estar llenas de contradicciones que es difícil de rebatir por el caos que se produce en el discurso y en la argumentación. Y aunque, durante el transcurso del debate, estuvo tentado de saltar de la cama e intervenir en varias ocasiones, debido a los disparates que estaba escuchando, fiel a sus principios, se mantuvo tumbado y en silencio durante casi toda la sesión, y solo intervino incorporado, sin levantarse de la cama, cuando le pareció que era oportuno para poner algunas cosas en su justo lugar.

Se había dado cuenta María Gisela de lo mal que lo había pasado Lamberto, cuando se habían producido intervenciones que colmaban el vaso de su paciencia, pues lo había visto agarrado a las sábanas y al colchón, cada vez que esto ocurría, que le propuso que desistiera de su voto de encamado, al menos en algunas ocasiones, como ocurría cuando levitaba, a lo que Lamberto se negó; pues consideraba distintas ambas situaciones: espiritual y sobrenatural el levitar, y mundano el saltar y entrar al trapo de las provocaciones, en algunos casos, conscientes y estudiadas. Y le pidió unas correas para que atadas al cabecero de la cama le permitieran agarrarse a ellas cuando estuviera tentado de romper su voto cuando fuera provocado.

Se entretuvo Lamberto algunos días con los trabajos y enredos de colocación de correas en la cama y descubrió que aquellos trabajos manuales le producían un cierto bienestar en la cabeza y le permitían descansar de su trajín de estar siempre elucubrando en pensamientos inútiles, por lo que estuvo tentado de plantearle a doña Rosa el abandonar su postura de estar siempre tumbado y cambiarla por el bricolaje y trabajos de menos pensar y más rudimentarios; y cuyas obras venderían en el Rastrillo de Tetuán o en el Rastro de Cascorro, o le podría pedir a Narciso el de Los Laureles que las vendiera como propias en los mercados de arte y nuevas tendencias y le diera una comisión de lo vendido, lo que serviría para que no mermaran las ganancias en el negocio de doña Rosa y pudiera seguir como huésped de prestigio y privilegio en la Posada Rosada; más, cuando decidió comunicarles su decisión de cambio de postura, las encontró tan felices en los preparativos de las tertulias y romerías que desistió de poner en conocimiento de la madre y de la hija el nuevo planteamiento; siguiendo la vida su ordinario curso en la Posada Rosada.

Capítulo XI

Se da cuenta de una sesión de Tertulia Literaria

Aunque normalmente era Lamberto, con la Ayuda de María Gisela, el que fijaba el orden y el cuestionario de los temas a tratar, siempre estuvo abierto a que alguno de los asistentes planteara otros asuntos que pudieran ser de su interés o de interés general, para unos o para otros, como es el caso que ahora nos ocupa.

Un día, antes de abandonar la Posada Rosada, después de una tertulia rutinaria, preguntó Adán a Lamberto, si podía reservar algunas horas para que él pudiera darle cuenta y exponer lo que ya tenía escrito sobre la tercera parte del Quijote. Ningún impedimento puso Lamberto a la propuesta que Adán le planteaba y le dijo que lo hablara con María Gisela y doña Rosa para que tal acontecimiento se pudiera celebrar.

No le sorprendió a Lamberto la petición de Adán, pues hacía algún tiempo que lo había visto nervioso, haciéndose el remolón alrededor de su cama, como una mosca que tuviera necesidad de picar en algo, fuera donde fuera y lo que fuera, con tal de subsistir. Y es que, inquieto y preocupado se encontraba Adán, porque había llegado a sus oídos que algunos expertos literatos habían criticado duramente su obra. Y

también había leído comentarios que decían que su obra era algo así como una redacción de secundaria contando la vuelta al cole después de las vacaciones de verano; lo contrario de lo que en los medios y las tertulias televisivas se decía de Lisita que, con parecido estilo, había conseguido publicar un conglomerado literario de historias familiares, con gran éxito de ventas y esmerado acompañamiento de publicidad en televisión, radio e internet.

Y fueron estas críticas tan duras para él y tan favorables para Lisita las que habían llevado al joven Adán a emprender la tarea de escribir la tercera parte del Quijote, y tenía un gran interés en conocer la opinión de Lamberto y sus amigos sobre lo hasta ahora escrito; pues ellos habían sido los primeros en opinar sobre los manuscritos de Lisita que ya han sido publicados con universal éxito.

Había escrito Lisita la historia de su familia, centrada principalmente en los negocios de su abuela doña Concha y su tía doña Lisarda, que eran las que más habían prosperado gracias a su emprendimiento y generosidad. Cuenta Lisita que ambas regentaron y gestionaron durante muchos años la casa de Maternidad de Peña Chica, conocida popularmente como la casa de las madres solteras, casa que servía de refugio y sostén espiritual a jóvenes doncellas preñadas por algunos señoritos o sus padres cuando acudían guiadas por el anuncio que aparecía en los diarios más influyentes de la época: “se necesita chica para todo”; pobres y descarriadas doncellas, según cuenta Lisita, que eran atendidas y reorientadas hacia una nueva y saludable vida, en aquel idílico y soleado lugar, por encantadoras hermanitas que habían renunciado a todos los placeres mundanos para servir a su Dios y ayudar a las ovejas negras del rebaño. Por sus jardines correteaban ange-

licales niños y niñas que más pronto que tarde serían entregados a familias que por una u otra razón no podían procrear. También cuenta, con saltarina prosa, que en aquel lugar podían encontrar esposa los más timoratos y los menos agradados por Adonis, para lo que se concertaban entrevistas y se apañaban matrimonios. También cuenta Lisita, con prosa más apaciguada y para leer entre líneas, que ambas: doña Carmen y doña Lisarda, aunque regentada por testaférreas interpuestas, tenían una casa de cortesanas en la Gran Vía de Madrid, el Labra-Cadabra, desde la que, en algunas ocasiones, surtían de madres solteras y niños desamparados a la Maternidad.

Solían acudir al Labra-Calabra, hombres VIP que conducían vehículos de alta gama y procuradores de las cortes generales que en sus ratos libres y de aburrimiento, mientras permanecían a solas en la ciudad, fantaseaban con el delirio de que aquellas esbeltas y bellas chicas que les hacían compañía y les prestaban otros servicios, eran chicas a un plis plas de licenciarse o doctorarse, y que prestaban tales servicios deslumbradas por el coeficiente intelectual que mostraban en sus intervenciones parlamentarias, y no por el dinero que rezumaban sus bolsillos; Más, era notorio que, por necesidad, prestaban aquellos servicios a toda aquella caterva de hombres VIP y cortesanos. Mas por amor, dice ella dentro del mismo relato, gestionan aquel trabajo su abuela y su tía Lisarda; pues es sabido de antiguo, que no hay casa cortesana que se precie y tenga fama, que no tenga de encargada a una ilustre y bella dama; pues no sería oportuno que abriera la puerta un tuno tocando la pandereta, la bandurria o la guitarra, o que la abriera un maromo con cara de proxeneta, que luego hiciera chantaje con la esposa o con la suegra. E in-

fluenciada por las corrientes literarias de la no ficción describe situaciones ajustando las palabras a lo dicho y la descripción de los hechos a lo realmente ocurrido, como cuando describe las controversias, mientras esperan su turno, entre el bueno de don Romualdo y el marqués de Pichaprieta, sobre si es mejor encerrar a las putas o tener las putas sueltas:

—Que, si de libertad hablamos, que es nuestro bien máspreciado, —dice el marqués muy redicho., —es mejor tenerlas sueltas, pero si de recaudar se trata, es mejor reglamentarlas y que el fisco las meta en vereda, cual negocio lucrativo, y que paguen sus impuestos como todo hijo de vecino. Nada objeta don Romualdo ante tal disertación y solo masculla entre dientes una pequeña observación: “Que reglamentar tal arte, encarecería sus caprichos, es mejor dejarlas sueltas y que tengan libertad, aunque el que sean o no libres, es harina de otro costal”. Con estas y otras anécdotas contadas en sobremesas ha levantado Lisita una obra portentosa, que se expande por las redes y el resto de mentideros. Y ahora, después de tan interesante y lucrativo portento, anda enredada Lisita en inventar nuevos cuentos, en contarnos las andanzas de la familia de Adán que, por ser Grandes de España, tiene abundancia de hazañas bélicas y de romances reales que al público interesan más; y entre descanso y descanso de su paso por las redes, está escribiendo una bella historia que comienza con el momento en que se conocieron el marques y la duquesa:

“Tendió la duquesa su blanca mano y el marqués, rodilla en tierra y mirándole a los ojos, quedó prendado; más él iba para fraile y ella para monja, destino de algunos nobles que nacen sin riquezas ni corona, pero una voz de trueno arrulló

sus oídos marcando sus destinos: “tú para la milicia, tú para señora”; y así comenzó el idilio entre el Marqués de Espantacorderos y la Duquesa de Caganidos, grande de España e ilustre señora; luego vinieron días y noches locas que les introdujo en el cielo de las suaves sábanas y las amplias alcobas; más tarde una guerra, una guerra loca con sus medallas, una paz fructífera, rellena de privilegios y preñada de alhajas; luego vino un vástago que con el paso del tiempo y algunas mañas emparentó con la casta de las Lisardas, bellas Amazonas que mantendría la estirpe y salvarían la raza”.

El día señalado para el evento literario, aparecieron Adán y Lisita, cada uno con su estilo personal y su portátil bajo el brazo: Adán con apariencia de desaliño en el vestir, pero a la última en la moda; y Lisita, con pantalón y botas de montar, peinado estilo pelo toca y rubio de bote en sus cabellos, que contrastaba con sus grandes ojos negros.

Había salido un sol esplendoroso y María Gitsela y doña Rosa decidieron sacar a Lamberto al patio jardín de la Posada Rosada; lo sacaron sobre su banca y lo colocaron en el centro rodeado de rosales y geranios en flor que esparcían sobre el ambiente una mezcla de agradables fragancias.

Cuando llegaron Adán y Lisita ya estaban todos los habituales esperando, y Lamberto, arrullado por el calorcillo del sol de la mañana, a punto de entrar en trance, se mecía en una suave somnolencia de la que volvió sobresaltado al oír el ruido del pestillo de la puerta de entrada y el taconeo de las botas de Lisita. Se recuperó Lamberto del súbito sobresalto y sin más preámbulos, debido a la tardanza de los directamente implicados en el acto, entró en materia:

—Dime Adán, tú que quieres ser Cervantes y que en una ocasión me dijiste que querías escribir la tercera parte del Quijote ¿cómo puede ser eso, si Don Quijote y Sancho ya están muertos y hace mucho tiempo que dejaron de existir? —le interrogó Lamberto.—

—Muy sencillo amigo Lamberto; la tercera parte comenzará con la resurrección de los muertos después del fin del mundo. Y como muestra, y para que no digas que era un farol lo que hace tiempo te conté, os voy a leer a los aquí presentes el principio de lo que hasta ahora tengo escrito:

“Terminado el fin del mundo comenzó la resurrección de los muertos con gran algarabía y alegría. Y allá, a lo lejos, en un pequeño cementerio de la seca llanura de la Mancha, entre nieblas de calima, se ve al Hidalgo y a su Escudero tratando de darle un cuerpo a sus espíritus rellenando sus viejos pellejos con trozos de huesos y de carne, según la resurrección de los mismos se iba produciendo. Al atardecer, cuando las sombras comenzaban a alargarse, se pusieron en camino sin Rocinante ni el rucio; pues nada sabían ni conocían ellos sobre la resurrección de asnos y caballos, y tampoco sabían nada sobre si habían sido enterrados o puestos sobre una loma para pasto de los buitres, las urracas y los cuervos; más apenas habían empezado a caminar cuando vieron venir en dirección contraria a un Rocinante que había resucitado convertido en un esbelto Babieca y al rucio reconvertido en un Platero vellocino, ambos venían hablando amigablemente de sus cosas hasta el momento en que vieron a sus amos y, acompañados de relinchos y rebuznos, trotaron al encuentro de los mismos”.

—Y así, ya resucitados y reconfortados por la dicha del encuentro iniciaron una nueva andadura, que es la que yo me dispongo a contar.

Cara de asombro pusieron todos cuando Adán puso fin a la lectura y remató con la explicación de su propósito literario, más nadie supo interpretar si el asombro era para bien o para mal; pues nadie hacía comentario alguno sobre la redacción que acababan de escuchar y todos se fueron levantando de sus sillas cabizbajos y en silencio y con ganas de marchar, a pesar del esplendoroso sol que alumbraba sus cabezas y la paz que reinaba en él ambiente, paz que siempre se producía cuando se trataba cualquier tema sobre obras literarias; incluso Lisita había quedado tan impresionada por la lectura efectuada por su novio que no se atrevió a decir que ella también había traído para leer las últimas cuartillas que había escrito.

Todavía no habían salido los primeros que se habían levantado, dando la sesión por terminada, cuando nuevamente tomó la palabra otro espontáneo, de los que solo suelen venir de vez en cuando, para decir que no le parecía bien servirse de una obra literaria ya escrita y consagrada por la historia y por el tiempo para escribir otra, como si esto fuera un guiso que se pudiera repetir eternamente solo con pequeños adornos y la mezcla de ingredientes y refritos.

La intervención del espontáneo espoleó las ganas de hablar de los presentes que volvieron a sentarse y a exponer, según iban interviniendo, lo que entendían ellos por escribir y leer historias, y se produjeron intervenciones de todos los colores: desde los que dijeron que no era lo mismo leer que entender lo que se leía, ni lo que se entendía era lo mismo que

el que lo había escrito había querido que se entendiera; pues había oído a algún escritor decir sobre algún lector que le preguntaba sobre algo que él había escrito, que no había entendido nada o no se había enterado de nada de lo que de él había leído; hasta los hubo que se quejaban de que se empleara en la escritura expresiones en idiomas que muchos lectores no entendían, cuando es sabido que tales expresiones se emplean para que el lector entienda el gran nivel cultural del escribidor que las transcribe, a lo que alguno apostilló que él se saltaba esas expresiones sin que desmereciera en nada lo que él había imaginado y entendido de la obra después de haber leído algunas páginas; y que era como pagarle al escritor con la misma falsa moneda; entendiendo lo no leído e inventando como sustitución y complemento de lo escrito, y que nunca había sido escrito.

Hablaron largo y tendido sobre si lo importante era escribir o lo importante era vender, sobre si una vez vendido el libro ya no importaba que el mismo se leyera. Así estuvieron hasta que de puro aburrimiento se fueron marchando de uno en uno, de dos en dos o de la misma forma en que habían acudido; Adán y Lisita aguantaron hasta el final por si se hacía alguna referencia a sus obras, cosa que no ocurrió, lo que no dejó de molestarles.

Cuando marcharon todos, metieron nuevamente la banca en la Posada Rosada, y Lamberto le encomendó a María Gisela que buscara un tema más ameno para la próxima tertulia de los amigos, camaradas y antiguos compañeros; algo que le permitiera estar más relajado y sin prestar tanta atención a lo que dijeran los demás. Y no había terminado María Gisela de tomar nota de las recomendaciones que Lamberto le había hecho, cuando este entró en letargo y quedó tendido

sobre la cama sin más signos de vida que los ojos abiertos y una respiración cansina que apenas se notaba sobre el pecho. Así permaneció durante varios días con sus noches hasta que recuperó la fuerza del resuello y la vitalidad en la voz.

Doña Rosa mantuvo en vilo a las visitas con el pretexto de que Lamberto estaba levitando y que muy pronto traería noticias del más allá, noticias y adivinaciones que serían buenas para todos. Esta información de doña Rosa hizo que no cesara la romería de visitantes y que siguieran las donaciones y regalos.

No supo o no quiso contar Lamberto a doña Rosa las experiencias que había tenido cuando entró en trance y aparentemente había perdido el contacto con seres humanos y la tierra; solo le habló de luces blancas y pequeños resplandores; pero no le pudo contar nada más, pues en el momento en que aterrizó nuevamente sobre la cama olvidó el resto de cosas que había visto. Doña Rosa no insistió en sus indagaciones y solo se preocupó de que recobrara la salud lo más pronto posible, pues había vuelto muy debilitado de su trance o letargo y no confiaba en que se pudiera recuperar si continuaba con aquellos debates y tertulias que, además, entorpecían la afluencia de gente normal que, aunque no hacía grandes donaciones, sí contribuía al mantenimiento del tinglado.

—Un grano no hace granero pero ayuda a su compañero, le decía doña Rosa a María Gisela, con la preocupación en el cuerpo y la mente en el negocio, cada vez que bajada la afluencia de los menos pudientes y favorecidos.

Por eso, se esmeró doña Rosa con toda clase de caldos, friegas y mejunjes hasta que consiguió el restablecimiento total del cuerpo y la mente de Lamberto.

Durante el tiempo en que estuvo Lamberto aletargado; Margarita, el Cinco Duros, el Campeón del Mundo del juego de la rana y el Alcarria, después de terminada la jornada, venían todos los días a verlo y permanecían a su lado escuchando su respiración acompasada, sin hacer comentarios de clase alguna, y solo preocupados por si aquel estado de Lamberto se volvía irreversible. Al principio, cuando llegaban, lo miraban y observaban su rostro de felicidad y placentero; lo miraban, se miraban y permanecían en silencio; luego, con asentimiento de todos y con total confianza con Lamberto, que parecía muerto, sacaban una baraja y echaban unas partidas jugando al tute, a la brisca o a la escoba, siempre en voz baja y muchas señas que antes habían convenido.

Una tarde, cuando más silenciosa estaba la partida, alguno de los presentes levantó la voz cantando las cuarenta y sacó del letargo a Lamberto que al instante abrió los ojos y mirando a uno y otro lado de la cama vio como estaban enfrascados en la partida; y fue tanta la alegría de los que estaban jugando que le pidieron que se incorporara un momento y viera como pasaban el tiempo mientras él estaba ausente y descansaba. Se incorporó Lamberto y se alegró de que estuvieran tan entretenidos y de que no hubieran sufrido por su ausencia, que tanta angustia y desconcierto había producido en doña Rosa y en la Posada Rosada.

Capítulo XII

Tertulia de los Inocentes

y otros hechos dignos de mención

Restablecido Lamberto y sin que nadie pudiera dar cuenta del lugar donde había estado ni de las cosas que allí había visto mientras estuvo traspuesto, pues él, como es costumbre entre los muertos y resucitados, desde el día que volvió nada contó; unos dicen que estuvo entre relámpagos y truenos en los cielos, que es adonde van los que se mueren; otros, que entre sombras y tinieblas en los infiernos, que es el lugar para los que se quedan en la tierra; y los menos, comentan que estuvo y volvió de la nada más absoluta, de la que nadie sabe nada, y de la que nada se puede decir; es por ello, que él nada ha contado y cuanto se dice son invenciones de unos y de otros; la vida en la Posada Rosada volvió nuevamente a la normalidad. Se reunieron doña Rosa y María Gisela con Lamberto en la cabecera de la cama: doña Rosa por ver si le podía sacar alguna revelación digna de mención para el negocio, y María Gisela para organizar el protocolo de los próximos eventos y tertulias. Y siguiendo las instrucciones de Lamberto, fijó María Gisela el día de los Santos Inocentes para hablar de cosas serias y de importancia para los hombres y mujeres de la tierra; repasó las anotaciones que había es-

crito en su cuaderno, y vio que Lamberto le había reiterado encarecidamente que señalara dicho día para hablar del bienestar personal de cada uno, del bienestar general, del Estado de Bienestar y de la calentura que algunos sufren cuando se ponen a platicar sobre dichos temas; y sobre todo, porque en esa fecha, aún quedan rescoldos de las luces y farolillos de la Navidad que tanto alegran la vida de los creyentes y no creyentes, de los partidarios y no partidarios de dichas fiestas. También tenía anotado que Lamberto le había dicho, que por ser día señalado para bromas, en recuerdo del gran acontecimiento en su día sucedido, los intervinientes se podían tomar a guasa las palabras que pudieran oír o pronunciar y acabar la tertulia como amigos.

El día señalado, de santos e inocentes, ha amanecido triste y la niebla se confunde con el humo que brota de las chimeneas de las cocinas de carbón. Cuelgan las guirnaldas en las desnudas ramas de las acacias y los tilos, y los farolillos de la entrada a la Posada Rosada aún siguen encendidos.

Según han ido llegando se han ido poniendo a los pies y a los lados de la cama de Lamberto que los recibe con una sonrisa y un apretón de manos a los que le ofrecen las suyas de saludo.

Cuando ya estaban todos acomodados y antes de empezar con la tertulia han guardado un minuto de silencio por el Rosco, del que todos se han acordado cuando Romano ha traído la noticia de su muerte. Ha querido hacer Romano un laudatorio de su figura y ha contado que él lo veía de vez en cuando por el barrio en el que ambos residían y que cree que ha muerto de tristeza y cansado de vivir. Lo último que le había comentado era, que su hijo mayor, que trabajaba de rider para una multinacional de la comida rápida, había sido

atropellado por un coche de alta gama cuando se dirigía en bicicleta, a la velocidad de un rayo, a llevar unos caprichos de gourmet culinario a una fiesta de jóvenes ociosos.

Una vez dada la triste noticia de la muerte del Rosco, al que la mayoría conocía de las obras en las que habían coincidido, continuó Romano alabando sus virtudes y cantando sus hazañas: “El Rosco siempre había sido un hombre callado y respetuoso con las normas vigentes en cada momento; había sido y era feliz con el sistema político imperante hasta que llegó la crisis de la construcción y perdió su trabajo; conoció las hieles del paro y padeció en sus propias carnes lo difícil que es sobrevivir con dignidad cuando no se tiene dinero para iniciar la andadura en los negocios. Pero, ante las dificultades se crecía y se convirtió en un hombre emprendedor. Primero montó una empresa de limpieza de cristales y de pulido y abrillantado de toda clase de mármoles y suelos: “Salfumen y Cuello Duro, limpieza y abrillantados seguros”, rezaba el rótulo de la entrada a la oficina del negocio, antes de cerrar. Nunca se rendía; últimamente había emprendido un negocio de reparto a domicilio, de comidas y servicios varios, “Raidersport” lo había denominado, y regalaba un periódico deportivo junto a la comida que servía, negocio en el que estaban trabajando su esposa y sus tres hijos, hasta que se produjo el accidente del mayor, que había vuelto al domicilio familiar después de haber sido desahuciado por un fondo buitre, junto a su mujer y a sus hijos, del piso social donde vivían. Ahora vivían todos en el primer domicilio familiar: los abuelos, los nietos y los hijos; esperando estos últimos que sus padres fallecieran para poder heredar la vivienda. Esto último me lo contaba con pena y casi con lágrimas en el corazón y en los ojos.

Todos sabemos que no le entusiasmaba la política y que siempre votaba a los que prometían que bajarían los impuestos, aunque él, por sus rentas y patrimonio, no tuviera que pagar impuestos de clase alguna; pero por si acaso alguna vez tenía que pagar, votaba así, como si fuera rico, a los que prometían rebajas de impuestos y supresión de toda clase de subsidios y derechos para los más necesitados. Sabiendo como era, en cualquier sitio en que se encuentre, estará orgulloso de que el atropello de su hijo se produjera por un coche de alta gama y no por un siempre utilitario. Descanse en Paz.—Terminó Romano.

—Descanse en Paz —repitieron todos los presentes.

Terminado el panegírico del Rosco, se recompuso la tertulia en los términos y modo en que había sido concebida. En la Posada Rosada reina un ambiente cálido gracias a la calefacción instalada en su día por Amado y por Lamberto. Hoy hay pleno de minorías: de políticos, literatos, defensores de los animales y las plantas, creadores de las artes efímeras y gente inconformista y poco representativa, como Romano el Pírrico. María Gisela, siguiendo las instrucciones de Lamberto, tomará nota de todas las intervenciones y de todo aquello que pueda ser de interés para el futuro de los que allí están y de los que no están. Todos permanecen expectantes y en silencio a la espera de que Lamberto termine de desayunar e inicie el debate lanzando los dardos de sus comentarios y preguntas sobre los que se consideran más firmes en sus principios y defienden, con razón o sin razón, su forma de vivir y de pensar. Pues hace tiempo que venía observando que, cada vez más y con más frecuencia, los ideólogos, politólogos, políticos y propagandistas del sistema, se movían más por el pesebre que por las ideas; pasando del consabido, pienso

luego existo, al: como pienso, luego existo. Retirada la bandeja del desayuno por doña Rosa, sigue Lamberto medio reincorporado; sujeta la espalda con la almohada sobre la parte trasera del cabezal de la cama y trae cerca de sus manos las correas que María Gisela había colocado para un posible agarre, en caso de que fuera necesario; luego mira fijamente al Grillo, le señala con el índice y le interpela:

Lamberto. —Dime Culiandro, tú que eres hombre entendido en letras y tertulias, que sabes de todo, tocas todos los palos en la vida, ¿dime qué opinas y qué piensas de lo divino y de lo humano?, ¿de lo que pasa en los cielos y en la tierra, asuntos sobre los que pontificas a diario en todos los medios y las redes?

No tardó el Grillo en responder, pues siempre tenía respuesta para todo y estaba preparado para cualquier inconveniente dialéctico que se le pudiera presentar, fuera o no lógico lo que dijera, y tuviera o no relación la respuesta con la pregunta o cuestión que le había sido formulada.

Culiandro. —Ya sabes que de las cosas divinas poco opino, es cuestión de fe: crees o no crees y con eso termina mi razonamiento y basta; pero me gusta y me conviene estar a bien con los representantes de los dioses en la tierra; y en cuanto a lo humano, mi razonamiento es distinto dependiendo del lugar en que me encuentre; hoy he venido hasta aquí pisando barro y saltando charcos, sin coche oficial y sin escolta, y como puedes comprender mi razonamiento es distinto del que tengo cuando me encuentro en las alturas pisando alfombras rojas, rodeado de privilegiados y de gente que me hace reverencias; y sabes también que, si es necesario, para beneficio de mi negocio, que vea un burro volar, yo lo veo y me quedo tan tranquilo y satisfecho, y aquellos que

me miran y me admiran se lo creen. En cuanto a lo que me dices de pensar; ya sabes que, como el resto de mis paisanos, no soy muy de pensar; que soy más de Torquemada que de Ortega; más de los filósofos alemanes, como el doctor Pangloss, que de los del sentimiento trágico de la vida. Empiezo las mañanas con las tertulias de la radio y luego continuo en la barra libre de los bares y restaurantes del arte culinario, visito todos los lugares públicos donde pueda hurtar un pensamiento que me pueda servir para pasar el tiempo y justificar mis desvaríos y rutinas. El resto del tiempo, el más útil y productivo, lo dedico a ver series y programas televisivos, a enganchar y desenganchar el móvil de la red y a enviar recados y mensajes sin parar. Ya en la cama, antes de dormirme, termino escuchando a los más grandes pensadores de la filosofía deportiva que me sumergen en un mundo de superhéroes terrenales; extraterrestres, de otro planeta dicen los comentaristas deportivos, que destacan en todas las materias: “Los más rápidos, los más altos, los más fuertes”. Y por lo que veo y oigo, solo a ellos están los cielos reservados igual que a los dioses del Olimpo; y me voy quedando dormido acunado por la gloria y las hazañas de mi pueblo, de mi raza y de mi tribu. Y dicen que, mientras duermo o paseo sonámbulo por los pasillos de mi mansión, no dejo de gritar: “Este es el mejor de los mundos posibles, viva la libertad, viva Pangloss”.

Lamberto. —Percibo un cierto tufillo a chamusquina en tus ideas y observo también en las mismas la semilla de lo que luego germina y se convierte en acoso escolar, racismo sempiterno y machismo inmemorial: “los más guay y los más chachi contra el que no es chachi ni guay; el mejor deportista y el más guapo o la más guapa del colegio y sus amigos; gallitos de corral que corren engallados y rodeados de pollitas

contra el que no sabe jugar a nada ni hace deporte, o no quiere jugar nadie con él porque es gordo y le llaman gallina y empollón; desde la más tierna infancia los hay que van a colegios solo para ricos y los que van a colegios solo para la chusma y para pobres; y en los unos y en los otros siempre triunfan “los más rápidos, los más altos, los más fuertes.” Eso me suena ya de muy antiguo al superhombre que devino en catástrofe universal: solo de los elegidos será el reino de los cielos; hay veces que leyendo o escuchando a los periodistas deportivos, me parece estar leyendo a Nietzsche y oyendo las soflamas de Hitler conduciendo a su pueblo a los infiernos; por lo que, si no eres de los elegidos, tienes todas las papeletas de la rifa para ser un perdedor en esta vida y de vivir en un cenagal el resto de tus días. Veo, además, en tu filosofía mucha taberna, mucha charanga, mucha pandereta y mucha sacristía, Culiandro.

Culiandro. —Pero, para mí, no es mala la filosofía de charanga, pandereta y sacristía, y no debiera de ser mala para ti, amigo Lamberto; pues ya en nuestro siglo más venturoso, el del oro, Cervantes puso como valedores y consejeros de Don Quijote a un tuno bachiller, a un cura y a un barbero; y el hidalgo se pasa gran parte de su historia de hidalguía en ventas, que para él son castillos, acompañado de doncellas risueñas, ligeras de ropa y con mucha y triste burla; lo pone alternando con duques y pastores, y en nada desmerecen por eso sus enseñanzas y su gran sabiduría. Y si eso ocurría en nuestro siglo de oro, ¿qué quieres que haga yo en este siglo de óxido y chararra en que vivimos?; pues ninguna diferencia veo yo, entre confundir un molino con gigantes o confundir hostias con ruedas de molino; así que mi lema vital viene a ser el: “carpe diem caballeros triunfadores” y poco más.

Lamberto. —Veo que traes bien preparadas tus ponencias y bebes en las mismas fuentes que los sabios de prestigio; así que no puedo porfiar más y me rindo a la evidencia de que es buena preparación la que se consigue en las tertulias de los medios de comunicación y en las tabernas; aunque también es verdad que el color de la instrucción que se recibe de esos medios depende de quien sea el dueño del castillo y la taberna, y del ingenio humano que fabrica la realidad en la que vives y del cantero que moldea las ruedas de molinos.

En estas elucubraciones se encontraban enfrascados cuando llegó todo sobresaltado el Cinco Duros a comunicar que habían llegado unos inspectores de urbanismo y de la hacienda pública estatal a examinar las instalaciones y las cuentas del conglomerado levantado en los alrededores de la Posada Rosada.

Todos, menos Lamberto y los huéspedes habituales de la Posada Rosada, salieron por la puerta trasera que daba al arroyo de Ganapanes y se dispersaron en el descampado entre la muchedumbre que esperaba su turno de visita. Los inspectores, al no encontrar ninguna anomalía en el funcionamiento del establecimiento dedicado a la hostelería, ya que doña Rosa era muy escrupulosa en el cumplimiento de las normas y reglamentos relacionados con la manipulación de alimentos y todo lo relacionado con la limpieza y el hospedaje de personas, levantaron el correspondiente informe calificando como excelente el funcionamiento del negocio; pero no ocurrió lo mismo, en lo referente a la vida y milagros de Lamberto. Encontraron a Lamberto en su estado de postración habitual y no quiso contestar a ninguna de las preguntas que le fueron efectuadas, limitándose a abrir y cerrar los ojos cada vez que era interpelado y, a petición de doña Rosa, realizó

una demostración de su forma de levitar y de volar y mantenerse sin sujeción en el espacio bajo el techo, para que vieran que eran ciertas las cosas que de Lamberto se contaban. Vistos tales prodigios y no siendo fácil el tomar una decisión sobre una situación tan compleja y delicada, acordaron con los inspectores en que alguien, en representación de doña Rosa, se pasara por las oficinas de la Administración Pública competente en la materia, para elaborar los correspondientes protocolos y poner orden en todo lo relacionado con la ocupación y usurpación de la vía pública de los alrededores de la Posada Rosada y cobrar, lo que procediera, por los beneficios que los presuntos milagros de Lamberto producían.

Y como tenían padrinos, allí acudieron sin cita previa; y se ahorraron el vuelva usted mañana y el se hará lo que se pueda.

Pasadas algunas semanas y tras arduas negociaciones en las que intervinieron Romano y Politicastro, y con la inestimable ayuda del dinero de Zacarías el Pocero, llegaron a una entente cordial por la que las cosas seguirían como estaban hasta que un agente urbanizador reordenara la zona urbanísticamente para alcanzar las más altas plusvalía, momento este en el que tendrían que emigrar hacía otras zonas de Madrid: cañadas reales, barrancos, barranquillas, Montes Carmelos del otro lado de las vías junto a las tapias del monte del Pardo, o a cualquier otro sitio en el que, de momento, no pudieran molestar a la llamada gente de bien y turistas de la bulliciosa ciudad capitalina.

Cuenta María Gisela, en notas que constan al margen de las actas, que coincidiendo con aquellos trajines administrativos, recibieron la visita de unos fascistas filonazis que amenazaron a doña Rosa con prenderle fuego a la Posada Rosada,

con todos los pupilos y ella dentro, si no se deshacía de aquel menesteroso revolucionario y de todos los inmigrantes que allí residían. Deliberó doña Rosa con Lamberto y con los socios del negocio y decidieron que las cosas seguirían como estaban y que nadie abandonaría la Posada Rosada; si bien, acordaron establecer un servicio de defensa de cuya organización se encargarían el Cinco Duros y el Campeón del Mundo del Juego de la Rana con un grupo de amigos habituales de los gimnasios y forzudos. Y cuenta, que vinieron algunas noches aquellos fascistas filonazis cargados con antorchas y latas de gasolina, pero que fueron hábilmente repelidos por los amigos del Cinco Duros y del Campeón del Mundo del Juego de la Rana; aunque siempre con la duda de que a la noche siguiente pudieran volver a las andadas y aparecer con la gasolina y las antorchas.

Alcanzada la paz con las Administraciones Públicas y organizada con demostrada eficacia la defensa de la Posada Rosada, siguieron las tertulias y debates por sus cauces, reiterando los temas con la misma cadencia y rutina en que se repetían en la vida de los que allí acudían; y para no apartarse de los asuntos que a la gente más común le interesaban, en muchas ocasiones pusieron los pies en el suelo y bajaron los diálogos hasta aquellas cosas más rutinarias y prosaicas, planteando Lamberto problemas y dilemas de muy fácil solución.

Hablaron de las personas, de los animales y las plantas: sobre si eran más importantes los derechos de los perros y los gatos que los de las mujeres, los ancianos y los niños; sobre si tenía más derecho a la vida la lechuga o el cordero que se comía a la lechuga, de todas estas cosas hablaron y de otras muchas que reproducían, en lo esencial, la antiquísima

polémica sobre el sexo de los ángeles, el movimiento de los planetas y la redondez de la tierra. Y por iniciativa de Lamberto y de Romano, al final de alguna controversia con sustancia social, hicieron colectas para aliviar las necesidades de la familia del Rosco que, según Romano, estaba pasando por graves penurias alimentarias y habitacionales; y la verdad es, que exceptuando a Zacarías y a doña Rosa, ninguno de los presentes largaba algo más de algunas pesetillas.

También quiso recuperar Lamberto la tertulia del día de los Santos Inocentes que había sido interrumpida por la intervención de aquellos Inspectores de Organismos Oficiales y así se lo hizo saber a María Gisela y a los contertulios que estaban en la misma, que accedieron, no sin pegas, pues ya empezaban a estar cansados de romperse la cabeza con tanto razonamiento, y preferían tertulias para burlarse y reírse de lo ajeno, ya fueran defectos o virtudes.

Y teniendo Lamberto un interés especial en conocer la opinión de Adán, el Adanista, sobre algunos temas de rabiosa actualidad, dada su exuberante juventud y su influencia en los habituales de las redes, no desaprovechó la primera ocasión que se le presentó, cuando vio a Adán y a Lisita ante su lecho con sus portátiles y móviles en las manos. Hizo cuanto pudo para tratarlos con cariño, acariciando suavemente las manos de Lisita cuando se acercó a su lado a saludarlo, y apretando con más fuerza las de Adán al tiempo que se dirigía a él rezumando paz en el tono de su voz y una cierta alabanza, con suspicaz retranca, en sus palabras.

Lamberto.—Y tú Adán, que eres brillante en las lides de las redes sociales y los medios de comunicación y que disfrutas enfangado en la superabundancia de bienes de consumo, muchos de los cuales son destructivos para la

naturaleza y nocivos para la razón natural; pero que tienes escasa experiencia en cuestiones de escasez y supervivencia, ¿dime a qué estás dispuesto a renunciar, de todo eso que tú ya consumes y con lo que el resto de ciudadanos del Planeta Tierra, que aún pasan hambre, sueñan? ¿Estás dispuesto a dejar de comprar cosas inútiles, a separarte un instante de todos los artilugios electrónicos que utilizas a diario y que con sus emisiones calientan el planeta? ¿Estás dispuesto a dejar de tratar a tu perro y a tu gato como a humanos y a los niños humanos como a gatos y perros callejeros? ¿Estás dispuesto a renunciar a la sobreabundancia de lujos y alimentos en que vives sumergido y repartir todo lo que tienes con los otros? con los ignorantes, los miserables, los muertos de hambre y los necios?

Respiró profundo Adán y miró a Lisita antes de dar una contestación al sencillo dilema que le había sido planteado por Lamberto, pues era un asunto que ya había sido tratado en privado con su novia y ambos eran de la misma condición y defensores de la misma opinión.

Adán. —El perrito y el gatito es lo que tengo más cercano, con sus tiernos ojitos y sus suaves morritos y colita para besar y acariciar —respondió—. A las niñas y niños muertos de hambre no los veo y, aun así, rezo por ellos a los dioses para que los provean de alimentos, los protejan y acojan en su seno, si fallecen de hambre y de miseria. Los gatitos y perritos de compañía siempre nos producen bienestar, y los niños y niñas muertos de hambre ningún bienestar nos pueden producir; por eso rezamos sin cesar para que vayan al cielo cuanto antes; desaparezca del mundo la pobreza y los niños pobres dejen de existir; todo eso es lo que yo estoy dispuesto hacer, y no es poco; el mundo ya no es como era cuando tú

viniste a nuestra tierra; ahora puedes ver todos los días a los gatos jugar con los ratones; a los leones con las gacelas; al zorro con los gallos y gallinas, viviendo todos juntos en amor y compañía, cantando en musicales y asistiendo a bailes de alta sociedad —concluyó, convencido de que estaba cargado de razones.

Lamberto.—Sabias palabras con apariencia de verdad, amigo Adán. Pero no pienses que en esto, como en otras muchas cosas, eres nada original; en tu forma de manifestarte y actuar subyace un sacrificio, pero siempre los que se sacrifican son los otros, ya de antiguo hubo muchos hombres y dioses que, en contra de lo que manda la naturaleza terrenal, optaron por sacrificar a sus propios hijos en beneficio de su propio interés, que en unos casos denominaban general y, en otros, divino o superior; pero siempre en el cuerpo y con la vida de los otros. Y en cuanto a lo que la naturaleza del actual mundo manda; también de antiguo viene recogido en viejos textos literarios, y en muchas historias y comedias en las que se habla de la solidaridad y el apoyo mutuo de algunas especies de la tierra, como en la Celestina que nos dice: “Ninguna cosa el gallo come que no participe y llame a las gallinas a comer dello. El pelícano rompe el pecho por dar a sus hijos a comer de sus entrañas. Las cigüeñas mantienen otro tanto tiempo a sus padres viejos en el nido, cuanto ellos le dieron cebo siendo pollitos. Pues tal conocimiento dio la natura a los animales y aves, ¿por qué los hombres habemos de ser crueles?”. Hoy en día son muchos, como tú, los que prefieren la compañía de los animales y las plantas a la de seres humanos migrantes, pobres e indefensos; es mayoritario el pensamiento y la tendencia, de que cada cual arrime el ascua a su sardina y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga, como

haces tú querido Adán; y, volviendo a los tiempos que vivimos, hace poco me han contado, que en el pleito de un perro contra un hombre, en defensa de sus propios intereses, el hombre le ha rogado a su abogado que hiciera su alegato final pidiendo al tribunal que le aplicaran la ley de bienestar y protección animal que era mucho más favorable para él, que la ley de los humanos que le estaban aplicando.

Mientras Lamberto hablaba, saltó el perrito que Lisita llevaba metido en un bolso de mano y se dirigió hasta la cabecera de la cama y comenzó a lamer la cara de Lamberto que empezó a acariciarlo con ternura; parecía como si el perrito estuviera entendiendo las palabras de Lamberto y este agradeciera al perrito sus caricias; aunque tanto lameteo distraía a Lamberto, poniéndole en serias dificultades a la hora de hilvanar con coherencia su discurso.

No se distrajo Adán por el salto del perrito ni por el lame-tón que iniciaba sobre el rostro de Lamberto; y de inmediato continuó con la recién iniciada controversia dialéctica.

Adán. —Celebro que hayas entendido mis argumentos, querido Lamberto, y que hayas descubierto los florecientes y preclaros razonamientos que brotan de mi joven inteligencia que está siendo capaz de reinventar y reescribir la historia de acuerdo con las enseñanzas recibidas y grabadas en mi cerebro desde la más tierna infancia y con las nuevas verdades inventadas por otros para mí. Y con las últimas palabras aún en la boca se dirigió hasta donde el perrito de Lisita estaba y cogiéndolo suavemente lo metió nuevamente en el bolso de Lisita, desde donde comenzó a asomarse con ojos vivarachos y señales de alerta en las orejas.

Lamberto.—Es verdad que he entendido tus argumentos, pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con ellos. Si paro un instante a reflexionar sobre los mismos, pienso que no has llegado más allá de los consabidos “carpe diem” y “el muerto al hoyo y el vivo al bollo”; y juntas y confundes a gatos con ratones, a lobos con corderos y a ciervos con leones. Pero has de saber, yo ya lo he visto, que en cuanto a mascotas se refiere, vendrán tiempos en que una especie superior a la especie humana adopte a los humanos como mascotas, les obligue a vivir en su compañía y en sus casas y los castre para que no se reproduzcan de forma exponencial y desordenada. Ya hubo tiempos pasados en que algunos humanos castraban a los niños para que pudieran cantar siempre con voz melodiosa y aflautada; y, últimamente, he oído que se asombraba un buen señor, por más muestras campesino de los que tienen sentido común, de que hubiera niñas y niños, que adoptaran las posturas de sus perros preferidos: hicieran muestra cual pointer; corrieran tras las pelotas y las dieran al servicio lo mismo que el foxterrier; y con esto quiero decir, que hay muchos acontecimientos sociales en los que, aunque no lo parezca y siendo gustosos los padres, se utilizan a los niños y a las niñas para solaz de mayores: deportivos, musicales, competiciones sin fin que no ahorran en sufrimientos con tal de conseguir un lucrativo fin. Y no has de olvidar Adán, en lo que a nuestra esencia se refiere, que algún día los Infraseres nos utilizaran de mascotas, y que nosotros los humanos, que hoy habitamos la Tierra, somos parásitos de la misma y como todo parásito desapareceremos cuando el huésped muera, o incluso puede que antes, si a tiempo no se remedia.

No todos lo interpretaron igual, pero algunos dicen, que vieron a perrito de Lisita aplaudir con las orejas y dirigir su hocico y un guiño perruno hacia Lamberto en señal de aprobación con lo dicho.

Distraídos por los gestos del perro y sin que tuvieran tiempo para asimilar lo que hasta ahora llevaban oído, pidió la palabra Romano que estaba esbozando una sonrisa mientras escuchaba las últimas palabras de Lamberto y dirigiéndose al Adanista le ensalzó de esta manera:

Romano. —Como ya te he dicho en otras muchas ocasiones, te veo altamente influenciado, ilustre Adán, por las nuevas corrientes filosóficas nacidas de la factoría Disney y de las revisiones sistemáticas que hace de la historia el cine americano que han convertido en fiesta las tragedias y en una farsa la historia conocida y, entre fiestas y comedias nacidas de la influencia del último imperio conocido, te vas empapando poco a poco de su esencia como empapan las finas gotas de la niebla el manto de hierba en la pradera y la montaña y, así, calado hasta los huesos con los nuevos usos y costumbres, vas adoptando poco a poco nuevas formas de pensar y de entender la vida de los seres humanos, los animales y las plantas; nuevas formas que tú crees adoptadas libremente pero van siendo impuestas sutilmente. que han sido. Pero tú, sabio moderno y altamente inteligente, sabes como yo, que las primeras grabaciones que surcan el cerebro dejan el mismo impregnado y sembrado de ideas para siempre, de tal forma, que ni los más ilustres pensadores, con sus tratados de lógica y dialéctica, han podido borrar la huella que esas primeras gotas y semillas dejan; pero desde antiguo se sabe que son historias que se cuentan: unas veces para entretener y otras para engañar y dominar a los demás.

No dejaba de sonreír Romano mientras hablaba, lo que le pareció al Adanista una falta de respeto a su persona y a todo lo que él decía, y así se lo hizo notar con gestos de desagrado, mirando a los presentes y alzando las manos para que alguien saliera en su defensa, cosa que no ocurrió, pues eran pocos los que tenían en estima al Adanista y a su novia, y por un instante la estancia se quedó ocupada por silencios.

Llegados a este punto, con largas caras de aburrimiento que hasta los pies llegaban y no habiendo iniciado Lamberto ningún otro asunto que tratar, dieron por terminada la sesión y quedaron en continuar con los temas dedicados a la igualdad y al estado de bienestar de cada uno para otro día de Santos Inocentes.

Y en esta ocasión, como en alguna otra en que se trataron temas con enjundia existencial, después de terminar y antes de marchar, Adán y Lisita, conocedores de los antecedentes revolucionarios de Lamberto, trataron de convencerlo, con ardor guerrero, de que la guerra civil española se había producido porque en la República el pueblo se había rebelado contra Franco; manifestaciones y teorías que ya no escandalizaban ni hacían mella en el ánimo de Lamberto; pues era consciente de que Adán y Lisita, como otros muchos jóvenes e historiadores españoles, vivían inmersos en una gran fantasía. Aunque en alguna ocasión, después de tanto oír que la dictadura de Franco no fue tal y, que el tránsito a la monarquía fue modélico, duda si lo vivido por él no ha sido un sueño; pero repasa los listados de los encarcelados y represaliados por el franquismo y los de los muertos en la modélica transición, piensa en ellos y en sus familias, y concluye en lo que es cierto, que el régimen de Franco fue una dictadura sanguinaria y que la transición no fue tan modélica como dicen.

Y fue en una de esas ocasiones, cansada doña Rosa de tanta falsedad y del acoso a que sometían aquellos dos jóvenes a Lamberto, en la que quiso ponerle al corriente de lo que ella sabía de aquellos dos pollos sin cabeza, que era como ella llamaba al Adanista y a Lisita; pues siendo ella conocedora de la historia de última guerra civil, tanto por la edad como por haber vivido aquella sanguinaria, horrible y miserable guerra, no quería permanecer más tiempo callada ante las estupideces y sandeces que decían. Apenas habían llegado a la puerta de salida de la Posada Rosada, cuando doña Rosa se acercó a la habitación donde Lamberto estaba, antes de que se enfriaran los comentarios que los dos jóvenes le habían hecho, para decirle que no hiciera mucho caso de lo que Adán y Lisita defendían, que no era oro todo lo que en ellos relucía; que, para empezar, no entendía la razón por la que a la novia de Adán la llamaban Lisita, cuando su nombre era Lisarda, y que de buena tinta sabía ella que los dos habían nacido en la maternidad de Peña Chica y habían sido entregados a sus respectivas familias que arrastraban una esterilidad congénita desde hacía ya varios siglos. Lo sabía de buena tinta y porque lo oía a diario en las tertulias de la televisión y de la radio. Y, le contó también, que les había cogido una cierta manía a aquellos jovenzuelos desde que se había enterado que querían dedicarse al negocio de los matrimonios fallidos: a casarse y descasarse según le conviniera a cada uno y según estuviera la cotización de los reportajes de dichas bodas en las revistas del corazón y en los programas televisivos de cotilleos folletinescos y gran audiencia; programas de aventuras y desventuras matrimoniales, y venta y reventa de despojos humanos; y era público y notorio, entre los que acudían a la Posada Rosada, que ambos tenían también mucho seguidores en las redes sociales, pues, además de sus

éxitos literarios, publicaban en internet toda su vida, incluido todo lo que hacían en la cama cuando se acostaban juntos o con otros u otras en muchas ocasiones. Le dice que ella no tiene redes ni camina por internet, pero que María Gisela le ha enseñado un vídeo donde se les ve retozando desnudos por toda la casa. Lisita con los pechos firmes como la Venus de Milo, él corriendo tras ella igual que un pavo real; la sigue la persigue, ansioso y enamorado; ella le abraza y lo besa, y le recuerda aquel pasaje que juntos habían leído, de la mejor novela escrita en el siglo XX, en el que una mujer sabía en amores, le reveló a un hombre encendido: “Que la ansiedad en el enamoramiento no encontraba reposo sino en la cama”. Ahora con el mismo deseo se dirigen hasta el lecho, donde empiezan a jadear como truchos en el agua y terminan el trajín; luego empiezan otra vez y así repiten constantemente, como un tornillo sin fin, una historia interminable. Y dice que María Gisela le ha dicho que Margarita le ha contado que algunas televisiones lo retransmiten a diario y lo ponen en los bares. Los clientes los jalean les aplauden y babean. A doña Rosa le parece repugnante que se expongan estas cosas y María Gisela le dice que lo hacen por dinero, que al fin y al cabo es lo que importa.

Ningún comentario hizo Lamberto a la información suministrada por doña Rosa, limitándose a hacer una mueca de sorpresa sobre los conocimientos que acababa de adquirir; pues nunca fue partidario de utilizar argumentos de género o pedigrí para tener razón; y en cuanto a la exposición pública de sus furores sexuales y deseos, siempre ha considerado más estúpidos a los que los ven que a los que los exponen. Aunque sí sabía, por ser de general conocimiento en todos los mentideros, ya fueran de gente bien o de la chusma, que el Marqués

de Espantacorderos era estéril e impotente por méritos de guerra, lo que le había permitido conseguir una laureada por cada uno de los testículos arrebatados por la metralla; medallas que lucía con orgullo cada vez que se presentaba la ocasión; ya fueran bodorrios, besamanos o cualquier otro acontecimiento de índole militar, político-social o sindical. Tampoco esto le importaba ni hacía mella en su forma de ver e interpretar la realidad.

Y, en cuanto todos marcharon y doña Rosa terminó con la información que tenía reservada desde hace algún tiempo para Lamberto, este quedó dormido sobre la cama, agotado de tanto escuchar y debatir sobre verdades de Perogrullo e ideales de conveniencia, además de realizar otras actividades que doña Rosa le exigía por el bien del negocio y el mantenimiento de su bienestar. Así, cada día que venían el Adanista y Lisita, a pesar de la aversión que sentía hacia ellos, le pedía doña Rosa a Lamberto que hiciera ejercicios de alzamientos levitatorios para que pudieran ser grabados por Adán y por Lisita y expandirlos por las redes; ejercicios a los que Lamberto no se negaba, pues era consciente del trastorno que ocasionaba a doña Rosa y a María Gisela con la postura de retiro y de tumbado que había adoptado, y les estaba eternamente agradecido.

Si no hubiera sido por ellas, quizás hubiera seguido dando tumbos ideológicos por las calles y buscando lo imposible por las obras; quizás hubiera tenido que retomar la idea de montar una taberna o dedicarse al atraco de bancos con un porvenir más bien incierto y sin un lugar donde pasar pequeños ratos de tranquilidad y de alegría. Por eso se esforzaba en volar extasiado aunque no le apeteciera; por eso aguantaba aquellos ratos impartiendo bendiciones, y contando y ha-

blando de milagros que él consideraba que no habían sucedido, pero que otros pregonaban y expandían por las redes y los medios como ciertos; o a lo mejor es que era cierto lo que estaban pregonando y expandiendo; y la duda, sobre la realidad y la ficción, sobre la verdad y la mentira, comenzó nuevamente a corroerle.



calle en Peña Grande

Capítulo XIII

Remate de las Tertulias inútiles y otras fantasías de Lamberto

Siguiendo nuevamente las instrucciones de Lamberto, fijó María Gisela más días de Santos Inocentes y Libertad Republicana, para hablar, como en otras ocasiones, de la igualdad y de los muchos bienes y felicidad que depara la democracia a los seres humanos de la tierra; y por ver, si de una vez, terminaban con estos temas que ya empezaban a aburrir a la fiel infantería de la Posada Rosada y a los amigos de Lamberto; pues eran asuntos que nunca se acababan y siempre terminaban con la sempiterna recomendación de sálvese quien pueda. Y a doña Rosa lo que más le interesaba eran las visitas de Zacarías el Pocero y las de la multitud que, sin gasto alguno y a través de pequeñas aportaciones dinerarias por el solo hecho de ver a Lamberto detrás de una mampara transparente, que era como lo colocaban últimamente para que no desfalleciera con tanto toqueteo, mantenían la rentabilidad del negocio y la sostenibilidad de la Posada Rosada.

El último día en que coincidieron todos los ilustres de las romerías y los debates amaneció frío y lluvioso; barro en las calles y humedad en las casitas bajas; humedad que se agarra

a las paredes y a los huesos doloridos de los vivos. Doña Rosa, además de la calefacción habitual, que falla a ratos por sobrecarga en la red, ha encendido los braseros de cisco y en todas las habitaciones hay un olor a polvo de carbón quemado que se resiste a arder y pugna por entrar en los pulmones. Todos van llegando bien abrigados, cada uno según su razón social y situación económica: Politicastro con un abrigo de piel de piezas de caza mayor abatidas en África con carabina y fusil; Adán y Lisita con abrigo de buen paño y piel de zorro respectivamente; Culiandro, a la última moda sin reparar en el precio ni en colores; Romano el Pírrico con su chaquetón de poliéster y su gorra de aviador calada hasta las orejas, además de una bufanda de su equipo preferido, la selección española de fútbol. Todos se quejan del olor del polvo del carbón quemado, pero vienen dispuestos a aguantar estoicamente la velada; pues hoy ha propuesto Lamberto discusión sin límites ni cortapisas sobre los temas que cada uno quiera proponer.

En la última reunión que habían tenido, había rogado María Gisela puntualidad, pues se había dado cuenta de que las fuerzas de Lamberto estaban flaqueando y había veces que, en lo más arduo del debate se dormía; y, según fueron llegando, se fueron colocando alrededor de la cama de Lamberto que, sin levitación alguna y sin decir palabra, miraba a uno y otro lado, esperando que alguien se arrancara con algún tema que a todos les pudiera interesar. Y después de un gran rato de silencio y de miradas al techo, de unos a otros y a Lamberto, se arrancó Politicastro como era habitual.

Habló y se repitió largo y tendido Politicastro, como siempre que tomaba la palabra, sobre las bondades de la democracia que, según su opinión, él había ayudado a conquistar

y de lo orgulloso que estaba por los beneficios que a él y a otros como él le había reportado. Y saltándose la norma de no hablar en plural y en nombre de otros siguió argumentando:

—Tomando el hilo de lo que venimos diciendo y repitiendo sin cesar, que además es lo más justo y saludable para todos, es verdad que no todo el mundo ha progresado por igual y que hemos sido los políticos y sindicalistas más representativos los que más nos hemos beneficiado por los privilegios y derechos que el nuevo sistema nos otorga a los que somos líderes y dirigentes de las masas y del pueblo; pero es algo que tenemos merecido y bien ganado; pues hemos sido nosotros los que hemos traído este sistema y somos nosotros los que lo mantenemos con nuestro quehacer diario y con las normas y leyes que a nuestro albur confeccionamos para que todo vaya evolucionando según las necesidades del sistema y para que nadie, ni siquiera los intelectuales con más prestigio entre los medios, puedan cuestionar sus mieles y bondades. Todo esto tiene un precio que los poderes fácticos pagan muy gustosos y que incluso el pueblo llano no tiene ningún inconveniente en que así sea; pues aspira a tocar y disfrutar algún día del cielo que nosotros disfrutamos; por eso proclamamos que todos somos iguales ante la ley, que no en la realidad, y con esa esperanza viven ilusionados con la certeza de que esa día llegará, y si ese día nunca llega, ya será tarde para desandar todo lo andado y la gente se resignará a vivir con lo hasta ese momento conseguido; y proclamará sin rubor, que más vale pájaro en mano que ciento volando; a mí me gusta cómo vivo y trato de convencer a los demás que esta forma de vivir es la mejor, y aunque ellos aún no lo com-

prendan, llegará un día en que lo comprenderán y vivirán felices y totalmente reconfortados.

Lamberto. —La misma felicidad que obtiene la zorra con las uvas que solo puede mirar y que cuando no puede cogerlas para comérselas, dice que están verdes, y así se mantiene contenta el resto de sus días y sus noches, cazando saltamontes en verano y ratones en invierno, según lo que le da la naturaleza y el tiempo para poder subsistir.

Politicastro. —Bueno, en eso consiste la esencia de nuestra existencia, la libertad lo es todo: poder expresarnos libremente, poder decir que las uvas están verdes o maduras, según las podamos comer o no comer; con eso colmamos de bienestar nuestra razón de ser; y en cuanto a la igualdad, no querrás que viva igual el pavo real que la gallina, aunque ambos tengan plumas.

Lamberto.—Tienes razón Politicastro, siempre nos quedará la libertad de volar aunque no tengamos alas, la libertad de expresarnos, aunque no tengamos donde; la libertad de decir parte de lo que pensamos, en privado y en los bares; y si puede ser, servir de propagadores de rumores y mentiras, mejor que de verdades; libertad para manifestarnos en las calles y en las plazas coreando consignas programadas por aquellos mismos que se burlan de la gente con la realidad de sus acciones y sus sempiternas promesas incumplidas. Pero tú mismo habrás visto a conocidos tuyos, que hoy votan a un líder político y a los pocos días se manifiestan contra el mismo, olvidando que han sido ellos los que le han puesto en aquel lugar. Mas para ajustarnos a otras realidades, que son muchas, me gustaría conocer la opinión de Romano. ¿Qué piensas tú de todo esto? amigo Romano.

Romano. —Yo, querido Lamberto, ya no sé si pensar me sirve para algo; me pierdo escuchando a los que hablan con tanta jerigonza, petulancia, pedantería y argumentación baldía sin ser capaces de dar solución a los problemas que a mí y a otros muchos como yo nos preocupan y nos acucian, problemas que son fáciles de ver y de entender: alimentación y vivienda, para no tener que vivir y dormir a la intemperie en los bancos de los parques ni buscar comida en los cubos de basura; pienso en una sanidad y educación igualitarias; esos son los problemas que ocupan mis pensamientos a diario y me tienen en un sinvivir porque no se solucionan y siempre se aduce el pretexto de que son problemas complejos que no tienen una fácil solución. Así que, ahora, me limito a votar cuando Politicastro y sus amigos me llaman para ello y, por conciencia de clase, voto a lo que, desde los tiempos más remotos, se viene llamando izquierda; y no voto porque alguien me convenza de las bondades que predica o por interés personal. Tú mismo, Lamberto, me pusiste el sobrenombre de Pírrico, tú sabes que he sido vencedor en mil batallas, más siempre termino en la más solemne ruina y tendido por el suelo, como si fuera mi sino vivir de esta guisa; aunque como siempre he sido pobre, nunca he pensado que se pudiera vivir de otra manera; pues es sino de los pobres y de los que de ellos viven, que son pobres hasta para pedir, pobres de solemnidad: algo para comer, algo para beber, algo para calentarme, algo para los niños, algo para dormir, algo para estudiar, algo, algo, algo, un poco de todo, un poco de algo; un poco de lo que a otros sobra; a más limosna menos dignidad, a más subsidios menos igualdad. Ahora, amigo Lamberto, perdida toda esperanza revolucionaria, me dedico a votar como tú me aconsejaste en otro tiempo, y voto a los que venden arreglos, nunca igualdad; venden arreglos, nunca

dignidad: unos por el cielo, otros por calmar su mala conciencia, todos me venden algo que aparento comprar; pues los privilegios no cesan, la igualdad y la dignidad nunca llegan; y un millón de parados es solo un número, si no tienes ningún allegado o familiar que lo sea. Por lo que pienso, que por salud e higiene mental y para que nadie se lleve a engaño y no crea en las cosas que no son y que además, de momento, resultan imposibles; aconsejaría al compañero Politicastro y a sus camaradas de la política pragmática, que adaptaran los derechos fundamentales de todas las constituciones y las declaraciones universales de los derechos humanos a la realidad de la vida de los humanos, como hicieron los animales en “Rebelión en la Granja”: así, donde se dice que todos los humanos son iguales en algunos derechos, que no en todos, debe decir:

Todos los Humanos son Iguales pero unos son más Iguales que otros.

Todos los seres Humanos tienen Derecho a una vivienda digna, —siempre que tengan dinero para comprarla o alquilarla,— debe añadirse.

Todos los seres Humanos tienen derecho a un trabajo digno, —siempre que lo haya, lo encuentren y se lo den, —debe completarse.

Y así, sucesivamente, con todos los derechos humanos, para que los soñadores pobres dejen de estrellarse contra el muro de la dura realidad, y los políticos dejen de utilizar las constituciones y declaraciones universales de derechos como si fuera el bálsamo de Fierabrás; y no quede todo en: tú me das tu voto y yo te daré leyes y constituciones que, en la práctica, de nada te servirán.

Si bien es verdad Lamberto, y según tengo entendido, que tras sucesivas rebeliones de todos los animales fue derrocado aquel Cerdo que en connivencia con los humanos los tenía subyugados; y llegó la democracia que todo lo soluciona y, tras sucesivas elecciones, fueron a elegir a un Pato para gobernar la granja; lo eligieron por sus dotes de adaptación a cualquier medio: tierra, mar y aire; al bulo y la mentira del reclamo del graznar; al fango y a los infiernos. Y el pato se rodeó de gallitos de pelea que entretienen a los unos y a los otros en el circo y la gallera. Y ha puesto a un zorro viejo a guardar el gallinero, pues ante tanto gallo y gallina, pollo y polla sin cabeza, a ninguno ni ninguna se les echará de menos, por muchas que desplume el zorro o que devoren los cerdos. Por último y como remate, debes de saber Lamberto, que Aristóteles en su “Ética a Nicómaco”, hablando de la amistad y las formas de gobierno, nos viene a decir que hay una, “que debería denominarse timocracia pero suele llamarse república”.

Lamberto.—¡Romano, Romano, amigo mío!, cuando se te calienta el cerebro y se te embala la lengua, no hay manera de hacerte parar; y por Dios que se te ocurren y dices cosas en las que puedes tener razón.

Romano.—Compañero Lamberto, tú sabes que digo cosas que son ciertas, que siempre que te canto la gallina lo hago con razones, aunque otros dirán que escupo palabras; pero no me importa si con mi trabajo y algunas chapuzas gano para vino, tortas y pan tierno. Y quiero que sepas, aunque me llames el Pírrico, que si hoy estoy vivo, lo es por mi dignidad y no por tus consejos, que tu me dijiste que ya no importaba pasar bajo la cruz camino del tajo, y te dije que no, que mientras yo viviera por allí no pasaría, y daba una vuelta

de más de una hora para llegar a la obra, y gracias a eso ahora estoy vivo; y sabes que, Venancio, aquel insigne camorrista futbolero que nos recitaba los partidos de futbol todos los lunes de mañana, y que era mi vecino, por no dar tanta vuelta por allí pasaba; y un día de viento le cayó un brazo de la cruz encima y lo mandó al cementerio. Así que ya sabes, no me vendas más consejos. Y con independencia de que yo vote o no vote o deje de votar, te quiero aclarar lo que ha significado y significa para mí la monarquía parlamentaria en que vivimos, con sus leyes y elecciones: 15 días de ilusiones y esperanza, la campaña electoral; una noche de alegría o decepción, dependiendo de que haya perdido o ganado el partido al que he votado, la noche del recuento; y varios años de necesidades y penurias, más la penitencia de escuchar a diario a los políticos con falsas promesas y sandeces, hasta los nuevos quince días de ilusión. Esta es la fortuna y la penitencia que la democracia me ha ofrecido y me ofrece cada día, y no te hablo ni hablaré de otros, por respeto a las normas de discusión que he aceptado de no inmiscuirme en vidas que me son ajenas; pero sospecho y presumo que hay muchos en mí misma situación. Para mí, la democracia es un concepto todavía sin desarrollar y rellenar y, en esencia, consiste en votar o no votar de vez en cuando, por eso, en la realidad, hay tantas clases de democracias y gobiernos, según se vote o no se vote, y según lo que se vote; y en cuanto a la sacrosanta libertad, tantas veces proclamada y profanada, te diré que lo que más alegría y disfrute de la misma me produce, es el mando a distancia de la televisión y de la radio, que me permite mandar a la mierda y quitarle la palabra a todos aquellos que me cuentan mentiras, bulos y milongas, y con esa expresión le doy al botón del mando y los destierro de mi vista. Quitarles la palabra y desterrar de mi vista a: políticos,

politólogos, expertos, periodistas y demás ralea de mercenarios de la palabra, envenenadores y sembradores de mentiras, que se presentan como maestros de ceremonias de lo correcto e incorrecto, y no saben de la misa la mitad del país en el que habitan: desconocen sus leyes, desconocen la Administración de la que dependen, desconocen las leyes y las normas de la Administración que les tiene que administrar y les administra, y dan pábulo a toda clase de bulos y mentiras; por eso, y volviendo al poder que me da el mando a distancia, el grito debe ser: proletarios del mundo, obreros todos, en vuestras manos tenéis el poder de descubrir la verdad y castigar a los malvados dejándoles sin voz y desterrándoles de vuestra vista para siempre.

Lamberto. —Te veo juicioso y hasta con talento en tus ocurrencias -afirmó Lamberto-. Mas volvamos al tajo de aquello que nos ocupa en estos momentos y dime, ahora con más calma, ¿qué piensas de todos aquellos que sin instrucción ni bienes, cuando hay elecciones, votan a los partidos políticos de la derecha? A esos partidos que tienen en sus filas a dirigentes liberales que ganan a diario ingentes cantidades de dinero y pregonan que es peligroso para la economía del país que el salario mínimo suba unos pocos euros al mes; que hacen negocio de todas las necesidades de la gente, desatenden la sanidad y la educación pública; ponen la vivienda en manos de los fondos buitres y permiten que haya miles de personas que no llegan a fin de mes con el salario que ganan; a esos que permiten que miles de jóvenes tengan que vivir en casa de sus padres porque no pueden pagar una vivienda, y en realidad no les importa que haya gente durmiendo al raso en nuestras calles.

Romano. —Que ajo y agua.

Lamberto. —Pero, ¿qué dices Romano? No te entiendo.

Romano. —Que ajo y agua Lamberto, que son buenos para la salud y que sirven de alimento y, aunque anden jodidos, sarna con gusto no pica, y en caso de que picara se puede aliviar rascando, que es lo que hacemos todos cuando nos viene picando; y en asuntos de vivienda, se arregla con los entierros, el remedio más socorrido para los que no tienen dinero; pasarla de padres a hijos y de abuelos a nietos. Que ajo y agua te reitero; y si no entiendes el dicho conviene que estudies un poco de retranca popular, que es sabido de antiguo, que para los que son inteligentes, con pocas palabras bastan.

Lamberto.—Hemos de cambiar de tercio si queremos avanzar en lo que me interesa saber sobre tu actual proceder y tu forma de pensar; pues no se trata de mí, que ya di el brazo a torcer y nada espero arreglar. Quiero que me digas, pues, tu que aún estás en la brega, ¿qué piensas de los que se declaran de izquierdas y votan a la derecha?

Romano.—Tres cosas digo Lamberto: Que no saben lo que son; que no saben lo que es ser de izquierdas y de derechas, y que no saben lo que votan.

Lamberto.—¿Y si votan a la izquierda, como tú?

Romano. —Que si carecen de instrucción y estudios, y carecen de una buena herencia, de oficio o de beneficios políticos o sindicales, tendrán que aguantarse y seguirán jodidos, pero siempre les quedará el consuelo de haber sido jodidos por los suyos; con la sola diferencia de que la izquierda no tiene como lema el ¡que se jodan!; y como decía una eminencia liberal de las derechas hablando de los que él consideraba hijos de puta de derechas cuando les gobernaban y jodían: -

“son unos hijos de puta, pero son nuestros hijos de puta”. E igual que con las dictaduras, depende de su color, de quién sea el dictador y los intereses que defienda para que sean aceptadas por la mayoría de los dirigentes de la totalidad del planeta. Y como me decía una obrera, trabajadora y de izquierdas: “yo voto siempre a los míos y siempre les votaré”; ¡mas, ¡ay de los veletas que no saben quiénes son, que no saben dónde están, ni conocen a los suyos! y que según les sople el viento en el último momento así ellos votarán! Esto es lo que yo puedo decir de cuando voto a las izquierdas y obtengo los mismos resultados que si voto a la derecha: son unos hijos de puta, pero son mis hijos de puta, es lo que se llama: el derecho al pataleo, votar a los míos es el último consuelo que me queda. Es lo único que me queda de lo que algún día fue mi conciencia de clase y a lo que bajo ningún concepto tengo intención de renunciar ni traicionar, pues, aunque muchos nieguen su existencia, sigo perteneciendo a la misma clase desde el día en que nací.

Lamberto.—¿Y cuál es? Dime Romano.

Romano.—Tú lo sabes muy bien Lamberto, no querrás que empiece otra vez con la letanía de mis orígenes, de mis penas y mis glorias.

—¡No, por Dios! Descansa un poco, le dijo presto Lamberto, al ver que algunos se rebullían inquietos ante lo que veían venir, si Romano comenzada con la historia de su vida. Todos se sintieron aliviados de que tal cosa no ocurriera y de que Romano no iniciara la retahíla de hechos y dichos que todos conocían de memoria y daba para varias horas de hablar y de bostezar.

—Mejor será, que sea Culiandro, el que nos ilustre, tam-

bién, sobre estos asuntos que venimos tratando -prosiguió Lamberto -. y dado que el interés por los mismos, veo que viene decayendo, me gustaría conocer su opinión, por si en algo fuera distinta a lo hasta ahora expresado. Pero antes de dar la palabra al compañero Culiandro, agradecería a Romano, que en tema de votaciones, remate en pocas palabras, como resuelve el dilema de todos aquellos votantes que se perjudican votando; de los que votan a un imbécil, que además de ser delincuente, solo dice estupideces, insultos y mentiras, y, votación tras votación, va coleccionando mayorías, ya sean simples o absolutas.

Romano.—En tal caso y siendo breve, solo diré, que con tal proceder, los votantes, dan la medida del grado de inteligencia de la gente que a tales candidatos vota; y como decía aquel ilustre, de maquiavélico orden, hay muchos políticos engañadores, porque hay mucho engañados que se dejan engañar; y aunque solo los más necios se dejan engañar varias veces, chocando en la misma piedra, cayendo en el precipicio o entrando en el lodazal; y siendo cierto y evidente que la gente inteligente coge antes a un mentiroso que a un cojo, no deja de ser milagroso que todos los mentirosos y los que sus embustes propagan, que de tanto repetirlas, se creen sus propias mentiras y a ellos mismos se engañan. Luego están los que dicen, siendo ellos informadores, que los gobiernos no informan, cuando tienen que ser ellos los que deben informar y los gobiernos gobernar.

Y aún es más prodigioso y resulta paradójico, que cuando los medios de comunicación más prestigiosos denuncian tales mentiras, las comentan de tal manera, que mucha gente que oye y escucha tales denuncias pasa a engrosar el monto de

los creyentes en las mentiras; y sin forma de aclararse, ni los unos ni los otros, van vendiendo sus verdades y reescribiendo la historia que, a la postre, viene a ser la historia verdadera de nuestra verdadera historia. Ahora que hable Culiandro, que de todo sabe un poco, y nos puede entretener contando viejas batallas entre tirios y troyanos. Rematada la faena con su última intervención, volvió a sentarse Romano que se había levantado para dar más fuerza a su voz y poner en pie sus argumentos; pidió calma con las manos a aquellos que le aplaudían y le dio entrada a Culiandro con solemne reverencia.

Antes de empezar a hablar solicitó Culiandro, El Grillo, la venia mirando fijo a Lamberto e inclinando la cabeza. Y como era su costumbre comenzó con jerigonzas y con juegos de palabras que casi nadie entendía.

—Yo digo lo mismo que Politicastro y que Romano, y viceversa, digo yo. Siempre he vivido de la palabra y de sus formas, me da igual lo políticamente correcto que lo incorrecto; lo mismo el caos que lo absurdo, el caso es ganar dinero; aprovecho mi bien ganada fama para convertir en oro cada palabra que pronuncio; me escuchan y me ven en todos los hogares a la vez, y muchos siguen y hacen todo aquello que yo digo; me dan igual los bombardeos y las guerras, pues no hay ninguna probabilidad de que caída una bomba en mi jardín. Hace tiempo que me dedico a acumular derechos y riquezas para mí y para los míos; y son muchos, muchísimos los que me envidian y respetan; interpreto la realidad con métodos científicos; puedo soportar, sin miedo alguno, torrentes de crisis y de guerras, y sin temor a perecer entre hedores e inmundicia; pues siempre habrá carroñeros que se coman la carroña y que limpien el planeta hasta sus huesos roer. Y en

cuanto al resto de humanos se resume en dos palabras toda mi filosofía: Desde el Imperio Romano, para el pueblo pan y circo siempre ha sido la consigna, el pan que sea tasado, circo y futbol lo que pida.

Mas, has de saber querido Lamberto, que estas no son cuestiones que me preocupen en este momento. Tú sabes que soy un gran artista y literato; que también soy músico y poeta: que un gran amor patriótico corre por mis venas y que cuando hay una competición internacional y el himno nacional suena por los altavoces del estadio, me duele que nuestro himno patrio no tenga letra, y que los inocentes niños, jóvenes y mayores tengan que cantar el tachún tachún tachun, o el lololo que cantan otros; y estoy buscando y rebuscando algo en lo que todos los habitantes de la península Ibérica, excepto los de Portugal, puedan cantar sin alterarse ni perder los nervios, sin lanzarse vituperios y salivazos sobre el rostro o liarse a mamporros.

—Loable labor, —interrumpió Adán, que desde hacía tiempo venía rumiando con Lisita el quehacer de tal monumento literario—. —Espero nos des cuenta cuando termines tus trabajos.

—Así lo haré, —dijo el Grillo, —pero ya, antes de marchar, os puedo adelantar algunas palabras y conceptos que ya tengo embastados y que trataré de unir más tarde con paradojas y falacias, fiel reflejo de la comunicación y funcionamiento del país que representan y del sentir de sus gentes, políticos y habitantes de las distintas nacionalidades, regiones y ciudades; cada uno a su avío y todos un desvario. Letras y palabras unidas que humildemente someto a vuestro juicio para que me digáis si, al amparo del derecho de petición, merece la pena

llevarlo a las Cortes Generales y someterlo a su consideración.

—Con mucho gusto te escucharemos antes de marchar, -dijo Adán, -pero antes quiero, que nuestro sabio Lamberto, al que todos hemos venido contemplando y escuchando desde hace tiempo, aquí en su lecho, sin que apenas dé grandes muestras de su sabiduría y sano juicio, nos explique ¿por qué entiende él que no han triunfado esas ideas revolucionaras que él ha venido defendiendo y que tanto bien harían a la causa de los pobres y más desfavorecidos del planeta y que son la mayoría en todas las naciones, los desfavorecidos y los pobres, -dijo Adán, dirigiéndose a toda la concurrencia y mirando fijamente hacia Lamberto, en tono muy educado y de fino desafío. Y mientras Adán hablaba, Lisita confirmaba, con gestos de afirmación y miradas a Lamberto, su acuerdo con la cuestión a que Adán lo sometía.

—Te contaré la sencilla conclusión a que he llegado después de muchas horas de pensar y darle vueltas y más vueltas al devenir de los hechos y conceptos que tanto te preocupan y que entiendo tienen difícil comprensión, por ser cosas que están más relacionadas con la metafísica y la retórica que con la ciencia -dijo Lamberto revolviéndose en la cama-. Te explico: Amén de otras razones de origen psicológico y manipulación compulsiva; ni a los pobres ni a los ricos les interesaba la buena nueva que las ideas a que tú haces referencia pregonaban. Todos, los pobres y los ricos, tenían su cielo y su Dios que les confortarían después de la muerte: Los pobres un cielo en el que disfrutarían de la felicidad eterna, después de partir de este valle de lágrimas; los ricos un cielo y un Dios que les permitiría seguir viviendo en el

cielo como viven en la tierra, así en la tierra como en el cielo, dice algún verso. Y vinieron las nuevas ideologías del anarquismo y el marxismo, con sus profetas de la negación de los dioses y los cielos; así que ni a los pobres ni a los ricos les interesaban las nuevas doctrinas que les privaban de la felicidad eterna que aportan los dioses y los cielos, en los que tienen puestas todas sus esperanzas de dicha y felicidad. Y los unos pusieron sus cuerpos y los otros sus armas y dinero para derrotar a los defensores de la igualdad y negacionistas de los dioses y los cielos. Y el Señor, que todo lo provee, en esa lucha de clases que los nuevos pregonaban, fue confundiendo a los pobres para que los ricos ganaran y pudieran hacer caridad con los pobres, que de todo necesitaban, y así, los unos y los otros pudieran ganarse el pan y el cielo el día de mañana. Aunque, teniendo en cuenta que nos encontramos en el siglo veintiuno, de la era de los dioses verdaderos, no alcanzo a comprender cómo pudo sobrevivir la humanidad hasta el momento en que llegaron a la tierra estos dioses verdaderos; y con las nuevas ideologías, también surgieron los partidos, de políticos y de obreros, que maniobran para alcanzar el poder y gobernar; luego, con la enésima restauración de la monarquía, surgieron y resurgieron nuevos y viejos partidos políticos, cuyos líderes, se suelen pegar patadas unos a otros en el culo de los obreros y los pobres; y luego está esa estupidez que muchos charlatanean y defienden, de que la gente es inteligente y que sabe lo que vota; a lo que yo digo, que unos sí y otros no; si no, esos mismos charlatanes no estarían tan preocupados por los que cuentan mentiras, si esos que dicen tan inteligentes lo fueran de verdad y no se creyeran a pies juntillas tal cantidad de mentiras; y porque creer en bulos y mentiras tiene que ver más con la necedad y la ig-

norancia que con la reflexión y la inteligencia; y siendo tan necio, en realidad, el que las cree como el que cuenta y propaga las mentiras; y para que puedas entender mejor la fuerza de las palabras, la manipulación de los hechos y las conclusiones falsas, que unos y otros cantan y pregonan y que la gente se cree; te voy a contar un suceso que me ocurrió de madrugada cuando me dirigía al trabajo para ganar el sustento.

Y prosiguió, sin apenas moverse del estado de recostado en la cabecera de la cama mientras todos escuchaban, incluida doña Rosa que con el delantal en la mano se había unido de oyente a tan sabrosa tertulia, pues era de su interés y le gustaba escuchar cada vez que contestaba al Adán y a la Lisita:

—Me encontraba en un andén del metro en Cuatro Caminos, cuando vino un buen don Alguien y comenzó a gritar que un don Nadie se quería tirar al tren que con ruido silencioso se acercaba, como todos miraban y nadie se tiraba, en un pequeño descuido, se armó de valor el buen don Alguien y empujó a aquel don Nadie que cayó a las vías donde fue arrollado y, pasado aquel gran susto, todos aplaudieron al buen don Alguien porque había acertado que a las vías del metro se iba a caer un don Nadie; y ocurrió que aquel don Nadie, como era natural, bajo las ruedas del tren quedó hecho un amasijo de huesos, vísceras y sangre. Al día siguiente, todos los diarios daban la noticia de que un don Nadie a las vías del tren se había tirado, a pesar de que un don Alguien le había avisado y con riesgo de su vida, le intentó salvar. Grandes homenajes y aspavientos miles hicieron los medios a tal benefactor, y desde aquel glorioso día, por donde quiera que vaya, la multitud le palmea, le alaba y vitorea. Y siempre

y sin distinción de palabra y de opinión, del que lo ha matado dicen: que era y es buena persona; del muerto no dicen nada; vete a saber, se comenta: lo mismo era un terrorista, anarquista o comunista, de los que están camuflados entre repollos y nabos que es lo que comen los pobres cuando están necesitados; y si en lugar de haberse muerto hubiera quedado maltrecho, con la ayuda de los medios, un juez le hubiera imputado por dejarse suicidar. También te puedo decir, como última reflexión, que quizá equivocamos la táctica y la estrategia en tantas revoluciones que hemos intentado hacer; y que en lugar de tanta lucha contra el poder y el Estado, deberíamos haber dedicado el tiempo a propagar bulos malignos o falsas profecías: de que en aquellos Estados y regiones donde se celebran elecciones, siempre que gana la derecha ocurren grandes catástrofes, hecatombes y desgracias que afectan casi por igual a los ricos y a los pobres, pero que sufren los pobres sin poderlo remediar.

Y dichas estas palabras y sin más explicación cayó de nuevo en letargo. Se miraron los presentes y tras corta deliberación decidieron dejar para otra ocasión la letra del himno patrio. Más antes de salir, quiso Adán dejar constancia y remachar con insistencia que Lamberto se iba siempre por la tangente y por las ramas, sin resolver los problemas que el solía plantear y, a mayor abundamiento, siempre se quedaba dormido después de contar una historia que nunca venía a cuento, pero que él la soltaba terminando en una mueca, dibujando una sonrisa e insinuando, “ahí queda eso, para el que sea inteligente, para el que lo quiera entender”.

—Con lo cual no estoy de acuerdo, ni con que tal cosa se le permita,—dijo, alterado Adán, reivindicando su posición de polemista ilustrado y su prestigio de adanista.

Y mientras iban saliendo seguía refunfuñando, a lo que contestó entre dientes y con un gesto mundano el Pírrico de Romano, de que se creía el ladrón que todos eran de su condición y de cuando las barbas de tu vecino veas pelar echar las tuyas a remojar. Y así sin ningún sentido siguieron despotricando, el uno hablando de peras y el otro hablando de nabos; que si a tanto vale el quilo, que si a tanto vale el cuarto; que si eran churros las peras, que si merinos los nabos; ya nadie los escuchaba, ni ellos mismos se entendían, pero siguieron hablando, por si alguien los oía y se sentía reconfortado con los sacos de palabras que iban desparramando.

Ocurría con frecuencia, que después de mucho hablar, Lamberto se dormía y no había quien lo despertara por mucho que lo intentaran; María Gisela por respeto, doña Rosa de contento porque la jornada terminara para poder descansar, y los mejores amigos porque también quedaban cansados de intervenir y pensar, le dejaban dormir a pierna suelta, con pequeños intervalos de ensoñación y duermevela.

Cuenta María Gisela que en una de esas ocasiones vino a verle un viejo tiñoso, al que ella dejó acercarse hasta Lamberto, pues pensó que por su aspecto algo muy importante le tenía que decir. Le contó aquel viejo que se dedicaba a forrar pelotas con la piel de los niños muertos en las guerras de los poderosos; que se la mandaban directamente de los campos de batalla y que era una piel suave y de excelente calidad para forrar balones y pelotas de jugar; luego le preguntó si hacía bien con aquel negocio y ejerciendo aquella actividad. Nada le dijo Lamberto sobre su actividad y negocio; pues en mercado y negocios, siempre hay plena libertad; pero le advirtió de que tuviera cuidado con los que hacían las guerras y ma-

taban a los niños, pues es sabido que tienen la piel muy fina y se podrían molestar con cuando tuvieran conocimiento de su nueva actividad, y además le podrían pedir un porcentaje de los beneficios obtenidos con aquel emprendimiento. Así que siguió el tiñoso viviendo y trabajando en la clandestinidad, y vendiendo en las esquinas parte de aquellos muertos que otros habían matado con sabía reputación y gloria de sus hazañas.

Luego que marchó el tiñoso, quedó Lamberto en penumbra reflexionando en lo dicho, por si aquella reflexión pudiera traer problemas para aquel viejo que desde hacía mucho tiempo vivía muy dignamente con aquella profesión que no hacía daño a nadie, pues cuando un muerto está ya muerto, ya no siente dolor, y no hay penas ni a alegrías que asusten su corazón.

Y con estas y otras razones se distrajo algunos días hasta que llegó el momento de escuchar algunos versos que para unos eran ripios y para otros, poesía.

Capítulo XIV

Donde se dá cuenta de los ripios, sandeces y dispartes que se les ocurrieron para hacer el himno patrio

En las horas de silencios y de recuerdos perdidos, le pedía Lamberto a María Gisela que le leyera algunos pasajes de lo que había anotado en aquel cuaderno que hacía tiempo le había dado. Y fue después de haber escuchado lo que a continuación en este capítulo esta escrito, cundo le pidió que lo destruyera, que arrancara esas hojas, las hiciera mil pedazos y las tirara a la papelera; pues no tenía sentido perder el tiempo recordando algo que le producía salpullidos. Gisela no destruyó nada y lo dejó tal y como estaba; por si, algún día, ella lo quería volver a mirar; pero se puede saltar su lectura, sin que en nada desmerezca la historia que aquí se cuenta sin entrar en pormenores, que es, que un hombre vivió tumbado durante más de cien años.

Llegado el día señalado para los juegos florales y dar cuenta de las letras que algunos habían inventado, comenzaron a llegar en primer lugar aquellos que se habían prestado voluntarios a colaborar en tal empresa creativa: llegaban ataviados con trajes regionales y acompañados de fanfarrias con instrumentos de la más variopinta procedencia, y era tal el gentío que venía danzando al compás de la música y las le-

tras que de inmediato se dieron cuenta de que tenían que habilitar la explanada de la cerámica para dar cobijo a la multitud y, como el día era bueno y soleado, mandó doña Rosa sacar a Lamberto con la cama y colocarlo en lo más alto de un templete entarimado que había improvisado para que pudiera ser contemplado por todos los comparecientes al evento.

Y, en cuanto fue colocado en tan alto pedestal, antes de que nadie abriera la boca para hablar y apropiarse del tiempo y la sorpresa de ser el primero en actuar, mandó Lamberto callar para explicar las normas del certamen y dar la palabra a Culiandró por ser el primero al que se le había ocurrido tan brillante idea de crear la letra de un himno nacional que aún no la tiene.

Callaron las fanfarrias, se fue apagando lo poco que quedaba del murmullo de la gente y, con voz clara y dicción lenta, comenzó Culiandro a leer lo que traía escrito en unas cuartillas que sacó de uno de los bolsillos del chaleco, y señalando a cada uno de los que le habían acompañado ataviados con sus trajes regionales, comenzó de esta manera:

“Viva el sombrero andaluz

y la boina castellana,

la parpusa madrileña

y la montera asturiana

el cachirulo de Aragón

y la barretina catalana.

Viva la montera gallega

el sombrero de León

y la boina de navarra
la rodina de Valencia
y la gran txapela vasca.
Viva el calañés murciano
y las boinas belloterías
de cualquier lugar de España.
Viva el norte y su estrella polar,
viva el viento y su estrella del sur,
viva el centro y sus campos de oro,
vivan las brisas marinas,
cargadas de agua y de sal.
Viva el Este y el Oeste
viva el Norte y Viva el Sur
y que vivan todos juntos
con sus vírgenes y brujas,
con sus mártires y santos,
con Santiago el de la espada.
del que todos son devotos,
y al que van en romería,
sea cual sea su credo,
sea cual sea su lengua,
sea cual sea su patria.
Viva el vino y las anchoas,

de Rioja y de Cantabria,
la sobrasada Balear
y las mieles de la Alcarria.
Viva el sol de las Canarias.
Y vivamos todos juntos,
vistiendo camisa limpia,
calzas verdes y alpargatas,
junto a las cabras autóctonas
que pueblan nuestras montañas”

—O, si queréis, mejor este, continuó, sin apenas respirar—. Todos tienen paño aquí que les pueda confortar, cantar, cantar y cantar, cada cual lo que le corresponda, respetando y no pitando, hasta llegar al final:

“La bandera blanca y verde.
Nos ha llevado el tiempo al confín de los sueños.
Asturias patria querida.
La Balanguera misteriosa.
Soy la sombra de un almendro.
Cantabria querida.
Somos campos de Casilla y de León.
Somo austeros e hidalgos.
Cataluña triunfante.
Salud, noble ciudad.
Nuestras voces se alzarán.

Que dicen los rumorosos.
En la costa verdeante.
Yo estaba en el medio.
Murcia la patria bella.
Entonemos un himno delante.
Por Navarra,
Tierra brava y noble.
Arriba y arriba Euskadi.
Mi tierra es la Rioja, Logroño es mi pueblo.
Para ofrendar nuevas glorias a España.

Terminada la lectura del esbozo de los himnos, se inclinó Culiandro e hizo una reverencia a Lamberto y a todos los demás que allí estaban, y doblando el papel en el que lo leído estaba escrito, lo guardó en el bolsillo de donde lo había sacado.

La multitud se arrancó con aplausos y gritos de alegría que desconcertaron a Lamberto y al resto de entendidos en materia de himnos e hidalguía que quedaron en silencio y con la misma cara de estupefacción que se les quedó cuando Adán les leyó sus primeras letras sobre el inicio de su tercera parte del Quijote. Lisita intentó iniciar un aplauso, pero al ver la cara de asombro de Lamberto y la del resto de tertulianos habituales, reprimió el intento; pero no pudo ahogar un grito de júbilo y exaltación patriótica: ¡histórico, histórico, histórico!

Cuando se apaciguaron los clamores de la multitud y el silencio volvió al cauce, siguió con el turno Romano, que para justificar su actuación, dijo para los más allegados que lo re-

volucionario no quitaba lo patriótico y cortés, si de himnos y cantos heroicos se trataba, y que ya era hora de que los poetas se pusieran a cantar las hazañas de la península ibérica y sus pueblos, restando Portugal que, desde la batalla de Aljubarrota, nada tiene que ver en esta guerra; pues entiende él, que mientras el himno no tenga una letra que todos puedan cantar, España no será un Estado completo. Aunque él lo haría mucho más breve y sencillo, con frases y palabras que también nos identifican desde la más tierna infancia, cuando aún no tenemos el cerebro dañado por ideas y pensamientos tóxicos, ni adornado con complejos nacionales de armadas invencibles, imperios sin fin y destinos universales; y diría así: “Mama teta, culo caca, pito, pis; verdes cardos borriquetos vienen siendo nuestro sino desde el gato al perejil”; que traducido a lenguaje más pedante y patriótico podría decir: “Ínclitas razas autónomas; madres, patrias, ¡que sopor!; única ubérrima patria con el balón por blasón; vuestros hijos, vuestras hijas, peloteros, peloterías, son el signo de la unión; corriendo tras la pelota, siempre estaremos unidos, corriendo tras la pelota nadie nos gana en valor. Ínclitas razas autónomas, con banderas y balón; enarbolar de pendones, lindos toques de balón: cada pueblo con su trapo, todos con el mismo balón; que vivan los futboleros, hijos de las madres patrias, corazón de nuestra unión.” Y dados los múltiples problemas que a menudo se plantean de orden público, por el ardor guerrero de los hinchas del balón, se podría acompañar de este estribillo: “Soy familia de Platero, del rucio de Sancho Panza; soy libre comiendo hierba; genio tocando la flauta; soy hijo de toro y diosa, pedigrí de pura raza, vivan los reyes de Iberia, vivan todos con sus patrias”. Y si tuvieran razón los que hablan de revanchas, este sería el apropiado y que canta el pueblo en toda España:

“Si los curas y frailes supieran
la paliza que les van a dar,
subirían al coro cantando,
libertad, libertad, libertad”.

Fuego salía de las palmas de tanto que le aplaudían, lo que enardeció a Romano que comenzó a improvisar:

—Y ya puestos en tarea, podemos continuar poniéndole letra al de Europa que la va a necesitar, letra que sea bailable y que la puedan bailar los líderes más insignes de la Europa Liberal, y que podría decir: Me gusta cuando suena por las redes: ¡veeeeeeeeeeeeeeee! y el eco le contesta por los medios más potentes: ¡vaaaaaaaaaaaaaaaaa! Me gustan los conflictos y las guerras, me gustan las bombas que al caer hacen bum y hacen bam, con mil muertos por allí y con cien mil más por allá; y ninguno por aquí, en el recinto señorial, ¡viva el bum y viva el bam!”.

La gente nuevamente comenzó a rugir de entusiasmo y aplaudir.

—¡Joder, joder, joder!, Esto se nos va de las manos y no hay quien lo pueda aguantar; refunfuñó Lamberto, embozado con la sabana.

—¡Histórico, histórico, histórico!, como el día de la Marmota y la Gabarra, como las celebraciones en Neptuno, Cibeles, y Canaletas. ¡Histórico, histórico, histórico! —volvió a repetir Lisita con voz de alegre chirimía. Viva Franco, viva el Rey y la Santa Inquisición y que vivan los tres juntos, viva su revolución! Este es el himno que quiero, el himno más español; proclamaba fuera de sí Lisita dando saltos de alegría.

Alzó la mano Lamberto después de oír a Lisita, para hablar con un susurro que se expandía por la campa, y manifestar a las claras que no le gustaban esos himnos llenos de ripios, falsas verdades y bulos, y que ni en gorros ni chapelas somos pacíficos pares, pues los hay que quieren los frigios, igual que los setembrinos; y que poetas tenemos para hacer himnos mejores, y que espera llegue un guapo, sea rapero o poeta, que meta en el mismo saco Cibeles y Canaletas, y a todos aquellos otros que, tras dividir y entregar en trozos la piel del toro y sus tierras, van repartiendo indulgencias para subir a los cielos sin obstáculos ni penas. Tiene que ser algo breve, de charanga y pandereta, que quepa en los pantalones o escrito en la camiseta; parecido a lo que sirve para cobrar sin disimulo y que lucen los deportistas, escrito en el pecho y el culo.

—Mas no se podrán hacer himnos que a todos puedan complacer —continuó Lamberto su susurro—, mientras haya una derecha que dé a España el mismo trato que el escorpión a la rana: El Escorpión las derechas, la Grande y Libre la Rana; y, aunque sin declaración formal y sin algaradas ni fiestas, mientras unos ladran y rezan por la patria y su grandeza, otros les van colando cuñas y morcillas de total independencia. Pero, para que veáis que me mojo y no quiero escurrir el bulto, este es el estribillo que propongo y que podría servir para los más viejos y para los jóvenes; pues, aunque tenga algunas licencias a los cielos y a las armas, muchos viejos las anhelan y de vez en cuando las cantan. También serviría para los jóvenes, que esperan lluevan del cielo el maná y las regalías, que codornices y pájaros ya tienen en la cabeza para repoblar mil granjas y soñar con varias vidas. Este es el estribillo, que sirviendo para todos, yo gustoso pondría:

Nací en un país de leyes y carente de derechos, no tengo trabajo digno ni casa donde vivir, mi futuro está en el cielo y mi defensa en un fusil, que viva el Papa de Roma, ¡viva la Guardia Civil!, el primero me da el cielo, con indulgencias y bulas; el segundo me defiende con su tricornio y fusil. Leyes que siempre son de embudo y muy largo de fiar, con convites en el cielo y embustes a capazos; depende de quien las haga y de quien ponga luego el cazo, ¡vivan los lobbies del mundo y los grupos de presión! Quien más tiene más presiona, el tener da la razón. Que vivan los fondos buitres, que se lucran con viviendas, que vivan los liberales y viva su libertad, y que vivan todos juntos, con razón o sin razón, ellos con la andorga llena, yo sin pan en el zurrón.

Terminado su discurso y sin dar mucho tiempo a los aplausos que tronaban a rabiarse, se dirigió presto al adanista para que expusiera sin tiento y sin límite de tiempo, cuanto tuviera avanzado sobre su himno soberano.

Tomó la palabra Adán y habló durante varias horas sin que nadie le cortara: se remontó a los romanos, luego habló de los conejos, de los cabritos y cabras; de armadas invencibles y de sublimes cruzadas; fue soltando poco a poco todo lo que había acumulado en tantos años de instrucción y enseñanza concertada; que somos un país de conejos; pero también lo somos de cabras, y que la cabra tire al monte es natural de las cabras; que las cabras no andan solas, que vagan por las montañas con cuernos como los toros; que los toros son cultura con tronío y elegancia, más que el Domine Cabra, que deben vivir contentos y con vida regalada, que han de comer pasto fresco por praderas y cañadas, para luego ir a los pueblos a entretener en las plazas y morir como valientes por la patria y por la raza.

La gente escuchaba con atención y en silencio, y aplaudía a rabiar cada vez que pronunciaba las palabras patria y raza; y le gritaban: ¡torero, torero! y ¡Arriba España! Muchos camisas viejas enarbolan sus banderas, cantan himnos de sangre vertida y de grandes epopeyas subiendo verdes montañas.

—¡Joder, joder, joder! —volvió a refunfuñar Lamberto—. Esto se nos va de las manos. Yo que soñaba silencios, me encuentro con estos fastos, no es necesario sembrar vientos para tener tempestades.

Luego masculla entre dientes, para que los intervinientes lo oigan, que desaprueba sus himnos, que no le gustan sus obras, que desaparezcan de su vista y le dejen caminar con sus luces y sus sombras, que le dejen descansar.

Muy contrariados quedaron los autores de los himnos con la crítica de Lamberto, en especial Culiandro que había esperado sus alabanzas tras los aplausos recibidos del pueblo llano y entendido. El gentío ya se ha ido, el descampado va recobrando el silencio entre montones de basura y corrillos de rezagados que observan como unos jóvenes cargan con la cama y Lamberto y lo llevan en volandas hasta el sitio que tiene reservado en la Posada Rosada. Los autores de los himnos que habían sido desaprobados por Lamberto comienzan a desfilar en busca de sus vehículos y marchan haciendo peinetas y algunas pedorretas que Lamberto ya no ve; pero que sí ve doña Rosa que desaprueba tales gestos de falta de consideración y respeto a la persona de Lamberto.

Hubo un pequeño incidente poco antes de marchar, pues había querido Culiandro, con la esperanza de ganar, que se votara aquel himno que se debía presentar a las Cortes Generales para ver si lo aprobaban y se podía cantar a diario y

sin parar; pero todo se enredó, y entraron en un gran lío de padre y muy señor mío, cuando alguien planteó que antes tenían que votar si votaban qué votaban y si aquello que votaban se tenía que respetar y cumplir con lo votado. Y después de aquel gran lío terminaron sin votar lo que tenían que aprobar.

Cuando todos han marchado, los encargados de la intendencia van limpiando el descampado y lo dejan todo listo para que al día siguiente continúe la romería y los devotos y devotas de Lamberto puedan hacer sus plegarias y continuar con la fiesta. María Gisela se acerca hasta la habitación donde se encuentra Lamberto y le resume lo que ha recogido en el cuaderno de actas mientras doña Rosa prepara la cena para los huéspedes de la Posada Rosada y para el staff organizativo del negocio, cena que prepara con esmero y con las viandas y especias necesarias para que todos la puedan disfrutar sin impedimento religioso alguno.

Durante la cena se cuentan las últimas anécdotas ocurridas durante el día, tanto en las tertulias del interior como en las colas de la romería del exterior. Lamberto se queda en su habitación y no participa en estos anecdóticos de risas y jolgorio; aunque los oye desde la cama y también suelta algunas carcajadas hasta que se queda dormido.

Hoy ha dicho el Cinco Duros que ve al viejo derrengado, que le cuesta levitar y que su voz ya no es firme; que cree que va siendo hora de que vayan tomado medidas para evitar la debacle de lo que pueda venir; que deben organizarse para cuando el ya no esté; que sería una desgracia desperdiciar tanto potencial, tanto en bienes y derechos como en regalías adquiridas.

El campeón del mundo del juego de la rana es de la misma opinión que el Cinco Duros y dice que lo ve como una pelusa de chopo en primavera: frágil, débil, volandera; y que sería una desgracia desperdiciar tanto talento acumulado por los años, pues de antiguo se dice que sabe más el diablo por viejo que por diablo; lo mismo dice Vitrubio, el campeón de la rana, que desde muy niño y luego de joven, instigado por las ideas economicistas de su padre, había cambiado los estudios reglados y la ciencia por la práctica de toda clase de deportes, desde su más tierna infancia había destacado en el juego de la rana y, desde siempre había vivido y vive con la ilusión y la esperanza de que alguno día el juego de la rana sea declarado deporte Olímpico y, así, adquirir fama y fortuna que es lo que le importa a él y a su padre, y también a la familia; mientras tanto, vive como el resto de colaboradores de la Posada Rosada, al rebufo del negocio nacido alrededor de las ocurrencias de Lamberto. Todos, menos doña Rosa, estuvieron conformes en empezar a repartir, aunque de momento sea de manera virtual, y organizar el futuro de forma ya más real. Pues todos eran también conscientes, ya que Lamberto, en tal sentido, les sermoneaba y a diario les recordaba, que sin líquido monetario era imposible emprender negocio alguno que pudiera resistir los envites de este mundo, tan liberal y cruel, que siempre en el mus juega a la grande cuando las cartas ha visto, que desprecia a los perdedores y solo les regala palabras para iniciar nueva vida; y en las noches de luna nueva, cuando la oscuridad es más inmensa y es difícil distraerse ante tanta negritud, les regala frases cortas para aprender a pensar:

—Consejos vendo que para mí no tengo y obras son amores y no buenas razones -les pregonaba cual vocero, cual alguacil y tendero.

Aunque parezca que no, que ni le oyen ni le escuchan, sus enseñanzas recuerdan, mantienen en la memoria y cuando pueden respetan, son posos de la razón que como rayos de luz les van marcando el camino; mas, cuando alzan la mirada, el camino está ya solo, solo el polvo como aliento, calzas rotas y alpargatas que se arrastran; de los bulos les advierte, de las mentiras les habla; por ahí les dice que ha visto a Baco con su vieja bacanal, con sus pellejos de vino, con sus tabernas abiertas, con los viejos lupanares, sus puertas de par en par, disfrutando como nuevo de algo que ya es más viejo que la tos y que la sal.

Se da vueltas en la cama, levanta los brazos al techo, les habla con voz tranquila y les habla de remedios que pueden poner en práctica para no desfallecer; mira y los encuentra intranquilos cada vez que se le acercan, solo a María Gisela y a su madre las encuentra con entereza para seguirle hasta el fin que está viendo que se acerca.



Tranvia 73 a Peña Grande

Capítulo XV

Final seguro y cierto

Según han ido pasando los días, las semanas, los meses y los años, desde que tomó la alta decisión de apartarse del mundo para siempre, el ánimo y las fuerzas de Lamberto se han ido debilitando. Y aunque él no lo creyera así, ni fuera consciente del paso de los años; pues cada mañana al afeitarse y ver reflejado su rostro en el espejo, siempre se veía igual que el día anterior, por lo que nunca dejó de verse igual que el primer día que se afeitó y vio reflejado su rostro en el cristal; lo cierto y verdad es que su cuerpo se había ido desmoronando poco a poco.

La falta de actividad física de Lamberto ha ido minando sus músculos y la piel de su cuerpo se ha ido arrugando como una cereza pasa a la que solo le queda firme el hueso y, aun sin quererlo, también al afeitarse, no ha podido sustraerse a la contemplación de unos pellejos sembrados de venas y de arrugas, y que colgaban de sus brazos como trapos tendidos o como adornos de un armazón de marionetas. Y aunque aún sigue manteniendo una cierta agilidad intelectual, ya no tiene ganas de discutir sobre temas que requieran profundidad argumental y un mínimo de razonamiento lógico; asuntos que, además, son difíciles de abordar con personas que se rigen por dogmas basados en la fe y en creencias sobrenaturales de

muy difícil entendimiento; tendencia a la que se van reconduciendo poco a poco casi todos los que acuden a visitarle a la Posada Rosada. Todos, incluido Romano el Pírrico, han ido aceptando este mundo como el mejor de los mundos posibles; y van escaseando los temas sobre los que hablar y polemizar con un cierto grado de razonamiento basado en la inteligencia natural. También ha ido perdiendo poco a poco el gusto natural que sentía por la lectura. El último libro serio que ha tenido entre sus manos se titula: “El sexo a partir de los setenta”; lo había conseguido hacía ya muchos años en las librerías de viejo de la Cuesta de Moyano, en los alrededores del parque del Retiro; tanto el título como la temática le habían parecido interesantes y lo compró. Apenas tenía veinte años cuando lo compró y no le pareció oportuno perder el tiempo con su lectura en aquel momento, y lo guardó en una vieja caja de cartón que siempre llevaba de un sitio para otro con sus libros más queridos; pero ha resultado que, ahora, cuando lo ha abierto para hojearlo, todas las páginas estaban en blanco, y no sabía si era porque, por viejo se le habían caído todas las letras y palabras o porque, desde su nacimiento, había sido concebido así por el autor y el editor. El caso es que, poco a poco y cada vez con más frecuencia, va dando descanso a su vista cansada y entretiene menos el tiempo con lecturas.

En los ratos que se mantiene con la mirada y la mente en blanco, va tomando conciencia de que su tiempo se acaba y está viendo la necesidad de plantear nuevamente a María Gissela y doña Rosa el que se encarguen de los cuidados de los últimos días de su vida. Mientras había sido joven y fuerte nunca había pensado que algún día tendría que morir; pero ahora, que ya no es joven y el cuerpo está débil, siente la ne-

cesidad de pensar en lo que ha de ser inevitable y en los remedios que tenía que poner para que la espera y el trance no le resultaran angustiosos. No tiene ningún interés en acortar su vida, pero tampoco lo tiene en alargarla artificialmente cargado de tubos y medicamentos. Les dijo que no quería que le llevaran a ningún hospital y les pidió, como último favor, que le dejaran morir en la cama en la que había estado postrado en los últimos años. Para ablandar aún más su corazón, les dijo que no quería que le pasara como a su amigo el Profeta Guerrillero que murió solo en la habitación de un hospital aquejado de una pequeña dolencia que le impedía caminar y moverse con soltura; y les contó, cómo un enfermero avisado e ingenioso le diagnosticó a su amigo, como dolencia ya incurable: “mayor de noventa años”, lo cual era una edad exagerada para seguir recibiendo cuidados sanitarios. Les dijo que aún recordaba cómo, cantado el diagnóstico del Profeta con el mismo tono que emplearía un camarero madrileño para pedir la comanda: “marchando una de gambas”, lo aparcaron en una habitación, en una cama, y lo sondaron para que no diera problemas a la hora de mear. La vida en la planta del hospital siguió su curso habitual: unos días se morían unos y otros días eran dados de alta otros; allí nadie se quedaba mucho tiempo. Lamberto que había oído el diagnóstico de su amigo, y que luego había visto como se había ido consumiendo y apagando, allí aparcado; no quiso que la historia se repitiera en su persona, y les rogó que le dejaran seguir en su bancada hasta morir. El Profeta Guerrillero, como Lamberto, había confiado en la revolución para disfrutar de una vivienda digna; pero tuvo que conformarse yendo de un sitio a otro, a merced del mercado inmobiliario de los fondos y los buitres, con el hatillo de sus pocas cosas sobre el hombro, buscando pequeños lugares donde cobijarse.

Aceptada la última propuesta de Lamberto por doña Rosa, más por piedad que por interés económico que ya no necesitaba, siguió este en la Posada Rosada hasta el final. Cuidado con esmero y con cariño, no tuvo Lamberto sufrimiento de clase alguna más allá del producido por la pérdida de la memoria que, al principio, alteraba su estado de ánimo tratando de recordar aquello que ya no podía recordar; la ausencia de recuerdos le fue sumiendo en un sueño sin retorno del que ya no podía escapar; y más tarde, debido a la pérdida de energía vital, ni siquiera el intento del recuerdo le era permitido por su cuerpo y su cerebro. Los estímulos y deleites comenzaron a ser totalmente primarios: unas veces pasaba horas enteras mirando el techo blanco de la habitación recién enjalbegada; otras mirando la pared de enfrente y el vuelo de las moscas que pasaban y sin que su vista las pudiera ya seguir; las menos de veces mirando el resplandor de la luz que atravesaba el ventanuco y sostenía en sus rayos millones de diminutas motas de polvo, intentando la imposible tarea de contarlas. En esos momentos de penumbra sí que recuerda con nitidez el día en que nació, el día en que salió del mar después de ver su fondo cubierto de niños muertos; recuerda las praderas de posidonia sembrada de esos niños; y recuerda que al salir le preguntó a su madre sobre el tiempo que podría durar vivo un niño bajo las aguas negras. Debido a esos recuerdos, ha dejado de comer peces y marisco de los océanos y mares, por si alguno de ellos se ha alimentado de sus tiernas carnes.

En los últimos meses, antes de su cataclismo general, la mayoría de los antiguos amigos y compañeros de Lamberto dejaron de venir a las tertulias, y las romerías multitudinarias se fueron apagando lentamente. La gente, poco a poco y

según las modas, se fue marchando a otras romerías: unos, a contemplar nuevos milagros en algún pueblo de los alrededores de Madrid; y, otros y otras, a zonas de la ciudad donde eran más abundantes las salas de fiestas, las tabernas y los bares. Solamente Zacarías y Romano siguieron acudiendo de vez en cuando para hacerle compañía, y permanecían a su lado rumiando recuerdos y silencios. Algunas veces, cuando viene Romano y Lamberto se encuentra más animado, le pide que le lea el discurso de Don Quijote a los cabreros, versos de Quevedo, o algunas páginas de un pequeño gran libro que encontró tirado junto a un montón de papeles y otros libros, titulado “El fin de la esperanza”; y con estas lecturas se ríe, se entristece o se consuela, según la lectura que Romano haya elegido para el momento, de acuerdo con la petición y el estado de Lamberto. Cuando Romano termina con el discurso a los cabreros se transforma en Don Quijote y grita: -El dilema no es, ser o no ser; el dilema es, tener o no tener, amigo Sancho. Otras veces, repite continuamente y entre sueños:

—Felices tiempos aquellos en que soñábamos con la eliminación del hambre y la pobreza, con la terminación de las guerras y el principio de la paz y la hermandad universal; pero hemos acomodado nuestra forma de pensar a nuestra forma de vivir y a nuestra vida, ya no nos duelen los dolores de los otros, hemos hecho de nuestra capa un sayo y nos hemos acostumbrado a desayunar con muertos y con malvados; da igual que estén en nuestra mesa o en pantallas de cristal, los muertos son siempre muertos y los malvados, malvados, y da igual que asesinen uno a uno, como hacen los sicarios, o que asesinen en masa, como se hace en las guerras, ya sean por dioses o tierras, por intereses o ideas; los muertos son siempre muertos y los malvados, siempre malvados.

Algunos días de los que no viene nadie a visitarle se disfraza de revolucionario jacobino y así, revestido con la nueva vestimenta, incluido el gorro frigio, se sienta sobre la banca o se tumba sobre la cama y le suelta su discurso a doña Rosa que le escucha con atención y por humana compasión; y desde el estado de sentado o de tumbado en que se encuentra le habla a doña Rosa con cariño y, sin que esta entienda nada, le dice que visto lo visto y lo no visto, y leído y dejado de leer cuanto a la esencia de las revoluciones ha sido escrito y se refiere, la Revolución Francesa es la única que tal nombre merece; pues acabó con los reyes de un feroz guillotinado y, en lo referente a los asuntos celestiales, desde esa fecha, ningún Richelieu ha vuelto a gobernar en la nación de los gabachos; le habla también del resto de monarquías europeas, preñadas de protocolos medievales, no guillotinas pues, defendidas por ejércitos adeptos al sistema protocolario y bien alimentados, y servidas por súbditos leales que les rinden pleitesía en festines y festivales; y en cuanto al mundo, ese mundo que le ha vencido y apartado de la vida, al final se ha dado cuenta que hay tantos mundos como personas sobre la tierra, que cada persona tiene su mundo en su cabeza. Nada entiende doña Rosa de cuanto sale de la boca de Lamberto; pero le encanta verlo tendido sobre la cama, antes fuerte como un roble, ahora débil como un junco en una rambla; le gusta contemplar su vestimenta y en especial ver adornada su cabeza con ese gorro que ella misma ha elaborado. Tan singular vestimenta había sido confeccionada por doña Rosa a petición de Lamberto siguiendo los patrones encontrados en una enciclopedia y otros libros de la época, trabajos de costura que produjeron en doña Rosa una gran satisfacción, pues siempre había querido trabajar en la alta costura y tal encargo a ella se lo parecía. Es por eso que lo contempla

con cariño, pues además de no entender nada de lo que Lamberto dice, ella es más partidaria del boato de las monarquías con protocolos medievales.

Y así, sabiendo que se iba a morir, pasó Lamberto Burlado los últimos días de su vida acompañado de María Gisela y doña Rosa, sin que la una o la otra se apartaran ni un momento de su lado.

Para entrar en otra vida camina sobre la nada. Se para el tiempo, se para el mundo. Doña Rosa le contempla, María Gisela le habla. Ahora marcha, ahora vuelve. Todo resulta más fácil de lo que él había imaginado, caminar sobre la nada viene a ser como un sueño, le dice a María Gisela con los ojos, sin palabras, y se marcha.

Había redactado Lamberto sus últimas voluntades dejando todos sus bienes y derechos a las dos acompañantes; pues ningún familiar tenía que fuera legitimario de sus bienes y hacía algún tiempo que había descubierto que era hijo de unos titiriteros que le habían dejado abandonado en el sopor-tal de una iglesia de una pequeña aldea de Castilla; y desde que se enteró de tal acontecimiento, se consideró un elegido de dioses y diosas de tercera, de secano; y tomó conciencia de que carecía de poderes para salvar a los humanos y a la tierra, y de que ninguna preocupación le tenía que embargar en tal sentido; pero esto será ya otra historia y ahora no le queda tiempo para más; también les legó un pequeño envoltorio con algunos papeles manuscritos que les dijo los entregaran a Romano si, después de que hubiera muerto, volvía algún día por allí.

Y, como ya se ha dicho, son esos papeles manuscritos, más algunos añadidos, los que cuentan la historia de Lamberto,

que Romano ha leído y releído, una y otra vez, en compañía de doña Rosa y María Gisela; reconfortándose con los buenos recuerdos y desechando aquellos que no merecía la pena recordar.



Cárcel de Carabanchel. Madrid

Capítulo XVI

Lo que le pasó a Lamberto después de muerto

Para terminar bien la historia, lo más fácil sería decir que después de muerto resucitó, y continuar con otra vida y con la costumbre inveterada de: ahora que estamos despacio vamos a contar mentiras; pero, en esta ocasión, no ha sido así, y Lamberto ha sucumbido por los embates del tiempo y las penurias del mundo.

Una vez muerto Lamberto lo redujeron a cenizas y las esparcieron por el barrio y por las obras sin dar cuenta de ello ni a las autoridades ni a los vecinos. Solo María Gisela y doña Rosa, y los amigos más allegados estuvieron presentes en el acto.

Las proximidades de la Posada Rosada y sus alrededores fueron volviendo poco a poco a su estado natural. La Reina de Copas y el dueño del Botellón de Madrid compraron la Posada Rosada y la transformaron en el palacio con el que siempre habían soñado: Un universo de luces y de sombras, cinco barras americanas a sus lados y un templete en el centro para bailar; más infinidad de apartados y de alcobas para recogimiento y retiro de los más notables y de popular conocimiento; y llenaron el local de chicas del Este de Europa y

Ultramar que venían en busca del dorado de la libertad duradera y el sempiterno bienestar.

El Cinco Duros y el Campeón del mundo del juego de la rana volvieron a sus quehaceres habituales, unas veces en El Botellón de Madrid y otras veces en el Cerro de los Locos, vivían del juego y de las trampas en el juego; y de algunas otras mamandurrias y de lo que habían ganado y no gastado en los años de vacas gordas por las romerías y las visitas del pueblo llano a la Posada Rosada en busca de los consejos y milagros de Lamberto.

María Gisela y doña Rosa, con lo que les dieron por la Posada Rosada y un solar adyacente que habían adquirido a buen precio en los momentos más álgidos del negocio romero, compraron un palacete en Cuatro Caminos y, aunque con el dinero que les sobró hubieran podido vivir con holgura y esplendor el resto de sus días, María Gisela montó el hostel con el que siempre había soñado, con cuarto de aseo y ducha en todas las habitaciones, para que los huéspedes no tuvieran que ir a ducharse a los baños públicos de Alvarado. Con tanta dicha y bienestar, volvió María Gisela a recobrar la esperanza de encontrarse algún día con Amado; pues alguien le había dicho que habían visto al Mochuelo jugando al chito en el Cerro de los Locos.

Y aún a pesar de que, aquellos negacionistas que vinieron un día a verle habían creado el movimiento de Tumbados Anónimos, asociación sin ánimo de lucro, para difundir sus milagros, sus ideas y sus hechos; poco a poco, fue desapareciendo su memoria como desaparecen el humo y el fuego con el paso del tiempo y la distancia. Aunque estos siguen defendiendo que vive en otro planeta; que un día le vieron marchar en un motocarro volador conducido por darwinianos; y que

allí en aquel planeta vive feliz y contento, sin preocuparse de nada, ni siquiera del sustento; con esa esperanza viven, con esa esperanza sueñan, en que un día volarán hasta el planeta de Lamberto, donde podrán vivir tumbados por los tiempos de los tiempos.

Los hay que cuentan que, unos días después de morir, alguien le vio llegar a hurtadillas a la Posada Rosada a llevar la buena nueva de que había visto el futuro, y que: tras varios golpes de estado a la madrileña y siguiendo la doctrina ultraliberal de un argentino, Madrid se había declarado independiente del resto del Reino de España con el rimbombante nombre de República Libertaria de San Isidro; tal y como Lamberto había vaticinado en algunos momentos de delirio y María Gisela y doña Rosa habían oído.

Dicen también, que escudriñó los rosales y escondido entre las rosas, con tinta indeleble y letra temblorosa, dejó escrito un acertijo para entender el mañana de una Patria ponzoñosa, la de todos contra todos y sálvese quien pueda: “Abierta la espita central de viva la libertad, de haga cada uno lo que quiera y sálvese quien pueda; cúrense unos con agua de borrajas, con agua bendita y buenas predicaciones vivan otros, y estudie el que pueda, según su bolsa y cartera; y viva el hoyo y viva el bollo, el hoyo para los muertos, para los vivos el bollo; y si vives de la política no te preocupes de nada, hasta los hijos de los muertos te irán a votar mañana; pues son muchas las personas que toman como modelo, el comportamiento de la gente en “UN ENEMIGO DEL PUEBLO”; más abierta ya la espita, se vaciará la tinaja, y el vino desparramado embriagará a toda España, arrastrando la riada los amarres que quedaban; y esto no es para hoy ni será para mañana, pero un día llegará y lo escrito se cumplirá; más si

alguien no quisiera que lo aquí escrito se cumpliera, que lo meta en un botijo y lo tire al Manzanares para que nadie lo lea y que corra río abajo hasta llegar hasta el Tajo y se vaya a Portugal, pues allí aunque lo encuentren, ningún caso ya le harán. Para encontrar soluciones son necesarios problemas que se puedan resolver; y no se puede pasar de la nada a la República; es necesario un rey propio al que se pueda expulsar; así lo dice la historia desde los tiempos de Roma; no se cambia a un rey por otro para hacer una República; pues a rey muerto rey puesto, viene ya de muy antiguo y no supone avance alguno por mucho que se disfrace de modernas teorías de igualdades ante leyes y otras muchas fantasías”. Que en román paladino quiere decir y se resume: Que Madrid marcó el camino a las nacionalidades de España y sus regiones, para que aquellas que quisieran consiguieran su independencia por derecho o por cojones.

Otros dicen que le han visto paseando con Amado, que puede ser que esté vivo, jugando los dos a la rana en las noches de verano; que en el Cerro de los Locos, las noches de crudo invierno se oye rebotar la pelota en el frontón y en el viento; que se ve al chito caer sin que haya nadie que lo tire; que el tejo va y viene solo; que hay una mesa con cartas, que alguien las mueve sin manos, son los trileros del mundo, los trileros de la escarcha, que se entrenan con Lamberto hasta llegar la mañana.

Y aquí termina la extraña historia de la tercera vida de Lamberto Burlado, un revolucionario venido a menos.

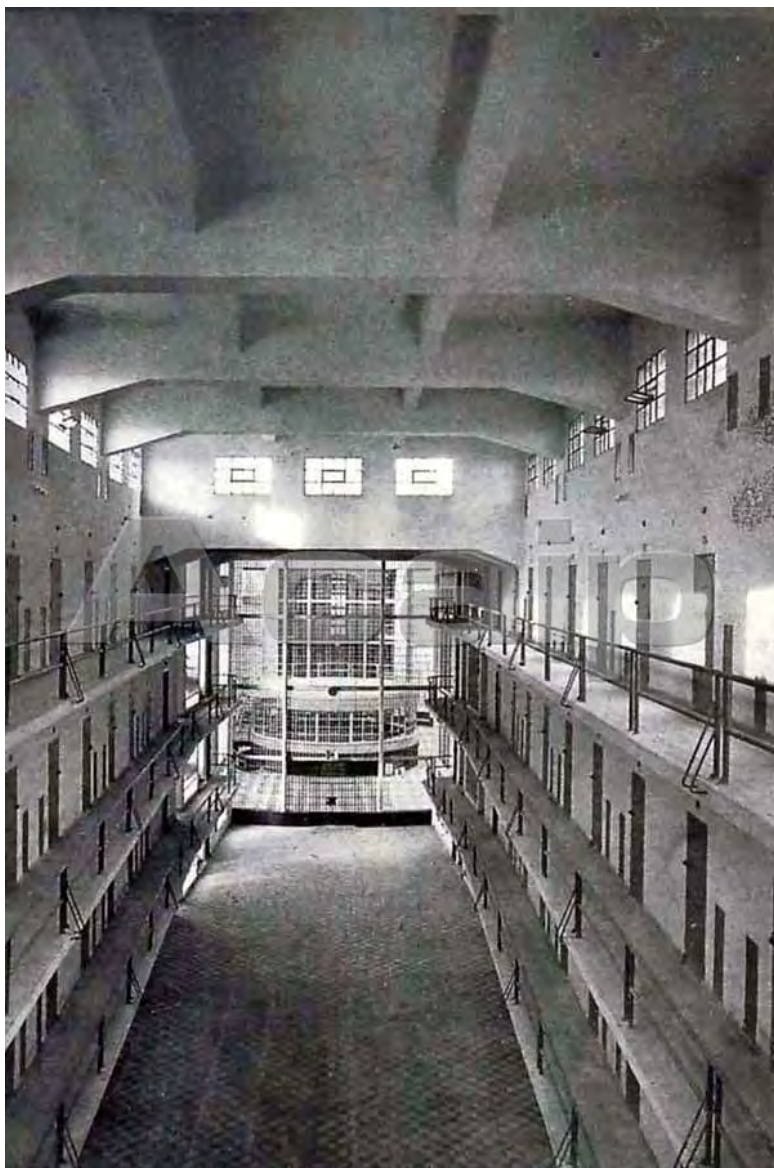
Se acabó.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia ha podido ser terminada gracias a los buenos cuidados de los médicos y enfermeras del hospital Virgen de la Luz de Cuenca.

A mi compañera Isabel por la sugerencia de los nombres de Marques de Espantacorderos y Duquesa de Caganidos para personajes de esta grandeza y raigambre social y por ser así utilizados por dos hombres leales, de su pueblo y el mío, cuando a todos estos títulos hacían referencia.

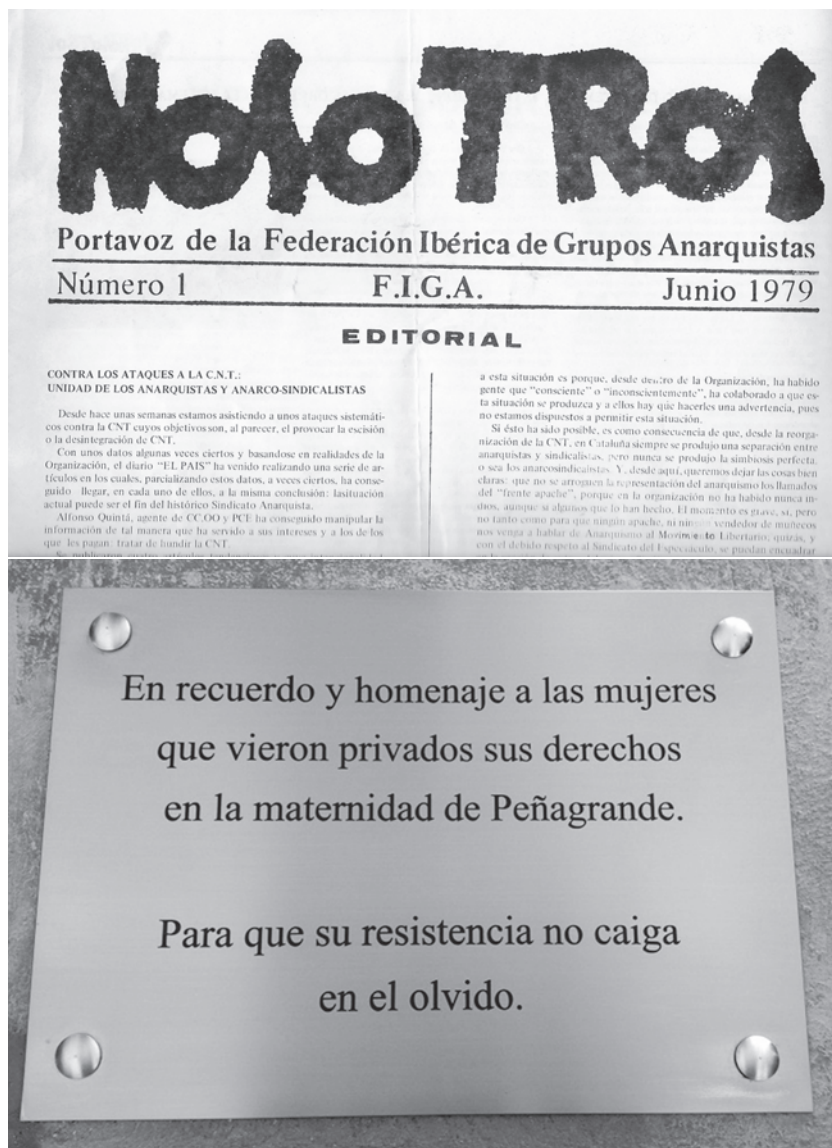
A Albert y Andrés por sus consejos y correcciones; y a Eloy y la Fundación Aurora por las gestiones para su publicación.



Galería Prisión de Carabanchel-Madrid



Grupo de base



Placa maternidad de Peñagrande, niñas violadas por sus familiares, los niños los daban en adopción las monjas de las organizaciones de la secta católica. Se cerró en 1985.

Índice

Dedicatoria	5
Prólogo	7
Capítulo I	
Del principio	9
Capítulo II	
Antes de morirse Franco: Revolución o muerte sería la divisa	35
Capítulo III	
Continuación de la lucha clandestina y callejera	67
Capítulo IV	
Las primeras noticias de Abú	77
Capítulo V	
Después de la muerte de Franco	85
Capítulo VI	
La ida de María Gisela al país de Sulaiman, la vuelta a Madrid	99
Capítulo VII	
La vida de Lamberto en la monarquía rentable y productiva	107
Capítulo VIII	
Donde se cuenta el inicio de la vida de encamado de Lamberto	123

Capítulo IX	
La organización de las visitas y de algunos ilustres visitantes de Lamberto	141
Capítulo X	
Lo que se recoge en algunas de las actas levantadas por María Gisela.	161
Capítulo XI	
Se da cuenta de una sesión de Tertulia Literaria	187
Capítulo XII	
Tertulia de los Inocentes y otros hechos dignos de mención.	197
Capítulo XIII	
Remate de las Tertulias inútiles y otras fantasías de Lamberto	219
Capítulo XIV	
Donde se da cuenta de los ripios, sandeces y dispartes que se les ocurrieron para hacer el himno patrio.	239
Capítulo XV	
Final seguro y cierto	253
Capítulo XVI	
Lo que le pasó a Lamberto después de muerto	261
Agradecimientos	265

